JENNY DEL

¿Cuándo nos convertimos en esto?



JENNY DEL

¿Cuándo nos convertimos en esto?



Primera edición.
¿Cuándo nos convertimos en esto?
©Jenny Del.
©junio, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1



Renatta

Hola a todos, soy Renatta y vengo a contaros mi historia. Para empezar, os contaré cómo llegué hasta el momento en el que me encuentro ahora.

Nací y crecí en la Toscana, en una preciosa casita edificada, prácticamente, en la orilla de uno de los numerosos lagos que hay en la región, junto a mi queridísimo abuelo materno, ya que mis padres viajaban por todo el mundo debido a su trabajo.

Mi madre, la gran Rigoberta Bianchi, era una de las modelos más cotizadas del panorama actual. Se la rifaban las grandes firmas, incluso estando embarazada.

Para ella, el quedarse embarazada de mí supuso un varapalo importante, pues no tenía pensamientos de parar su meteórica carrera.

Mi padre, Mateo Bianchi, era su representante, y le dijo que no se preocupara por nada, que él se encargaría de que las mejores firmas de ropa prenatal la tuvieran en cuenta, como así fue.

En cuanto a que yo nací, y cuando todavía no tenía ni un par de meses, mi madre me dejó a cargo de mi abuelo, que era viudo y propietario de unos pequeños viñedos locales.

—Lo siento, papá, pero no puedo hacerme cargo de ella, no ahora que empiezo a despuntar —le dijo mi madre a mi abuelo.

—Si tu madre estuviera viva, se sentiría muy defraudada contigo, Berti.

—Si mi madre estuviera aquí, ella no dudaría en quedarse con mi hija, para ayudarme a triunfar.

—¿Qué vas a hacer si te digo que no me quedo con la niña?

—Pues nada, muy sencillo, no podré darla en adopción porque el mundo de la prensa me crucificaría, pero la dejaría en casa, con una nana, y la vería una vez al año, como mucho.

—O sea, me estás diciendo que, si la prensa no se hubiera enterado de que estabas embarazada, de que habías dado a luz a una niña, no hubieras dudado en darla en adopción. ¿Verdad?

—Papá, si mi trabajo hubiera sido otro, ni tú te hubieras enterado de ese embarazo.

—De verdad, no lo entiendo. Si no querías tener a ese bebé… ¿Por qué no interrumpiste el embarazo?

—Porque estoy en contra del aborto, si incluso hice una campaña de publicidad contra eso, que me pagaron muy bien, por cierto.

—No se puede ser más hipócrita que tú, Berti. Yo me quedaré con la niña, pero quiero que me firmes un documento en el que renuncias a ella, en el que me das la tutela completa.

—Llama al abogado, que lo tenga listo en una hora, que será el tiempo que tarde en volver con todo lo necesario para ella. Sabía que no me defraudarías.

Con el tiempo, supe que mi abuelo no lo había hecho por ayudarla a ella, sino por ayudarme a mí, que era la que me quedaba completamente desamparada.

Al principio, mis padres llamaban una vez a la semana, hasta que cumplí los ocho años, que pasaron a llamar una vez al mes.

Jamás enviaron un céntimo para mi manutención; menos mal que no tuve carencia de nada, gracias a mi abuelo.

Como mucho, enviaban algún que otro regalo en mi cumpleaños o en Navidad, y ni siquiera estoy segura de que lo hicieran ellos.

Muchas veces pienso que era mi abuelo el que los compraba, para que no me sintiera desplazada u olvidada por mis padres.

Nunca acudieron a ninguna de mis fiestas de cumpleaños, ni siquiera cuando era pequeña. Cuando veía a mis amigas apagar las velas rodeadas de sus padres, me daban envidia, pero luego, en cuanto veía la carita de satisfacción de mi abuelo, se me pasaba.

Estuve a su lado hasta el día en el que falleció, que fue cuando yo tenía diecisiete años; me faltaban tres semanas para cumplir los dieciocho.

Ese día, en el funeral, sí que aparecieron mis padres, con cara de circunstancias y rodeados de prensa, como solía ser normal.

No los veía desde hacía más de tres años, así que para mí eran completos extraños, aunque mi madre intentaba fingir lo contrario con muestras de cariño vacías y solo para la galería.

Cuando terminó todo y tenía las cenizas de mi abuelo en mi poder, las introdujimos en el nicho donde estaba mi abuela por expreso deseo suyo. Y ahí fue cuando a mi madre se le cayó la máscara.

—Renatta, ya tienes edad para que te valgas por ti misma, así que, haz el favor de ir desalojando esta casa, que la voy a poner a la venta, junto a los viñedos —me dijo mi madre, asesorada por mi padre.

—¿Me lo dices de verdad? ¿Ni siquiera me vas a dejar llorar al que, para mí, ha sido mi madre, mi padre, mi abuelo y mi todo?

—Ay, por favor, no me seas dramática. Si quieres llorar, hazlo, pero en otro lugar.

—El testamento todavía no está abierto —me atreví a contestar.

—Tu madre es su única hija y heredera universal. Ponga lo que ponga en ese testamento, lo impugnaremos si no es tu madre la destinataria de la fortuna de tus abuelos —dijo mi padre, como si fuera el dueño de todo.

—Os prometo que no entiendo para qué me tuvisteis, si nunca me habéis querido.

—Circunstancias de la vida, Renatta, ya lo entenderás cuando seas más mayor.

Mi madre se creía que seguía siendo la misma diva de siempre, cuando, en realidad, sus contratos eran cada vez menos, como era lógico, pues ella ya tenía una edad y la gente joven venía empujando por detrás.

El abogado de mi abuelo vino esa misma tarde, con una copia del testamento, para abrirlo antes de que mi madre se marchara, pues, según ella, se tendría que ir lo antes posible, porque tenía una campaña importante.

Todo mentira; lo único que quería era seguir con su vida tal y como la había vivido hasta ahora, sin responsabilidades y de fiesta en fiesta.

Mi abuelo no había podido desheredarla, pero el tercio de libre disposición me lo legó a mí, y eso la hizo enfadarse mucho.

Además de todo eso, también me había dejado una carta, en la que me explicaba muchas cosas, entre ellas, que tenía un piso en Florencia, a mi nombre, junto al Ponte Vecchio.

«Mi querida niña:
Si estás leyendo esto, es porque ya me he marchado junto a la abuela, que seguro que me estaba esperando a la entrada.

Quiero decirte, en primer lugar, que te he querido, y te seguiré queriendo, más que a mi vida.

El destino me quitó a una gran mujer, demasiado pronto, pero, a cambio, me premió contigo, que fuiste mi salvación, aunque tú no lo supieras.
En ese piso que te indico, y del que el abogado tiene las llaves, podrás vivir esa vida que te mereces, porque tengo claro que tu madre ya habrá intentado echarte de la casa.

Sé que, aunque te gustaban mucho los viñedos, ese no ha sido nunca tu sueño, así que persíguelo hasta conseguirlo.

Tienes también un fideicomiso a tu nombre. Si ya has cumplido los dieciocho años, podrás disponer de él a tu antojo; si todavía no lo has hecho, mi abogado se encargará de todo hasta que tengas la edad requerida.

Sé todo lo más feliz que puedas, mi vida, porque yo te estaré mirando desde arriba, y velaré por ti, celebrando todo lo bueno que te pase.

No olvides que te quiero. Tu abuelo.»

Las lágrimas corrieron por mis mejillas cual ríos caudalosos, pero mi madre, lejos de apoyarme, de acercarse a mí para darme un beso, lo que hizo fue cuestionar las decisiones de mi abuelo.

—Ese piso y ese dinero del que habla mi padre en esa carta también me pertenecen.

—No, señora Bianchi. Eso es propiedad de Renatta Bianchi, y no como heredera, sino como propietaria.

—¿Perdona? No lo entiendo.

—Mamá, tanta laca te ha afectado a tu inteligencia. Eso no es que mi abuelo me lo haya dejado después de su muerte, sino que lo compró a mi nombre mucho antes de morir.

—No te atrevas a insultarme, niñata. Ya quisieras tú, a mi edad, tener el éxito que yo tengo.

—Pues para ti. Yo, mejor que el éxito, lo que prefiero es tener el corazón y la humanidad que tenía mi abuelo.

—Sí, pero ninguna de esas dos cosas te va a dar de comer, chica.

No quise seguir discutiendo con ella. Mientras que mi madre seguía relatando, yo me acerqué al abogado para que me explicara bien el tema del fideicomiso.

—Mira, Renatta, eres una chica muy cabal, además de que te faltan tan solo tres semanas para ser mayor de edad, así que no voy a ejercer de representante de ese dinero.

—¿Qué me quieres decir? Háblame en cristiano, por favor.

—Pues que no voy a iniciar ningún procedimiento para hacerme cargo de ese dinero, entre otras cosas, porque tardaría mucho más tiempo que el que tú tardarás en cumplir la edad requerida.

Capítulo 2



Renatta

Con todo firmado, volví a la casa en la que había vivido con mi abuelo hasta el mismo día anterior.

—Tienes dos horas para sacar de esta casa todas tus pertenencias. No se te ocurra sacar nada que no sea tuyo, ni de mi padre ni de mi madre.

—¿No me vas a permitir que me lleve un recuerdo de mi abuelo?

—Si quieres un recuerdo, te llevas los álbumes de fotos, que no tienen ningún valor.

—Eres un ser despreciable, porque no se te puede llamar ni persona.

—Di lo que quieras, me da exactamente igual lo que pienses de mí.

No quise seguir escuchándola; el dolor y la rabia que tenía por dentro me lo impedían.

Subí hasta mi habitación, donde guardé toda mi ropa y mis enseres personales, mis joyas, las que eran mías, y mis fotos, además de todas las que encontré en la habitación de mi abuelo.

Salí de allí con una pena horrorosa, sin decirle ni siquiera adiós a ninguno de los dos. Me subí a mi coche y puse rumbo a mi nuevo hogar, que estaba en la capital de la Toscana.

Por suerte para mí, el edificio estaba completamente renovado y tenía garaje, porque en esa zona era imposible encontrar aparcamiento.

Aparqué mi vehículo en mi plaza de garaje, porque, aunque no tenía todavía los dieciocho años, el teórico del carné de conducir ya lo tenía y, para el examen del práctico, estaba esperando a cumplir los dieciocho, pero ya estaba completamente preparada.

Sí, lo sé, cogí el coche sin tener que hacerlo, pero no iba a dejar mi coche, ese que me había regalado mi abuelo antes de que falleciera, a merced de mis padres.

No lo volvería a coger hasta que no me examinara, pero, mientras tanto, me había servido para llegar hasta allí sin problemas.

Estaba bajando mis cajas y maletas, para ir subiéndolas poco a poco. A pesar de que en el edificio había ascensor, no podía hacerlo de una sentada.

Cuando iba a dar el segundo viaje, un chico, un poco mayor que yo, entró en el aparcamiento con una moto grande.

—¿Necesitas ayuda?

—Pues no te diré que no, porque si tengo que vaciar el coche, llevando las cajas de una en una, me va a dar aquí el santolio.

—Venga, que te echo una mano.

—Y, si son las dos, mucho mejor.

—Mi nombre es Romeo, y vivo en el segundo A.

—Hola, Romeo, encantada de conocerte. Yo soy Renatta, y soy la nueva vecina del segundo B.

—¿El segundo B? ¿No era propiedad del señor Marcelo?

—Precisamente, era mi abuelo, pero, al fallecer, es mío.

—Joder, ese abuelo me caía muy bien.

—¿Lo conocías?

—Sí, vino algunas veces por aquí, y le dejó las llaves a mi padre, por si, en alguna ocasión, ocurría algo y necesitaban entrar para subsanar el problema.

Casi sin darnos cuenta, habíamos llegado arriba, y me encontraba abriendo la puerta, con todas las cajas en la puerta.

Tenía miedo, mucho, porque, a partir de esta misma tarde, mi vida daría un giro de ciento ochenta grados.

Mi abuelo sabía que, por mucho que me gustara la bodega, por mucho que disfrutara del proceso de la fabricación del vino, mi sueño no era tomar las riendas de ella.

Me había matriculado en Derecho Mercantil, pues mi sueño era ser representante de futbolistas, y lo iba a conseguir.

Sí, sé que estamos hablando de palabras mayores, que no todo el mundo lo consigue, sobre todo siendo mujer en un mundo de hombres, pero me dejaría la piel en ello.

—¿Dónde dejo todo esto?

—Ponlo por aquí, ya luego lo voy yo guardando, gracias.

—Bueno, vecina, si necesitas algo, estoy a una puerta de tu ayuda.

—Gracias de nuevo, Romeo. Has sido muy amable.

—Luego vendrá mi madre con el típico pastel para darte la bienvenida…

—Joder, se me había olvidado que tendré que ir al súper. Y dar clases de cocina, de paso, porque no tengo ni idea de cocinar.

—Por eso no te preocupes, que ahora mismo hablo con mi madre. Ella suele cocinar como si tuviera que darle de comer a todo el edificio.

—¡No! Por favor, qué vergüenza.

—Con la vergüenza no se come, y nunca mejor dicho. Luego vuelvo con ella, así la conoces.

Romeo me pareció un tipo encantador y, además de guapo, que lo era, muy atractivo. Ahora bien, tenía la palabra "peligro" pintada en la frente, por lo que no me podía, ni debía, fijarme en él.

Ni una hora después, cuando todavía estaba ordenando la ropa y guardando mis enseres personales, sonó el timbre. Eran Romeo con su madre, que me traía una pequeña ollita con unos macarrones con queso que olían a gloria.

—Hola, preciosa. Ya me ha contado Romeo que te has mudado aquí, y que no tenías ni idea de cocina. Por eso, mientras que no aprendas, yo me encargo de que no pases hambre.

—Mamá, hija, que no le has dicho ni cómo te llamas… —le dijo Romeo, negando con la cabeza.

—Verdad, cariño, es la emoción de tener una vecina nueva, que llevamos toda la vida viviendo solos en el rellano. Preciosa, me llamo Bianca.

—Encantada, Bianca, yo soy Renatta. Renatta Bianchi…

Al final, nos sentamos allí, en la mesa de la cocina, como si fuéramos una familia, porque así fue como me hicieron sentir.

Como media hora después de que llegaran ellos, volvieron a llamar a mi puerta, pero no me dio tiempo a preguntarme quién sería, porque Romeo se levantó de inmediato.

—Debe ser mi padre, que nos ha escuchado al salir del ascensor.

—Seguro, y se habrá extrañado de que estemos aquí. Pensará que hay algún problema en la casa. Por cierto, si quieres que te devuelva la llave…

—Para nada, Bianca, para mí es una tranquilidad que la tenga alguien de confianza.

Romeo volvió agarrado del brazo de su padre, que tenía la misma cara de buena persona que su esposa y su hijo.

Thiago, que así se llama, me contó que Romeo tenía dieciocho años, y que lo acababan de fichar de un equipo de fútbol de segunda división, pero que estaba seguro de que llegaría a ser un jugador importante.

—¿Eres futbolista?

—Sí, pero no me mires así, que tampoco es que sea yo un jugador famoso.

—Lo serás, y yo seré tu representante —sentencié, convencida de que así sería.

—¿Quieres ser representante de futbolistas? —preguntó Thiago.

—Es mi sueño, y me estoy preparando para ello.

—Entonces, hagamos un trato. Yo me haré cargo del futuro de Romeo hasta que tú te sientas preparada para asumir las riendas. Cuando hayas terminado de estudiar, yo me retiraré.

—Sería un sueño para mí, os lo prometo. Pero bueno, tiempo al tiempo. Como decía mi abuelo, despacito y con buena letra, que todo esfuerzo tiene su recompensa.

—Así me gusta, con los pies en la tierra, como debe ser.

Me despedí de los tres y volví a mis quehaceres, pues todavía me quedaba muchísimo por ordenar y, hasta que no lo tuviera todo en su sitio, no descansaría.

Sí, tenía esa especie de TOC; no podía ver nada fuera de su sitio o alguna habitación desordenada; era superior a mí.

Por eso, me quedaban todavía unas cuantas horas hasta poder darme una ducha y acostarme.

Por otro lado, casi que lo agradecía, pues así no pensaba en todo lo que me había sucedido. Podía dejar de lado el tema de la muerte de mi abuelo y la actitud de mis padres.

Mi padre podría llegar a entenderlo, puesto que mi abuelo no le tocaba nada. Pero a mi madre, a ella sí que no la entendería en la vida.

Si hubiera sido un padre ausente, como el mío, como ella, quizás comprendería, pero no había sido el caso de mi abuelo, que había estado siempre ahí, para cuidarla y consentirla.

Saqué un álbum de fotos de la caja y no pude evitar abrirlo. En él estaban las fotos de mis primeros cumpleaños, en las que, siempre, mi abuelo aparecía mirándome con amor y con una sonrisa en sus labios que indicaba todo lo que me había querido.

Sabía que tenía que salir adelante, que no me quedaba más remedio, además de que no sería ni la primera, ni la última persona que había perdido a un ser querido.

Pero no solo era que hubiera perdido a mi apoyo, a mi persona vitamina, sino que, también, me habían sacado de mi entorno como si fuera un mueble viejo, algo que no servía para nada, tan solo para estorbar.

Ese día me costó conciliar el sueño, a pesar del cansancio. Por suerte, al día siguiente no tendría que ir a la universidad, y podría quedarme en casa, descansando.

Estaba en la cocina, preparándome un café, ya que la tarde anterior, Romeo y su padre me hicieron una compra de lo básico, para que pudiera desayunar y merendar al día siguiente, cuando mi teléfono sonó.

Era un mensaje del abogado de mi abuelo. Mi madre ya había vendido todo, tanto la bodega como la casa, y me entró una pena horrible.

—Abuelo, te prometo que, en cuanto pueda y tenga el suficiente dinero, volveré a comprar todo lo que ha sido tuyo.

Capítulo 3



Renatta

Tal y como habíamos creído, Romeo ya era un futbolista famoso, y se había convertido en estos años en mi mejor amigo.

Muchas fueron las tardes que pasamos en mi casa, con palomitas y chocolate, viendo películas o partidos de fútbol de los equipos rivales.

Me había dejado las pestañas para conseguir mi sueño, para terminar mi carrera en el tiempo justo, pues no quería holgazanear y que se me escapara de entre los dedos.

Y había llegado el día de mi graduación. Como no podía ser de otro modo, estaba nerviosa y orgullosa de mí misma a partes iguales.

En estos cuatro años, no había recibido ni un solo mensaje de mis padres. Lo que sabía de ellos era por la prensa.

Según estos, ella seguía pensando que podía pedir el mismo caché que cobraba cuando estaba en la cresta de la ola y, por eso, cada vez la llamaban menos.

A pesar de eso, ellos seguían teniendo el mismo ritmo de vida y de gasto, y tenía claro que todo salía del dinero de la venta de las propiedades de mi abuelo.

Bianca se había encargado de comprarme el vestido para esta noche, en la que se celebraría mi graduación.

Lo hizo como una madre lo haría con su hija, que era como me trataba desde que llegué aquí, a esta casa.

Fue una completa sorpresa, y una divinidad. Era de una firma muy prestigiosa, y fue un regalo de Romeo, pues decía que debía ir deslumbrante.

Era de estilo griego, y por eso, el día anterior fuimos a buscar las sandalias que le vinieran bien y, en estos momentos, estábamos esperando a que llegaran la maquilladora y la peluquera.

Por desgracia, Romeo no me podría acompañar ese día, pues tenía un partido en otra parte del país, uno bastante importante. Quienes sí que no se separarían de mi lado eran sus padres, Bianca y Thiago.

—Venga, chica, que nos van a dejar ideales.

—Ni que lo digas. Tengo tanto miedo a no estar a la altura…

—¿Qué estás diciendo, Renatta? ¿Cómo no vas a estar a la altura?

—¿Y si me equivoco al dar el discurso?

—Pues, si te equivocas, que no creo que lo hagas, lo que tienes que hacer es guardar silencio, respirar hondo y empezar de cero.

—Gracias, Bianca. No sé cómo te voy a pagar todo lo que has hecho por mí, de verdad.

—Pues triunfando, haciéndote valer en un trabajo de hombres. Pisando fuerte al entrar en una oficina para negociar un contrato.

—Eso no lo dudes, no permitiré que me pisotee nadie.

Nos fundimos en un abrazo, justo cuando llamaron al timbre, pues ya era la hora en la que teníamos la cita con el equipo de estilismo.

Entre risas y complicidad, terminamos de arreglarnos, pues teníamos que salir ya para la universidad.

—¡Vaya dos bellezas que llevaré esta noche del brazo! —dijo Thiago, cuando nos vio salir de mi casa.

—Anda ya, no seas exagerado, vecino.

—¿Vecino? ¿A esto queda relegada mi existencia, a ser solo tu vecino?

—Venga, dramático, que eres un dramático.

Me empiné un poco, pues hasta con tacones Thiago era mucho más alto que yo, y le dejé un beso en la mejilla.

En la universidad había dejado sus nombres como mis familiares directos, porque así los consideraba mi familia; no podría nombrarlos de otro modo.

Thiago era el que conducía, y llegué allí de su mano, mostrándose de lo más orgulloso. Justo cuando estábamos a punto de entrar, ellos por una puerta y yo por otra, vi a mis padres allí, discutiendo con el personal de seguridad.

Os preguntaréis el motivo de que hubiera tantas medidas de seguridad, pero es que esa universidad no era pública, era una privada, en la que acudían muchos hijos de políticos y gente influyente del país.

Mi abuelo, antes de morir, me dejó toda la carrera pagada, además del fideicomiso, del que tan solo había gastado una mínima parte, pues no era yo derrochadora, la verdad.

—¿Qué hacen ellos aquí? —pregunté.

—¿A quiénes te refieres, Renatta? —me preguntó Bianca, que no se había percatado de su presencia.

—A ellos. Esperadme, que voy a ver qué genial idea se les ha ocurrido ahora. Vuelvo enseguida.

Desde el primer momento me sinceré con ellos y les conté mi historia, abriéndoles el corazón de par en par.

Por supuesto, no se quedaron allí, sino que vinieron detrás de mí, como si fueran mi escolta, pero en un segundo plano, dejándome que fuera yo la que me enfrentara a ellos.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

—¿No pensarías que íbamos a faltar a la graduación de nuestra única hija?

—No me seas ridícula, mamá. Ni hipócrita, ya que estamos.

—¿Por qué estás diciendo eso, Renatta?

—Porque, en mis veinticuatro años, no te has preocupado de mí absolutamente nada, ni siquiera cuando me quedé sin mi abuelo.

—Eso son minucias, cariño. Ahora que ya tengo tiempo, te aseguro que voy a cuidar de ti.

—Pues lo siento, mamá, pero ahora ya no te necesito, ni te quiero a mi lado, dicho sea de paso.

—No puedes hacerme eso. Tu deber como hija es cuidar de nosotros, darnos lo que necesitamos para que podamos vivir.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, Renatta. Tienes el fideicomiso que te dejó tu abuelo, y no lo necesitas como nosotros. Tu madre cada vez tiene menos trabajo y no podemos bajar nuestro ritmo de vida —me dijo mi padre, dejándome ojiplática.

—Pues que baje su caché, papá. Ese dinero es mío, y no os pienso dar ni un solo céntimo…

—¡Todo lo que tienes me lo debes a mí!

—¿A ti? A ti lo único que te debo es haberme traído al mundo, porque ni siquiera tu cariño he tenido nunca.

—Todo lo que te dio mi padre me pertenecía a mí, y pienso luchar por recuperarlo.

—Haz lo que te dé la gana, no pienso permitir que toquéis ni un céntimo. ¿No habéis tenido bastante con todo lo que me habéis quitado ya? ¿No tuvisteis suficiente dinero con la venta de todas las propiedades?

—A ti no te hemos quitado nada, y no, no hemos tenido suficiente. De hecho, de ese dinero ya no nos queda ni un céntimo; quizás debimos pedir más dinero.

—No, lo que una persona coherente hubiera hecho es mantener esa bodega, para que, cuando llegara el momento de dejar las pasarelas, tuvierais algo de lo que vivir —le dijo Thiago, que ya no se pudo callar más.

—Usted no tiene vela en este entierro, así que, más vale que guarde silencio y no se meta en lo que no le importa —le dijo mi padre, con mucha prepotencia.

—Si alguien tiene derecho a hablar, esos son Thiago y Bianca, a los que considero mi única familia. Por eso, dejadnos en paz, que me espera una noche muy bonita para que vengáis a joderla con vuestras pretensiones.

—Además de que yo no pienso abandonar nunca las pasarelas. Yo soy una de las grandes modelos internacionales, de las que no se bajan nunca de sus tacones… —añadió mi madre.

—Pues ten cuidado, no te vayas a hacer un esguince, que ya no tienes edad…

—¡Renatta! ¡Vuelve aquí!

No le hice caso, entré, junto a Thiago y Bianca, en la sala en la que se celebraría la graduación, dejando a mis padres fuera, indignados y buscando como locos a la prensa, para contarles su versión de la historia.

Siendo sincera, me daba exactamente igual lo que dijeran. Jamás había acudido a la prensa para contar nada de mi vida, ni cómo me habían abandonado cuando pequeña y lo que hicieron cuando falleció mi abuelo, por mucho dinero que me ofrecieron.

Decir que la ceremonia fue preciosa sería quedarme muy corta. El discurso me salió perfecto, y recibí varios premios por mi recorrido académico, mi expediente impecable y mi trabajo de fin de carrera.

Desde el patio de butacas, vi cómo Bianca y Thiago me miraban con orgullo, con cariño, y eso me dio todas las fuerzas que necesité.

Por supuesto que me acordé de ellos en el discurso, al igual que lo hice de mi abuelo y de Romeo. Este último me hubiera gustado que estuviera aquí, a mi lado, pero no pudo ser.

El partido se jugó por la mañana y me aseguró que, si le era posible, no dudaría en coger el primer vuelo para estar a mi lado, aunque fuera al final de la ceremonia.

Miré a la puerta mil veces mientras que hablaba o recibía algunos de los premios, pero nunca se abría, no aparecía la figura de Romeo por ninguna parte.

Cuando bajé del estrado, y entre los abrazos de mis vecinos, recibí una de las mejores noticias que podían darme.

—A partir de este momento, serás tú la persona que se ocupe de la carrera de Romeo Acosta, tal y como te prometí.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Thiago?

—Completamente. Soy un hombre de palabra, y te lo aseguré en cuanto llegaste a nuestra vida y nos contaste tu sueño.

—Gracias, de verdad.

—Tan solo espero que no me defraudes, que vayas pisando fuerte y que hagas que tu carrera se eleve hasta el infinito.

Nos dimos un abrazo y nos marchamos al salón donde se celebraría la cena, en la que ellos serían mis únicos acompañantes.

Capítulo 4



Renatta

Esa noche llegué a casa con una sonrisa en los labios, porque, en primer lugar, me sentía contenta y realizada con mis resultados universitarios; y en segundo, porque, por mucho que lo intentaron, mis padres no fueron capaces de fastidiarme el día.

Pero esa alegría se desvaneció en cuanto encendí la televisión al día siguiente, y aparecieron unas imágenes de Romeo en una fiesta, rodeado de mujeres preciosas.

—El famoso delantero de fútbol, Romeo Acosta, fue pillado ayer, al terminar el partido, en una fiesta, junto a una de las modelos más reconocidas del panorama internacional, Amanda Well.

La presentadora del programa dio todo lujo de detalles, y hasta salió más de un beso entre ellos.

Me dolió muchísimo, porque él sabía lo importante que era esa noche para mí, y no estuvo porque no le dio la gana.

—Claro, imbécil. ¿Por qué iba a cambiar a una de esas, de piernas infinitas, por ti? Nunca serás su prioridad, y cuanto antes lo asumas, mejor.

Me lo dije a mí misma, mirando la televisión y sin darme cuenta de que las lágrimas caían por mis mejillas. No sabría decir si eran lágrimas de rabia, de dolor o de pena, pero no supe, ni quise, retenerlas.

Llegaba esa misma tarde y, si se esperaba que fuese a saltar a sus brazos, como siempre hacía cuando ganaban un partido fuera, lo llevaba claro.

En ese momento, llamaron a mi puerta, y supe, antes de abrir, que se trataba de Bianca, que habría visto esas imágenes, como lo había hecho yo minutos antes, y vendría a justificarlo.

Me limpié las lágrimas que caían por mi rostro y me dispuse a abrir la puerta, pero no era ella, eran mis padres, que venían con una clara intención: darme pena.

—¿No os quedó claro, anoche, que no pienso daros ni un céntimo?

—Renatta, cariño, tenemos que hablar. Estamos metidos en un buen lío, y necesitamos de tu ayuda. ¿Nos dejas pasar? —dijo mi madre, a punto de llorar.

—¿Sabes una cosa? Tus lágrimas no me conmueven; es más, me son completamente indiferentes. Tú no has visto todas las que yo he derramado cuando te necesité. Tú no eres consciente de todas las que echó mi abuelo por tu culpa…

—No seas rencorosa, Renatta. Déjanos que te expliquemos nuestra situación. Si nos ayudas, te prometo que no nos volverás a ver nunca más.

—Mamá, no te pienso dar nada, porque no sería la última vez, y te convertirías en un grano en el culo. Creo que ya eres mayorcita para buscarte la vida, como tú me dijiste un día.

Utilicé sus propias palabras, esas con las que me sacó de la casa de mi abuelo el mismo día que falleció, sin miramientos.

No los había dejado pasar al interior de mi casa; me negaba a que su negatividad inundara el buen ambiente en el que yo vivía.

Estábamos hablando cuando el ascensor se escuchó; era Romeo, que llegaba a su casa después del partido.

—Renatta, ¿ocurre algo?

—No te preocupes, no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? Verás, Romeo…

—¿Nos conocemos? No creo que tengamos la confianza suficiente como para que me tuteen.

—Todo el mundo te conoce a ti y también a mí, así que fuera formalismos. Lo mismo y tú también nos puedes ayudar…

—Ni se te ocurra, mamá. Deja a Romeo fuera de esto.

—¿Qué es lo que necesitan?

—Dinero. Si mi hija no nos ayuda, nos veremos obligados a impugnar el fideicomiso que le dejó su abuelo, y nos quedaremos hasta con el último céntimo.

—Ese dinero no lo podéis tocar, ya os lo dijo el abogado el día que falleció el abuelo, y no pienso ceder.

—Si no nos das ese dinero, nuestra vida corre peligro —dijo mi padre, como si a mí eso me importara algo.

—Esa fue vuestra decisión. Si os juntasteis con gente que no deberíais, no es mi problema.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Romeo.

—No, Romeo, ni se te ocurra darles nada.

—Es su dinero, tú no tienes por qué meterte —dijo mi madre.

—No quiero saber nada de esto. Allá tú si quieres entrar en su juego; yo me vuelvo a mi casa.

Iba a cerrar la puerta cuando mi padre puso el pie para impedirlo. Romeo me miró pidiéndome algo, que no sabía si era perdón, consideración o qué cojones quería.

—Renatta, déjanos pasar un segundo, tan solo a la cocina, por favor —me pidió, ahora verbalizando lo que quería.

Abrí la puerta y entré. Si querían entrar, que lo hicieran, pero no iba a ser partícipe de un chantaje como el que mis padres querían hacerle a Romeo.

Los dejé allí y me marché a mi habitación, donde me puse a hacer la cama y a recoger todo. Para no escuchar lo que estaban diciendo, puse música en el móvil, a todo volumen, además.

Estaba tan enfadada con él, por todo lo que había sucedido el día anterior, por lo que estaba haciendo ahora, que, en el momento en el que estuviéramos a solas, le iba a cantar las cuarenta.

Diez minutos después, llamaron a la puerta de mi habitación, y supe que ya se habían marchado.

—¿Puedo pasar?

—No, mejor salgo yo, y tú te vas a tu casa.

—Renatta, no te pongas así. Era una minucia lo que han pedido, y sí, de ese modo, te los puedo quitar de encima; no me duele en prendas.

—¿No lo entiendes? ¿De verdad eres tan cortito?

—Te estás pasando con esas palabras, Renatta.

—Si alguien se ha pasado aquí, ese eres tú, que te has tomado atribuciones que no te corresponden.

—Somos amigos. Cualquier cosa que te pueda quitar de encima, me corresponde.

—Si eso fuera cierto, no me hubieras dejado tirada anoche.

—Sabías que tenía un partido y que era importante.

—Tanto como las mujeres con las que estuviste en esa fiesta. Ojo, que te entiendo, yo tampoco me hubiera cambiado por ellas si tuviera que elegir.

—Así que es eso. No estás enfadada por lo de tus padres, sino porque estuve en una fiesta en vez de estar contigo en la celebración de la graduación…

Romeo hacía honor a su nombre, y no podía negar que tenía un gran éxito entre las mujeres, que él aprovechaba.

Pero yo no era como esas mujeres con las que iba, no babeaba detrás de él, y eso lo sabía, por eso me miraba con una sonrisa.

—Venga, vamos a salir a comer, que tenemos que celebrar que has terminado tu carrera y que, si ganamos el próximo partido, seremos los campeones de la liga.

—No tengo nada que celebrar contigo. De hecho, lo celebré anoche con tus padres, que estuvieron a mi lado, los que NUNCA, en mayúsculas, me han abandonado.

—Creo que estás haciendo un mundo de una tontería, Renatta. No podía venirme solo, tenía que hacerlo junto al equipo, y por eso estuve en esa fiesta, en la que estábamos todos, no solo yo.

—Si hubieras hablado con el técnico, si le hubieras expuesto la situación, no dudo de que te hubiera dado el permiso para hacerlo.

—Claro, ¿y qué le digo? Mister, es que mi vecina ha terminado la carrera y quiere que esté allí con ella; me voy y nos vemos en el próximo entrenamiento.

—Es verdad que eso es lo que soy para ti, tu vecina.

—Renatta, las cosas no salen siempre como uno quiere. Madura un poquito, hazme el favor.

—Mira, no tengo ganas de discutir. Tú sigue con tu vida, que yo seguiré con la mía. Ahora, si no te importa, me voy a meter en la ducha, que es lo que más me apetece en estos momentos.

Romeo me miró con una mezcla de asombro y dolor, pues era la primera vez que lo echaba de mi casa.

Porque sí, eso era lo que había hecho. De una manera muy sutil y elegante, pero lo había hecho, pues el dolor que sentía me apretaba el pecho de tal manera que no tardaría en llorar, y no quería que fuera testigo de eso.

No solo fue el hecho de que no apareciera el día anterior, sino la manera en la que se había referido a mí, lo que me había dolido tanto.

Se marchó de mi casa sin decir una sola palabra, ni siquiera me miró a la cara, ni yo salí de allí a despedirlo. Supe que se había marchado por el portazo que escuché.

Capítulo 5



Renatta

Me metí en la ducha y dejé que el agua arrastrara con ella todo el dolor que sentía.

No sé si estuve bajo el chorro de agua cinco minutos o cinco horas, pero sí que, cuando salí, me sentía un poquito más liviana, como más ligera, después de soltar allí todo lo que tenía por dentro.

Al salir, ahí estaba Romeo, sentado en el sofá, con una lata de refresco en la mano, y como si fuera su casa.

—¿No te has enterado todavía de que quiero estar sola?

—Eso no es lo que has dicho. Me dijiste que necesitabas una ducha, y ya te la has dado. Una que, por cierto, casi me mata, porque he estado a punto de entrar a ver si te había pasado algo, del tiempo que has tardado.

—He tardado lo que tenía que tardar, ni un minuto más ni uno menos.

—¿Por qué no dejas el cabreo y esa actitud de estar a la defensiva conmigo?

—Porque no me da la gana, así de sencillo.

—Anda, ven y dame un abrazo, que tenemos mucho de lo que hablar.

—No me interesa saber cómo te lo montaste con esa modelo, mucho menos hoy.

—No te lo iba a contar, entre otras cosas porque no me acosté con ella. Bueno, ni con ella ni con nadie.

—Venga ya, Romeo. ¿A quién pretendes engañar? Si has salido comiéndote la boca con ella en un montón de imágenes.

—Y eso es lo único que hicimos, te lo juro por mi vida.

—Puedes decir lo que quieras, pero no me lo creo.

—¿Cuándo te he mentido yo?

—Ayer mismo, cuando me dijiste que harías todo lo posible por estar conmigo y no moviste un solo dedo.

Estábamos discutiendo sobre eso cuando llamaron a la puerta. Como fueran mis padres, de nuevo, los iba a mandar a la mierda con billete de ida, pero no de vuelta.

Pero no, no se trataba de mis padres, sino de Thiago, el padre de Romeo, que venía con una carpeta en la mano.

—Papá, ¿qué haces aquí?

—Cumplir con mi promesa.

Romeo lo miró con cara de extrañeza, pues no sabía a qué se estaba refiriendo, ya que él no estuvo en la conversación de la noche anterior.

—¿A qué te estás refiriendo, papá?

—¿Recuerdas el día que Renatta nos contó su sueño?

—¿El de que quería ser representante de futbolistas? Claro que lo recuerdo, y para eso ha estudiado tanto, para intentar cumplirlo.

—No, para intentarlo, no, para conseguirlo, porque ya ha llegado ese día.

—¿Me estás diciendo que le vas a dar mi representación a ella? Porque, sin ánimos de ofender a nadie, yo creo que todavía le viene un poquito grande, que debería empezar por jugadores menos mediáticos que yo.

Os juro que Romeo se estaba luciendo, pero no iba a estar con nadie que no me quisiera a su lado. Lo que él no sabía era que yo ya había movido algunos hilos, y tenía a un chico de una categoría inferior que llegaría a ser una estrella.

—Romeo tiene razón, será mejor que tú continúes con su representación. Al fin y al cabo, a él ya le quedan pocos años en activo, y yo tengo que aspirar a alguien que me dé muchas alegrías durante mucho tiempo.

—¿Me estás diciendo que estoy acabado, Renatta? Porque te recuerdo que estamos en todas las competiciones, que tenemos que jugar dos finales y que estamos a un partido de ganar la liga.

—Tú lo has dicho, en plural, toda la plantilla, y que todavía no habéis ganado nada. Si sigues con el ritmo de vida que llevas, no te echo más de cuatro o cinco temporadas.

—¿Ves? Por eso creo que eres la persona ideal para llevar la carrera de mi hijo, porque no dudas ni un instante en decirle las cosas tal y como son —dijo Thiago.

—Estás hablando desde el resentimiento, Renatta, y eso no es bueno, mucho menos en esta profesión. Deberías aprender a actuar con la cabeza, no con las tripas —sentenció Romeo, sin hacer caso a su padre.

—No pienso representar a un jugador que no me va a tomar en serio, mucho menos a uno que no me quiere a su lado.

—Mira, hagamos una cosa. Esperemos a que termine esta temporada y, cuando eso ocurra, nos volvemos a reunir los tres.

—Por mí, no hay problema —dijo Romeo, pero con la boquita pequeña.

—Bueno, vamos hablando. Ahora, si me disculpáis, he quedado en una hora y ya voy tarde.

—¿Con quién has quedado?

—¿Desde cuándo te tengo que dar explicaciones a ti?

—¿Lo ves, papá? Está enfadada porque no estuve ayer en la graduación y me fui de fiesta con el equipo.

—Eso estuvo mal, pero no es momento de hablarlo ahora; ya lo haremos en casa, tranquilamente. Ahora, vámonos.

—¿No me lo vas a decir? Pensé que éramos amigos…

—Yo también lo pensaba, fíjate. Pues mira, te lo diré tan solo para que me dejes en paz. He quedado con un posible cliente y con sus padres, porque tengo una opción para él.

—¿En un equipo de fútbol?

—No, en uno de esgrima. ¿Eres tonto o comes bolitas de alcanfor?

—Cuando te pones así, eres insoportable, que lo sepas.

Romeo se levantó para marcharse, pero antes, lo frené; la curiosidad me podía, y quería saber cuánto le habían tangado mis padres, para tenerlo en cuenta en un futuro.

—Espera… ¿Cuánto les has dado a mis padres?

—¿A tus padres? ¿Han estado aquí?

—Sí, Thiago, y tu hijo ha caído en sus chantajes.

—Era solo dinero, Renatta, y si con eso podía quitártelos de encima, está muy bien empleado.

—Lo que tú digas, pero eso que has hecho tan solo ha provocado que vuelvan de nuevo en cuanto se queden sin dinero, en el momento en el que ya no tengan un solo céntimo.

—Bueno, pues si lo hacen, ya sabré yo a qué atenerme.

—Está bien, lo que tú digas, pero dime cuánto dinero le has dado.

—Veinticinco mil euros.

—¿Estás loco? ¡Madre mía de mi alma, lo que yo haría con ese dinero!

—Para mí no es dinero, te lo aseguro.

Romeo me dejó un beso en la mejilla y salió de mi casa, seguido de su padre. A pesar de todo lo que había ganado jugando al fútbol, no consintió comprarse una casa, y continuaba viviendo con sus padres en el mismo edificio.

No os diré que el edificio no era uno cualquiera, pues en él tan solo vivía gente con un alto poder adquisitivo. En el caso de sus padres, lo heredaron de sus abuelos y lo reformaron entero cuando la zona todavía no estaba tan de moda.

Desde la terraza de la casa se podía ver perfectamente el Ponte Vecchio, por la parte de la derecha; y parte de la Iglesia de la Santa Croce, por la parte izquierda.

Me encantaba bajar a comerme un helado detrás de la plaza del Señorío, de cara a la Catedral y al Baptisterio, admirando la copia del David de Miguel Ángel.

El arte era otra de mis pasiones, y la galería de los Uffizi era uno de los lugares preferidos por mí de toda Florencia.

Cogí el bolso y bajé, puesto que había quedado con Mateo Puzinni, un chico de diecisiete años que movía el balón como pocos.

Lo había grabado en uno de sus partidos, uno que había jugado con su equipo actual, y tenía pensado moverme por todos los equipos grandes, con los que ya tenía varias citas concertadas.

—Buenas tardes, y perdón por el retraso, pero un vecino me impidió llegar antes.

—No se preocupe. Para nosotros, es un honor que se haya fijado en nuestro hijo —dijo su padre, que se llamaba como él.

—Para nada, el honor siempre será mío. Pero antes, vamos a comer, que traigo un hambre descomunal, mientras hablamos de todo lo que tengo en mente para Mateo.

—Una excelente idea —dijo su padre.

Su madre lo miraba con cariño, pero también con miedo, y la entendía, porque, dependiendo de cómo saliera todo, así sería el futuro de su hijo.

—En primer lugar, quiero que quede claro que, condición indispensable para que esto siga adelante, y que le trasladaré a todos y cada uno de los clubes, será que tienes que seguir estudiando.

—Eso me gusta mucho, porque no quiero que, si no triunfa en el fútbol, sea un juguete roto que no sepa qué hacer con su vida —dijo su madre.

—Y yo no quiero un jugador ignorante del que se cachondeen en la prensa.

—¿Cómo voy a estudiar si tendré que entrenar? —preguntó Mateo.

—¿Sabes cuántas madres están estudiando, trabajando y sacando a sus hijos adelante? Pues creo que, con eso, te lo he dicho todo —le respondí.

En eso iba a ser implacable; si no había resultados académicos, tampoco los habría deportivos, eso lo tenía claro.

Había redactado un contrato que, si lo firmaban, dejaba claro que yo sería la encargada de llevar la carrera de Mateo, al menos durante los primeros cinco años, que era la duración del mismo.

—Después de esos primeros cinco años, en el caso de que ya no estéis interesados en seguir conmigo, podréis cambiar de representante.

—Lo dudo, porque estás mostrando mucho coraje para hacer las cosas, y eso me gusta mucho —dijo su padre.

—Me llevaré el treinta por ciento de todas las ganancias, tanto de los contratos de publicidad como de los deportivos.

—Y es justo. Me he estado informando y ese suele ser el porcentaje que cobra un representante, tanto arriba como abajo.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo, vamos a firmar el contrato, que mañana mismo tengo una cita en uno de los clubes para que vean los vídeos de Mateo.

Estábamos ya en el postre, mucho más relajados todos, cuando Romeo entró en el restaurante.

Lo hizo con una sonrisa, y con la clara intención de saber lo que me traía entre manos, además de conocer al chico, y lo supe por la seguridad con la que se acercó a nuestra mesa.

—Buenas tardes… —dijo, pero no pudo terminar la frase.

—¿Eres Romeo Acosta?

—El mismo, y tú debes ser el nuevo representado de Renatta. Has tenido mucha suerte de que se haya fijado en ti, porque, si lo ha hecho, es porque tienes mucho talento, chaval.

—Es un fiel admirador suyo, se lo aseguro —dijo la madre de Mateo, feliz porque su hijo estaba cumpliendo un sueño.

—Vamos a tutearnos, por favor, que no me gustan las formalidades.

—Ni que lo digas… —Murmuré, pero él me escuchó, mirándome con una sonrisa de lo más pícara.

—No seas mala, amiga.

—¿De verdad sois amigos? Joder, se me acumulan las emociones en el día de hoy.

—Esa boca, Mateo. Sabes que no me gusta que digas palabrotas —le regañó la madre.

—Anda, ven, vamos a hacernos una foto, que quiero presumir de ti cuando te hagas una estrella de fútbol —le dijo Romeo, ganándose al chico.

Mateo se levantó, se puso junto a Romeo y fui yo la que hice la foto, con el móvil de mi vecino.

—Venga, Renatta, ponte con nosotros, que después nos tocará vacilar de representante —me dijo Romeo, y lo miré con una ceja arqueada.

—¿También es tu representante? —preguntó el chico.

—No, pero lo será en cuanto termine la temporada.

—Eso no te lo crees ni tú, chaval.

Mateo empezó a reír, puesto que se pensaba que era una broma entre nosotros, pero nada más lejos de la realidad.

Si se pensaba que iba a acceder después de todo lo que había dicho esta mañana en mi casa, lo tenía claro.

Parecía que no me conocía, que no sabía que mi orgullo no me dejaría acceder a sus peticiones, a no ser que fuera estrictamente necesario, y, por el momento, eso no estaba sucediendo.

Capítulo 6



Renatta

El primer club en el que tenía cita era justo en el que jugaba Romeo. Llegué allí con mis mejores galas, unas que decían que era una mujer de negocios, mis tacones y una seguridad pasmosa que no sabía ni que tenía.

—Buenos días, tengo cita con el equipo técnico del club —le dije a la chica que estaba en la recepción del club.

—Un segundo, señorita. ¿Me dice usted su nombre?

—Por supuesto. Soy Renatta Bianchi, representante de jugadores.

La chica me miró como si estuviera loca, y soltó una risita por lo bajini que me molestó muchísimo.

Seguro que era de las que pensaban que las mujeres no podíamos acceder a según qué puestos de trabajo que se consideraban vetados para nosotras, pero la vida me había enseñado que nada era imposible, aunque costara mucho.

—Ya puede subir. Tercera planta, despacho cincuenta y dos. Se encuentra al fondo a la derecha, pero si tiene algún problema para encontrarlo, alguno de mis compañeros le indicará.

—Gracias, muy amable.

¿Esta mujer se había pensado que yo era gilipollas, o qué? De verdad, no entendía a la gente que, por querer ser demasiado amables, hacía que los demás nos sintiéramos tontos.

Tal y como salí del ascensor, y siguiendo las indicaciones de las paredes, en las que te decían los números de los despachos de cada lado del pasillo, llegué hasta el cincuenta y dos, que resultó no ser un despacho, sino una sala de reuniones.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días, señorita Bianchi. ¿A qué debemos el honor de su visita? —me dijo uno de los hombres que pertenecían al *staff* técnico, pero en un tono de guasa que no me gustó.

Respiré hondo. Tenía un as guardado debajo de la manga. Otro de los equipos rivales, al que había enviado el vídeo del partido de Mateo porque me lo habían solicitado antes de darme la cita, se había interesado mucho en él.

—Iré al grano, no me gusta perder el tiempo ni que lo pierdan conmigo. Traigo el video de un jugador que será uno de los mejores en muy poco tiempo.

—Señorita, recibimos videos de esos a diario, y no nos interesa ninguno, se lo aseguro.

—¿Estáis seguros de no querer verlo? Porque le garantizo, y puedo demostrar, que vuestro eterno rival ya se ha interesado en él.

—¿Ha dicho que puede demostrarlo?

—Por supuesto, no me gusta hablar por hablar, y tengo aquí el correo electrónico que lo demuestra. Con respecto a lo que ha dicho antes de que suelen recibir vídeos a diario, por eso yo no lo he enviado; he preferido traerlo yo misma.

—Bueno, tampoco perdemos nada por verlo. Si es usted tan amable de mostrarnos a ese jugador, se lo agradeceríamos.

Cogí el pen de mi bolso y se lo tendí a uno de los caballeros que estaban allí sentados, para que lo pusieran en el monitor gigante que había en la sala, y en el que, suponía, se analizaban los fallos de cada partido.

Cuando todos vieron la calidad y la elegancia con la que jugaba Mateo, no dudaron en mirarse con una sonrisa.

Tenía claro que intentarían contratarlo por una mierda de dinero, pero no lo iba a consentir.

Antes de acudir allí había hecho mis deberes, contando con la ayuda de Thiago, que me dijo lo que debía pedir de primeras, no conformándome con menos, y que coincidía con lo que yo pensaba.

—Es un gran jugador, pero teniendo en cuenta que está empezando…

—Si me van a ofrecer una cantidad ridícula, le pediría que se abstuviera; no me gusta que me tomen por tonta. Esta es la cantidad por la que firmaría con este club; si no estáis dispuestos a pagar eso, aquí paz y después gloria.

Les puse un contrato encima de la mesa, en el que venía indicada la cantidad por la que firmaríamos, y no me iba a bajar del burro.

—Señorita Bianchi, necesitamos hablarlo entre nosotros. ¿Le importaría volver en una hora?

—Para nada, no tengo ningún problema. Iré a tomar un café, mientras. Eso sí, si no pensáis pagar esa cantidad, le rogaría que no me hicieran perder el tiempo.

—Precisamente eso es lo que queremos confirmar, que podemos pagarlo.

—Está bien, vuelvo a las once de la mañana y espero que ya tengan una respuesta, porque no me pienso quedar esperando.

Me bajé a la cafetería del club, que estaba en el mismo edificio, pero en la planta baja, con un acceso directo desde el interior, ya que no cualquiera podía entrar ahí; era tan solo para los empleados o personas autorizadas.

Sabía que mi atuendo desentonaba con todos los que estaban ahí, que llevaban ropa deportiva.

Yo me había puesto una falda de tubo, gris oscuro, que me llegaba por debajo de la rodilla y que tenía una apertura en la parte trasera, que me permitía caminar.

También llevaba una camisa sin mangas en color beige, de escote de pico, que me hacía una silueta preciosa y que, junto con mis zapatos de tacón alto, me daba una imagen de lo más profesional.

—Pero bueno, si está aquí mi chica favorita —dijo Romeo, que había entrado a por un refresco cuando terminó el entrenamiento.

—Sí, sobre todo, la favorita…

—¿Qué haces aquí?

—Una reunión con el equipo técnico, y me han dicho que vuelva en un rato, que tienen que deliberar si les interesa mi propuesta o no.

—Pues te veo muy tranquila. Otra, estaría comiéndose de los nervios.

—Ah, no, sí estoy tranquila, tengo un as en la manga, bastante bueno, la verdad.

—Me tienes completamente sorprendido, Renatta, te lo digo de verdad.

—No se puede juzgar a la gente sin antes saber si su trabajo será el adecuado o no.

—Yo no te he juzgado, Renatta. Tan solo que pensé que no estabas preparada para llevar un contrato como el mío, que necesitas más experiencia.

—Di lo que quieras, Romeo, pero te garantizo que, después de este contrato, sea con este equipo o con el otro que está interesado, se darán patadas en el culo para que me haga cargo de sus representaciones.

—Ya, pero la primera será la mía.

—Que te lo crees tú…

Justo terminaba de pronunciar esas palabras cuando recibí un mensaje del equipo técnico, para que acudiera lo antes posible al despacho.

No subí de inmediato; no quería parecer ansiosa y que ellos aprovecharan para jugar a su favor.

Me terminé mi desayuno, me despedí de Romeo, que se había sentado en una mesa junto a sus compañeros, y me encaminé hasta el ascensor.

—Perdón, señorita, no puede usted subir sin que la autoricen —me dijo la chica que me había atendido un rato antes.

—Me están esperando en el mismo lugar en el que he estado antes.

—Lo siento, pero no puedo dejarla pasar hasta que no me lo digan desde arriba.

Me paré, no porque quisiera, sino porque no iba a montar un numerito allí, delante de todos, como era lógico.

Al final, después de diez minutos esperando, la chica me dio paso, volviendo a decirme dónde se encontraba el despacho.

—Cariño, me he tomado un café, no un coñac, ni tengo Alzheimer, recuerdo el camino.

—Perdón, es la costumbre.

Negué con la cabeza y subí al despacho, donde ya estaban todos esperándome.

—Señorita Bianchi, hemos estado analizando el vídeo que nos ha dejado y, tal y como usted nos ha contado, puede ser que este chico llegue a ser un buen jugador —dijo uno de ellos.

—No es que llegue a ser un buen jugador, es que lo es. No se piense que, por ser mujer, no entiendo de fútbol, caballero, porque estará cometiendo un gran error.

—No, por favor, ya hemos comprobado que eso es cierto. Y por eso, vamos a aceptar su propuesta, pero tan solo con un matiz.

—A ver, ¿qué matiz es ese?

—La primera temporada la hará en el segundo equipo, al menos al principio, hasta que coja los hábitos necesarios para subir al primero.

—Siempre que no se toque el precio de su ficha, me parece algo justo.

—Entonces, si estamos de acuerdo, nos gustaría verlo in situ antes de firmar nada.

—Deme un minuto que lo llame. ¿Cuándo les vendría bien a ustedes?

—Hoy mismo, y si es dentro de una hora, aprovechando que está aquí el primer equipo entrenando, y así lo vemos cómo se podría integrar en él.

Salí del despacho y llamé al padre de Mateo, que me contestó al primer tono, puesto que sabía de la reunión con el club.

—Mateo, necesito que el chico esté aquí, en el club, en una hora.

—¿Tenemos posibilidades?

—Está casi todo hecho, tan solo quieren verlo jugar con el equipo.

—Dame una hora y estaremos ahí.

—Perfecto. En cuanto estéis aquí, me llamas y bajo a buscaros.

—Gracias, Renatta. Sabía que podíamos confiar en ti.

—Crucemos los dedos para que todo termine tal y como ha empezado.

Corté la llamada y entré de nuevo en el despacho, para terminar de concretar todos los detalles del contrato, mientras que el chico no aparecía para demostrarles a todos lo que valía.

Capítulo 7



Romeo

Mi relación con Renatta se había enfriado muchísimo desde ese día en el que no la acompañé en su graduación.

Es cierto que tenía pensado hacerlo, pero, en cuanto mis compañeros me dijeron que había una fiesta esa noche, a la que acudirían modelos internacionales, cambié mis planes.

Amanda Well era una mujer espectacular, con unas piernas infinitas y una figura que hacía que se te nublaran todos los sentidos.

Por mucho que le juré que no me había acostado con ella, no era cierto, pero no quería crear más resentimientos.

La vi en la cafetería del club, y no pude evitar acercarme a ella. La echaba de menos, eso era innegable, y quería que volviéramos a tener lo que teníamos antes.

—Pero bueno, si está aquí mi chica favorita —le dije, acercándome a ella.

—Sí, sobre todo, la favorita…

—¿Qué haces aquí?

Me contó que había venido para conseguir un contrato para Mateo, y supe que lo iba a conseguir.

Después de un rato allí, hablando con ella, la dejé y fui hasta la mesa en la que se habían sentado mis compañeros, que me miraban sonrientes.

—¿Quién es ese bombón que has saludado, Romeito? —me preguntó Santini, uno de mis compañeros.

—Eso quiero saber yo también —le contestó Buonareti.

—Es la representante de un nuevo jugador, y mi vecina.

—Joder, pues si ella es representante, la cambio por el mío, pero ahora mismo, vamos. Me va a dar el mismo por culo que el otro, pero al menos me alegraré la vista.

—Ni que lo digas. Eso es una delantera y no la que formamos nosotros tres.

—Vale ya, chicos, por favor.

—¿Te molesta que le digamos cosas? ¿Qué pasa, que la quieres en exclusiva para ti?

—No digas tonterías, entre ella y yo tan solo hay una bonita amistad. Nos conocemos desde hace más de cinco años y nunca hemos tenido nada.

—Di lo que quieras, pero nunca te he visto mirar a nadie como la miras a ella.

—Sigue soñando, chaval.

—Bueno, entonces no te importará que nos acerquemos a ella, ¿no?

—Pues depende del motivo para el que os acerquéis.

—Para invitarla a jugar al parchís… Desde luego, hijo, hay veces que no sé si eres tonto o te has especializado en fingirlo.

—No os quiero ver a menos de quince metros de ella.

Renatta terminó de desayunar y se levantó para marcharse, diciéndome adiós desde la puerta.

—Joder, vaya trasero que tiene la muchacha… —Admitió Buonareti.

—Ya vale, ¿no?

Los dos se miraron entre ellos y soltaron una carcajada. No me sentó bien que ninguno de los dos mirase a Renatta con esos ojos.

No sabía el motivo, pero el tan solo pensar que cualquier hombre le pusiera las manos encima hacía que se me revolviera el estómago.

Volví al campo con un cabreo de mil pares de narices y, cuando mis compañeros me alcanzaron, los miré con mala cara, porque ya sabía lo que me iba a esperar durante todo el entrenamiento, sobre todo si Renatta aparecía de nuevo.

Le pedí a todos los santos del cielo que no fuera así, que terminara su reunión y se marchara a casa, al centro comercial o a donde le saliera del alma, pero no me sirvieron de nada mis plegarias.

—Ahí viene el bombón, de nuevo, Acosta —me indicó Santini.

—Joder, ¿esa quién es? —preguntó el entrenador.

—Una amiga de Acosta…

—¿Íntima, Acosta? —siguió el entrenador.

—Mi mejor amiga, y vale ya, ¿no?

—¿Qué está haciendo aquí?

—Viene como representante de un nuevo jugador.

—Pues si va a venir con él, aunque sea una patata de jugador, pienso decir que al grupo le va a venir de maravilla.

Todo el mundo empezó a reír por la manera en la que el entrenador lo había dicho, levantando las cejas repetidamente.

El entrenador era un hombre de lo más atractivo, que tenía muchas mujeres dispuestas a hacer por él lo que quisiera.

Era soltero, y me daba miedo que Renatta se interesara por él, porque era muy interesante.

En todos estos años que habían pasado desde que nos conocimos, yo le había contado a ella todas mis correrías sexuales, mientras que ella jamás me había hecho partícipe de que tuviera alguna relación con un chico.

¿Sería virgen a su edad? No, no lo creía, aunque… lo cierto era que a su casa no había ido ningún chico, nunca, además de que tampoco salía mucho; los días que yo tenía partido fuera, aprovechaba para ir adelantando cosas de la universidad.

Estaba tan sumido en mis pensamientos que ni siquiera vi venir el balón, que me dio de lleno en toda la cara.

—¿Has aterrizado ya o te tengo que enviar otro? —me dijo el entrenador.

—No ha tenido ni puta gracia, que lo sepas.

—Ni esa era la intención. Si estuvieras en lo que estamos, en vez de estar en la luna, eso no hubiera sido necesario.

Lo miré de una manera que pretendía intimidarlo, pero con la que lo único que conseguí fue que se partiera de risa.

—Como os iba diciendo, este es Mateo Puzinni, el próximo fichaje del club, y vamos a probarlo. Así que, ya sabéis, dividíos en dos equipos, coged los dorsales y vamos a empezar.

—¿Cómo nos dividimos? ¿Cómo siempre?

—Sí, pero a Acosta lo quiero en el equipo contrario a Puzinni. A ver de lo que es capaz.

Sabía que lo había hecho aposta, para que me tuviera que enfrentar a él y ver la reacción de Renatta.

Pensaba dejarme la piel en el campo, para demostrar de la piel que estaba hecho ese muchacho, tal y como hicieron conmigo el día que me probaron.

El entrenador se sentó al lado del equipo técnico y, por supuesto, junto a Renatta y el padre del chico.

Mi mirada iba, irremediablemente, hacia ellos, y me perdí muchas veces en el partido, haciendo que pareciera idiota.

—Acosta… ¿Tengo que sacarte del partido y meter a Santini? —me gritó el entrenador desde las gradas.

—No, ya me centro. Lo siento.

—Amigo, te veo más perdido que Spiderman en un descampado —me dijo Buonareti.

—Estoy espeso, no voy a negarlo.

—Pues, o te centras y dejamos que el chico se luzca, que no parezca que lo estamos dejando ganar, o te cambias por Santini.

—No, no, me centro. Vamos, que tenemos que ayudar al chico.

En la segunda parte del partido me centré en jugar, en dejarme la piel y los huesos, porque ese chico hacía cada cosa con los pies que te dejaba anonadado.

Me recordaba a aquel jugador brasileño de un equipo español, que hacía magia con sus pies y un balón.

—Chico, nos has dejado con la boca abierta. Renatta, retiro lo del segundo equipo, entrará directamente en el primero —dijo uno de los directivos.

—Se incorporará a la pretemporada, y lo presentaremos a lo grande —contestó ella.

Se había metido a todo el mundo en el bolsillo, entrando en el mundo de la representación por la puerta grande.

—Renatta, no he tenido el gusto de presentarme, soy Franco Rosety, el entrenador del equipo —le dijo el entrenador, de manera muy coqueta.

—Encantada, Mister, aunque tengo que decirte que estoy un poquito enfadada contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué he hecho yo?

—No permitir que Romeo acudiera el sábado a mi graduación…

—Chica, pues, quien te haya informado de que fui yo, lo ha hecho mal, porque yo no tenía ni la más remota idea.

¡Mierda! ¿Cómo no se me había ocurrido pensar que ella le diría algo, sabiendo cómo era?

Vi la desilusión en su mirada, el dolor, y os prometo que me sentí como un puto miserable.

—Renatta, espera, por favor.

—No tengo ganas de hablar contigo ahora, así que será mejor que me dejes en paz.

—No te vayas, espérame y vamos a celebrar tu primer contrato.

—Claro que lo voy a celebrar, pero no contigo. Con Mateo y con todo el cuerpo técnico.

—¿El entrenador también va a ir?

—Por supuesto. Pero que no tengo que darte explicaciones, chico, no cuando tú no me has tenido en cuenta, nunca, y ahora he sido consciente de ello.

—Ten cuidado con el entrenador, tan solo quiere meterse entre tus piernas…

—¿Y? ¿Y si eso es lo que yo quiero también?

No me dio opción a contestarle, salió de allí cagando leches, y dejándome con una cara de gilipollas que no era ni medio normal.

—Chaval, si pensabas incluirme en una mentira, lo lógico era que me lo hubieras contado antes —me dijo mi entrenador.

—No pensaba incluirte, como tampoco creía que le iba a sentar tan mal.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Pues que tenía su graduación, y pensaba volver…

Le conté a Franco todo lo que había pasado ese día, y cómo, al llegar al día siguiente, me la encontré de lo más cabreada y dolida.

—Es normal, para ella era importante y, si encima saliste en la prensa, con una de esas modelos, te puedes imaginar cómo le sentó.

—Exacto. Esa puta prensa es lo peor.

—No, lo peor no es la prensa, lo peor sois vosotros, que no os protegéis, que veis una fiesta y vais de cabeza, sin pensar en todo lo demás.

—Nosotros no vamos de cabeza a cada fiesta a la que nos invitan, solo lo hacemos cuando no tenemos partido al día siguiente y cuando el último que hemos jugado lo hemos ganado.

—Es lo mismo, si metes en el buscador de internet vuestros nombres, tan solo salen imágenes de vosotros en fiestas, con unas y con otras, y eso, si queréis continuar en el campo, tiene que cambiar.

—No me jodas, Franco. Has dicho lo mismo que ella, que me vaticinó que me quedaban, como mucho, cuatro o cinco temporadas más…

—Y creo que se pasó. Esa chica me gusta, entiende de su trabajo y no se amilana con nadie, por muy buen jugador que sea.

Entré al vestuario, donde todo el mundo estaba felicitando a Mateo, que lo había hecho genial, y yo no quise ser menos.

—Enhorabuena, chico, te auguro un futuro muy bonito, pero, por favor, con los pies en el suelo, que no todo es tan fantástico como se piensa.

—Lo sé, es lo primero que me ha advertido Renatta: que o continúo estudiando, o se termina mi representación y, ni loco, voy a renunciar a ella.

—Yo tampoco lo haría, aunque por otros motivos muy distintos a los tuyos —dijo Santini.

—No vayas a empezar, te lo advierto.

Lo acusé con el dedo, pues estaba demasiado calentito para sus provocaciones y, como le hiciera caso, podríamos terminar los dos muy mal.

Empezó a relatar, pero no quise oírlo; me metí del tirón en la ducha y pasé de sus comentarios, o terminaría de encenderme.

Al salir de la ducha, me encontré con Mateo, que me esperaba sentado en uno de los bancos, ya completamente cambiado, y rodeado de los demás.

—Romeo, me gustaría que te vinieras a comer con nosotros.

—Lo siento, chico, en otra ocasión será, hoy tengo planes.

—¿No puedes cambiarlos?

—La verdad es que sí, porque tan solo había quedado con una chica, pero no creo que a tu representante le haga mucha gracia tenerme allí. Como has podido ver, está un poquito cabreada conmigo.

—Bah, seguro que se le pasa. Por favor…

—Mira, vamos a hacer una cosa. Ve y le preguntas; si ella no tiene inconveniente, yo cambio mis planes. Si ella dice que no, sigo adelante con lo que tenía pensado.

Lo cierto es que no había quedado con nadie, pero no quería decirle que me había dolido la actitud de Renatta conmigo.

Empecé a vestirme y dejé que el chico saliera para hablar con ella. En cuanto vi que no volvía, cogí mi mochila y salí de allí sin que nadie me viera.

Capítulo 8



Renatta

Estaba en la parte exterior del campo, hablando con el padre de Mateo, que me daba las gracias por haber luchado así por su hijo.

—Si no llega a ser por ti, no hubiéramos llegado a firmar ese contrato, te lo aseguro.

—No es cierto. Si Mateo ha llegado hasta aquí, es por su constancia y su juego, que no puede tener más magia con un balón.

—También es verdad, pero tú le has abierto la puerta.

—Vale, te lo compro.

Estábamos riendo cuando vimos llegar a Mateo, corriendo, y pensé que le había ocurrido algo en el vestuario, aunque no lo creía, pues los chicos se habían portado con él de manera excelente.

Por un momento, me vino a la cabeza algo en lo que no había reparado hasta ahora. En todo el tiempo que hacía que Romeo y yo nos conocíamos, no había tenido el placer de que me invitara a un solo partido.

Ni siquiera me había presentado a sus compañeros o me había invitado a alguna de las fiestas a las que iba. Era como si le diera vergüenza que lo vieran conmigo, y eso me dolió todavía más.

—Renatta, he invitado a Romeo a comer con nosotros…

—¿Y qué te ha dicho?

—Que, primero, te lo preguntara a ti, por si tenía que cambiar sus planes.

—¡Qué considerado, mira! ¿Te ha contado cuáles son esos planes?

—Pues, por lo visto, había quedado con una amiga…

—Entonces, será mejor que no venga, que no queremos interrumpirle una tarde de pasión. ¿No crees?

Mateo me miró, sin saber qué contestarme, pero, como lo vi un tanto desilusionado, le envié un mensaje a Romeo.

Renatta: *Si quieres comer con nosotros y cambiar de planes, estaremos en el restaurante El Mirador; salimos para allá.*

Le enseñé el móvil a mi representado, para que viera que le había comunicado nuestro destino.

Esperaba que me respondiera, al menos con un sí o un no, pero no dio señales de vida, por lo que di por hecho que no vendría, que decidió seguir con sus planes, como hacía siempre.

Guardé el móvil en mi bolso y nos fuimos hasta mi coche, que era en el que habíamos venido hasta aquí.

Lo primero que haría en cuanto cobrara el primer pago sería comprarme un coche nuevo, que el mío ya empezaba a flaquear un poquito.

Sí, me lo podría comprar fácilmente con el dinero que me había dejado mi abuelo, pero no lo quería tocar. Eso era un colchón económico para cuando vinieran las vacas flacas.

Llegamos al restaurante en cuestión, donde ya nos estaban esperando los del equipo técnico del equipo. Íbamos a concretar todo el tema de la presentación del jugador, del reconocimiento médico y demás.

—¿Cuándo quieres presentarlo, Renatta? —me preguntó uno de los directivos.

—Cuanto antes, mejor. Creo que así se terminarán las especulaciones sobre el club.

—Tienes razón, pero esperemos a que nos hagamos con el título de la Liga. ¿Te parece?

Justo cuando nos acabábamos de sentar, curiosamente, apareció Romeo, con una sonrisa de lo más significativa.

—Perdón por el retraso, pero mi coche me ha dejado tirado en mitad del camino.

—¿Todavía no lo has cambiado?

—No, pero tengo que mirar uno, lo sé… Es que le tengo tanto cariño.

Esto último lo dijo mirándome a mí, directamente, porque eso era justo lo que yo decía del mío, pero si pensaba que me iba a quedar callada, se había equivocado de pleno a pleno.

—Es que, a veces, es más fácil cogerles cariño a cosas materiales que a las personas. Al fin y al cabo, son máquinas y sabes que no te van a defraudar.

—¿No me lo vas a perdonar nunca?

—No lo sé, pero de momento, no.

En la sala se escuchó un murmullo, signo inequívoco de que todo el mundo se había enterado de mi contestación, sobre todo Franco, el entrenador, que estaba sentado a mi lado.

—No se lo tomes en cuenta, mujer. Ya sabes cómo son los futbolistas, mucho más si son tan famosos como él.

—Me da igual, como si fuera el mismísimo Messi; conmigo no juega nadie. Se suponía que éramos amigos, y los amigos no se mienten. Prefería mil veces que me dijera: "Mira, Renatta, no voy a perder la oportunidad de estar con esta mujer", y seguimos tan amigos como siempre.

—Sí, muchas veces es lo mejor. Si quieres charlar, quiero decirte que aquí me tienes; podemos quedar para ver una película o tomar un café, cuando quieras.

—Mira, ¿sabes qué? Te tomo la palabra, ya va siendo hora de que empiece a vivir.

—¿Y no te da miedo lo que Romeo pueda pensar de esto?

—Uy, chico, ¿cuándo has visto que el óvulo vaya detrás del espermatozoide?

Franco soltó una carcajada que resonó en toda la sala, haciendo que todos los que estaban allí con nosotros voltearan su cara para mirarnos.

—Chica, de verdad, eres única dando respuestas.

—A veces la vida te obliga a eso, si tú supieras…

—Pues quiero saber, por eso te he dicho eso, y espero que lo hagamos a fondo.

—Si te refieres a que me vaya a acostar contigo, lo siento, chaval, pero no me atraes nada, por muy guapo que seas.

—Ahora soy yo el que te dice: "Ay, si yo te contara…".

—Pues, si quieres que yo me abra contigo, tendrás que hacerlo tú conmigo, también.

—Por supuesto, será un *quid pro quo* en toda regla; tan solo espero que me sepas guardar el secreto.

—Claro que te lo guardaré, no tengas ninguna duda.

Nos llevamos casi toda la comida hablando entre nosotros, como en susurros, mientras que veía cómo Romeo se iba enervando cada vez más, pero, sinceramente, me daba lo mismo.

En un momento determinado, me levanté para ir al baño, excusándome con todos, pero, cuando ya había terminado y estaba lavándome las manos, alguien entró de manera muy abrupta.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

—¿Perdona? Eso te lo tendría que preguntar yo a ti, que has entrado en el baño de las mujeres como si fueras el sheriff del condado.

—Renatta, ese hombre no te conviene, te lo digo yo que lo conozco bien. Terminará haciéndote daño.

—Por lo menos, si él me hace daño, no pondrá en riesgo una amistad de tantos años.

—Joder, Renatta, ya no sé cómo pedirte perdón.

—No tenías que pedirme perdón, tenías que haberme contado la verdad, que es diferente.

—¿Hubieras entendido que me quedara en la fiesta en vez de venir a compartir contigo ese momento importante para ti?

—Pues no sé si lo hubiera entendido o no; lo que sí que sé es que prefería que hubieras sido sincero conmigo, que me hubieras demostrado que somos amigos de verdad.

—Bueno, pues lo siento, no lo pensé. Me cegó el hecho de pasármelo bien en una fiesta rodeado de modelos antes de estar aburrido en una ceremonia que ni me iba ni me venía.

No sé si esas palabras fueron fruto de la sinceridad que le había pedido o si hablaba desde la rabia de verme hablar con su entrenador con esa complicidad, pero lo que sí sabía es que me estaban haciendo mucho daño.

—Gracias por la parte que me toca, pero no te preocupes que lo tendré en cuenta. Al parecer, la única que estaba capacitada y dispuesta a sacrificar su vida por esta amistad era yo.

—No te pintes de santa, Renatta.

—No soy una santa, pero te voy a contar algo. ¿Cuántas veces te he dicho que iba a salir con mis compañeros de la universidad y me has pedido que me quedara en casa, contigo, viendo una película, y lo he hecho?

—Pero yo no te he obligado, y si me hubieras dicho que no te apetecía, pues me hubiera quedado solo en mi casa, o me hubiera ido con cualquier compañero de fiesta.

—No estás entendiendo nada, de verdad. Hace mucho tiempo que nos conocemos y jamás en la vida me has dicho que fuera contigo a una de esas fiestas, o que te acompañara a un partido de fútbol, como si te diera vergüenza el que te vieran conmigo.

—No seas ridícula, Renatta, si no te lo he dicho nunca, no ha sido por eso, sino porque no te sintieras sola o desplazada en uno de esos eventos.

—¿Lo ves? Lo estás volviendo a hacer. Siempre das por hecho que, para ti, cualquier cosa estaría por encima de nuestra amistad, y que me ibas a dejar de lado, haciéndome sentir mal, en lugar de intentar integrarme.

—Tú tampoco me has integrado en tu grupo de la universidad.

—¿Cuándo, Romeo? Si cada vez que te mencionaba la posibilidad, preferías secuestrarme en mi casa.

Salí de allí sin darle la opción de contestarme. Ese momento era importante para mí; acababa de firmar mi primer contrato, que encima era con un gran club y millonario; no iba a permitir que me lo amargara.

Capítulo 9



Renatta

Entré en mi casa con la satisfacción de las cosas bien hechas y un contrato firmado bajo el brazo.

Romeo no vino conmigo, pues decía que había trasladado su cita con esa amiga de la hora de comer a la merienda, y que no quería llegar tarde.

No sabía si era verdad o mentira, pero sí que, con sus palabras y esa sonrisa que pintó en su boca, me estaba haciendo mucho daño.

En la puerta me estaba esperando Thiago, que, en cuanto me vio la cara, supo que lo había conseguido.

—Lo sabía, tenía el presentimiento de que te meterías a todos en el bolsillo.

—Eso era demasiado presuntuoso, Thiago, pero te doy las gracias por toda la confianza que has tenido en mí.

—Verás cómo, al final, te haces con la representación de los grandes jugadores.

—Con esos no quiero nada, son demasiado egocéntricos. He decidido que quiero jóvenes promesas, a las que llevar a lo más alto del panorama nacional e internacional.

—Así me gusta, con las cosas claras. Por cierto, en cuanto anuncien el fichaje, las grandes marcas de ropa deportiva te van a acribillar a llamadas para que seas su imagen pública.

—Eso ya lo tenía pensado. ¿Cómo lo gestionaste tú en el caso de Romeo?

—Vamos, te invito a un café y te cuento. Por cierto, ¿dónde está mi hijo? ¿No iba a comer con vosotros?

—Sí que lo ha hecho, pero luego dijo que había quedado con "una amiga".

Sí, entrecomillé con mis dedos eso mismo que había dicho, para que no pensara que era tonta, que me daba cuenta de todo.

—¿Sabes? A veces me pregunto cuándo os vais a dar cuenta de eso que es tan evidente para los demás.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—¿Lo ves? No lo entiendes o no quieres entender, que todavía no lo tengo claro.

Entramos en su casa, donde estaba Bianca con el café y un *panettone* de chocolate que sabía que era mi preferido.

Cómo me hubiera gustado que Romeo estuviera allí, con nosotros, pero, al parecer, todo lo mío, todo lo que habíamos hecho hasta ahora, le resultaba un poquito aburrido, por decirlo de una manera un tanto suave.

Thiago me fue explicando todos los pasos a seguir en el tema de publicidad, para que no fuera a volverme loca y quisiera firmar todo, porque, en primer lugar, daría la sensación de estar impaciente y, en segundo, porque sería materialmente imposible.

—Por mucho que quisieras, tus representados no podrán hacer todas las campañas que les propongan, o tendrán que dejar a un lado sus vidas y eso, a la larga, tan solo te traerá problemas.

—Sí, eso lo tengo claro, será cuestión de priorizar.

—Exacto, y no precisamente dejándose guiar por el tema económico, que a veces no es lo más importante para el jugador, aunque lo parezca.

Estuvimos hablando un buen rato más, hasta que me fijé en que se me había ido el santo al cielo, y había quedado con Franco en que me recogería a las nueve para ir a cenar y a bailar.

—Vecinos, me vais a perdonar, pero he quedado a las nueve en que vendrán a recogerme y son las ocho. Tengo el tiempo justo para ducharme y arreglarme.

—Ya era hora, hija mía, que pensé que iba a tener que ir a comprarte dulces al convento —me dijo Bianca.

—No sé por qué dices eso, cuando tú piensas lo mismo que yo —le dijo Thiago.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mientras que no llega su príncipe azul, que se harte de besar sapos.

—Ay, Bianca, mi príncipe azul ha salido desteñido, te lo aseguro.

—Bueno, hija, hay muchos tonos de azules, que no todos tienen que ser iguales.

Me despedí de ellos dos y me fui a mi casa. No podía evitar mirar el ascensor, esperando a que Romeo apareciera, pero no fue así, no tuve esa suerte.

Os estáis pensando lo mismo que yo, no lo vayáis a negar. ¿Qué estaba pensando? Bueno, os lo voy a contar por si alguien no había pensado en ello.

Si Romeo llegara ahora y me pidiera que hiciéramos un plan como los de antes, ¿dejaría mi cita y me quedaría en casa?

Siendo sincera, no lo sé. Estaba muy enfadada con él, eso era evidente, pero también lo echaba muchísimo de menos, nuestras charlas, nuestros momentos de bromas; parecía que hacía una eternidad que no lo hacíamos de esa manera.

Era como si de repente nos hubiéramos convertido en dos completos desconocidos, y eso no me gustaba nada, pues había perdido a mi mejor amigo, y eso me dolía.

Entré en la ducha, sin lavarme el pelo, porque no me daría tiempo a secármelo y arreglarlo, así que decidí que me lo recogería en una coleta alta, y listo.

Había elegido un vestido que tenía colgado en el armario desde que me lo compré. Fue un arrebato, lo reconozco, uno de los pocos que había tenido en toda mi vida.

Era rojo, de esos que se ven desde lejos, de tirantes finos, cruzados en la espalda, de una tela vaporosa y que me llegaba por encima de la rodilla. Lo combinaría con unas sandalias doradas, al igual que los complementos.

Me apliqué máscara de pestañas que resaltaba mis ojos verdes y un lápiz labial del mismo color que el vestido. Cogí una chaqueta vaquera, por si refrescaba, y mi bolso justo cuando recibí un mensaje de Franco diciéndome que me esperaba abajo.

Le dije adiós a los padres de Romeo, Romeo, que se quedaron asombrados cuando me vieron vestida.

—Chica, esta noche triunfas, te lo digo yo —me dijo Bianca.

—Como te vea Romeo, se cae de culo, te lo aseguro —continuó Thiago.

—Para nada, ni lo uno ni lo otro. De momento, tan solo somos amigos, pero de los que quieren conocerse de verdad, no como tu hijo, que está más pendiente de las modelos que de mí.

Ambos se miraron y, con una sonrisa que no pude descifrar, me dijeron que lo pasara lo mejor que pudiera.

—¡Toma ya, voy a ser la envidia de todos los hombres!

—Tampoco seas exagerado, que vosotros estáis acostumbrados a estar rodeados de mujeres mucho más guapas que yo.

—Puede ser, pero a mí no me interesa ninguna, y no vayas a pensar que lo digo para ligar contigo.

—Entonces, no te entiendo.

—Uy, es lo que te he dicho esta mañana, que tenemos mucho de lo que hablar, si es que te apetece.

—Claro que me apetece.

—Si te parece, he llamado un taxi para que nos recoja. No quería coger el coche, ya que, te aseguro, que esta noche vamos a bebernos hasta el agua de los floreros.

—Ni que lo digas, porque esta noche me pienso desmelenar como nunca en mi vida. Puede que hasta que me acueste con alguien, fíjate.

—Pues a ver si tenemos suerte y lo conseguimos los dos, pero por separado, ¿eh?

Me hizo muchísima gracia la manera en la que Franco me lo dijo, como si pensar que acostarse conmigo fuera un delito o algo parecido, como si fuera algo prohibido para él.

Entramos a cenar en un restaurante de comida española, al que me dijo que era asiduo, porque le encantaba ese tipo de comida.

La verdad es que la forma de cocinar de los españoles con la nuestra era muy parecida, por el aceite de oliva y los productos mediterráneos, aunque, claro, cada una con sus especialidades.

—¿Me dejas que pida la comanda yo?

—Por supuesto, entre otras cosas porque yo no tengo ni idea de lo que se trata cada cosa.

—¿Hay algo que no te guste o que te siente mal?

—Para nada, me gusta todo y nada me sienta mal.

—Uy, cuidado donde dices esas cosas, que sacadas de contexto pueden ser muy peligrosas.

Solté una carcajada. De verdad que no me esperaba que este hombre tuviera tanto arte. Siempre lo había visto en los partidos, en la televisión, tan serio, tan profesional, que jamás pensaba que me lo iba a pasar tan bien con él.

Franco se decidió por un surtido de tapas frías, que consistía en una bandeja donde venía, según me contó él, porque yo no tenía ni idea, tortilla, ensaladilla y patatas aliñadas.

También pidió una tabla de ibéricos, en la que venían jamón serrano, queso manchego y caña de lomo, que eran tres tipos de embutidos típicos españoles.

De plato fuerte, solomillo de cerdo al Pedro Ximénez con patatas panaderas al romero.

No había comido nunca nada de eso, pero no me pudo gustar más, os lo prometo. De postre se decantó por una crema catalana, que estaba de vicio.

—Como me traigas otra vez a comer aquí, voy a salir rodando.

—No me seas exagerada. Me dirás que no estaba todo riquísimo.

—Eso sí, no había comido nunca nada tan bueno, te lo prometo. Tenemos que repetir.

—Venga, vamos a convertir este restaurante en el nuestro de cabecera. ¿Te parece?

—Me parece.

—Bien, ahora, levanta el culo, que vamos a ir a una discoteca que hay aquí cerca, donde te contaré algo de mi vida.

—Y yo de la mía, te lo prometo. Que, al final, no hemos hablado nada de nosotros.

Capítulo 10



Romeo

No había quedado con nadie, pero sabía que si llamaba a cualquiera de las muchas modelos que conocía, pronto tendría planes y compañía; aun así, no me apetecía.

Así que, lo que hice fue coger el coche y poner rumbo a casa de Santini, que seguro que estará allí y que me propondrá algún plan para esa noche de casi verano.

Tenía la clave para abrir la verja exterior de su casa; me la dio un día que perdí mis llaves y me llevé más de una hora esperando a que me abriera, pues se había quedado dormido.

Cuando entré, aparqué en la zona destinada y salió a ver quién era, porque solo su familia y yo teníamos la llave.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te ha ocurrido algo?

—Sí, me ha ocurrido que necesito salir y bailar hasta caer rendido, porque la rabia que corre por mis venas la tengo que canalizar de alguna manera.

—Pues nada, pasa, nos tomamos un café, pedimos unas pizzas para poder cenar tranquilos y, luego, cuando nos arreglemos, nos vamos de fiesta.

—Me parece una idea fantástica. Avisa a Buonarotti, por si se apunta.

—Seguro que lo hace, aunque no lo hará solo, que siempre tiene que estar rodeado de mujeres.

—Pues mejor, lo mismo y una buena noche de sexo me rebaja la furia que siento.

—Bien dicho, amigo, pero todavía no me has contado el motivo por el que está así.

Le conté todo lo que había pasado en la comida con Renatta y el equipo técnico, y cómo el entrenador había estado flirteando toda la noche con ella.

No supe por qué, pero la actitud de Santini como que cambió un poco, como que vi dolor en sus ojos, pero no me atreví a preguntar. Si él quería explicarme el motivo, ya me lo diría.

Buonaretti se unió a nosotros como una hora después, y nos dijo que hoy era plan de chicos, que, si salía algo en la discoteca, bien, pero que iríamos hasta allí solos.

Me pareció una idea fantástica, pues hoy tan solo necesitaba a mis amigos; no quería nada de mujeres desde el principio, como mucho, una noche de sexo desenfrenado.

Estuvimos en su casa hasta pasadas las once de la noche, momento en el que ya estábamos los tres duchados y cambiados de ropa, atracando el armario de nuestro compañero.

—Sois unos cabrones. Ustedes no podéis coger ropa que ya haya estrenado, no, ustedes la que tiene la etiqueta.

—Claro, hijo, no nos vamos a poner una camiseta con la que hayas salido en las revistas, chaval —le dijo Buonareti.

Habíamos pedido un coche para que nos llevara hasta la discoteca a la que pensábamos ir, porque sabíamos que nos tomaríamos más de una copa, y no queríamos salir en las revistas cogiendo el coche y que nos tacharan de imprudentes.

Demasiados calificativos habíamos sufrido ya durante todo este tiempo para que, ahora, tuviéramos que enfrentarnos también a eso.

El coche ya nos estaba esperando en la puerta cuando salimos, por lo que no tuvimos que esperar nada, y ya tenía la dirección de la discoteca a la que queríamos ir.

Al llegar, había más gente que en la guerra y, aunque sabíamos que no tendríamos que esperar cola por ser quienes éramos, no lo pensamos y nos decidimos por entrar en la que había justo al lado, que se veía mucho menos cargada.

—Vamos a la barra, me muero por una copa —dijo Buonarotti.

—Ni que lo digas. Quiero algo que me haga olvidar hasta mi nombre —respondí.

—Amigo, o te espabilas y asumes lo que te pasa con la representante cañón, o te arrepentirás de no hacerlo —me dijo Santini, mirando alrededor para encontrar un hueco.

Noté cómo su cara cambiaba de color. Fue una décima de segundo que, quien no lo conociera, no sería capaz de identificarlo, pero yo, que había crecido con él, me di cuenta de inmediato.

Cuando giré la cabeza en la dirección en la que lo había hecho él, supe por qué estaba así. Allí, en una de las mesas del fondo de la pista de baile, se encontraban el entrenador con Renatta, y ambos reían con ganas.

—Mira por dónde, no le voy a permitir que se salga con la suya. Lo siento.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo?

—Sentarme allí, con el entrenador y mi vecina. Si piensa que se va a acostar con ella, lo lleva claro.

—¿Qué más te da a ti? ¿Qué te importa?

—Claro que me importa, es mi amiga, y no lo voy a consentir.

—Una amiga a la que dejaste tirada por acostarte con una modelo. No me seas hipócrita y admite que Renatta te gusta.

Me frené en seco. ¿Tendrían razón mis amigos? ¿Sería eso lo que me pasaba? No, no podía ser eso.

Nos conocíamos desde hace mucho tiempo, y nunca había sentido por ella nada de eso; la veía como… ¿Cómo la veía? Ni siquiera era capaz de definir mi manera de verla.

Empezaba a agobiarme con todo esto. No sabía lo que sentía, pero lo que sí sabía era que no quería que se liara con Franco, el entrenador, y que iba a hacer todo lo posible para que eso no ocurriera.

Cogí mi copa y me dirigí, con paso seguro, hasta donde estaban ellos, con la mejor de mis sonrisas, aunque por dentro estuviera cagándome en todo lo cagable.

Justo cuando estaba llegando, unas chicas que estaban cerca de ellos empezaron a gritar, acercándose a nosotros.

Buonarotti se mostró encantado, mientras que Santini y yo sonreíamos más por compromiso que porque nos hiciera gracia permanecer allí con ellas.

Más de media hora nos tuvieron haciéndonos fotos y charlando, hasta que pudimos escapar de ahí.

Ellos fueron testigos de todo, y sus caras decían mucho más de lo que podían imaginar. No sabíamos si era porque estábamos allí, o porque nos rodearon las mujeres, cuando a él no se había acercado nadie, o al menos, mientras que nosotros habíamos llegado.

—Buenas noches, señor y señorita —dijo Buonarotti, que, al final, decidió que se venía con nosotros.

—Serán para ti, porque a mí, a partir de ahora, ya no me parecen tan buenas —dijo Renatta.

—Pues lo siento, chica, pero no me pienso mover de aquí, tengo cosas que preguntarle al entrenador.

—¿Y tiene que ser esta noche?

—Déjalo, Renatta, nosotros tenemos mucho más tiempo para seguir hablando; todavía queda mucha noche por delante hasta que te lleve a casa.

No quise decirle que siguiera soñando, que esta noche, si alguien iba a acompañar a casa a Renatta, iba a ser yo.

De pronto empezó a sonar una canción que nos encantaba a ambos, y que habíamos bailado en su casa en multitud de ocasiones.

Por eso, no lo dudé, tomé su mano y la levanté, llevándomela a la pista sin darle opción a que me dijera nada.

La pegué a mí, sintiendo su cuerpo con el mío, como no había hecho nunca antes, y meciéndola en mis brazos.

Mis ojos no podían apartar la mirada de los de ella, bajándolos de vez en cuando hasta su boca.

Era el momento idóneo para que la besara, pero, de momento, un miedo atroz se apoderó de mí, por lo que la separé de mi cuerpo, bruscamente.

—Será mejor que me marche…

Renatta me miró después de decir eso, se giró y caminó hacia el baño. Os prometo que no sé lo que me pasó, pero, después de que se alejara de mí, sentí un vacío que me dejó sin aliento, y decidí ir tras ella.

Antes de entrar en el pasillo donde estaban los baños, jalé de su mano, besándola como había necesitado antes, hasta casi perder el sentido.

—Romeo…

—Shhh, no digas nada, por favor. Creo que es necesario para saber lo que sentimos el uno por el otro.

No la dejé hablar de nuevo, sino que la besé, otra vez. Esta vez no fue un beso tan necesitado como el anterior, sino que fue más lento, devorando sus labios con devoción, con suaves mordiscos que me pusieron la sangre a hervir.

—Vámonos, te necesito toda para mí esta noche.

—Está bien, no tengo que coger nada, podemos irnos cuando quieras.

Salimos de allí de la mano, paramos el primer taxi que vimos y le dimos la dirección de nuestra casa, mientras que nos mirábamos con una mezcla de deseo y premura.

En cuanto llegamos al portal, en cuanto entramos en el ascensor, volvimos a comernos el uno al otro. La pegué a la pared donde estaba el espejo, apretando mis caderas contra las suyas.

Nos esperaba una noche gloriosa, lo sabía de antemano.

Capítulo 11



Renatta

No sabía en qué estaba pensando cuando le dije a Romeo que nos fuéramos a mi casa, pero no estaba yo en estos momentos para buscar motivos; ya lo haría al día siguiente cuando hubiera despertado.

En estos instantes, lo único que quería era sentir sus besos, sus manos en mi piel y que fuera lo que el destino quisiera.

No es que yo tuviera mucha experiencia en el tema sexual, porque tan solo había tenido dos relaciones en mi vida.

La primera con un chico que era compañero de instituto, y que fue mi primera vez; y la segunda, con un compañero de universidad, pero que tampoco fue para tirar cohetes, la verdad.

Estaba nerviosa, pues no sabía si sería capaz de estar a la altura de lo que él estaba acostumbrado, pero me centré en sus besos, esos que me estaban poniendo cardíaca.

—Joder, no encuentro las llaves.

—Búscalas, que yo mientras me ocupo de otra cosa.

Lo tenía a mi espalda, pegado a mi cuerpo, y dándome besos por el cuello, pasando su lengua desde la parte trasera de mi clavícula hasta el lóbulo de la oreja, donde mordisqueaba y succionaba.

No sé ni cómo atiné a meter la llave, pero el caso es que, en menos de cinco minutos, ya estábamos dentro de mi casa.

No llegamos ni al dormitorio, pues, nada más cerrar la puerta detrás de nosotros, tomó el bajo de mi vestido y lo sacó por la cabeza, dejándome tan solo con una tanguita de encaje del mismo color que el vestido.

—¡Dios! No te puedes imaginar las ganas que tenía de tenerte así.

—No pares ahora, por favor.

—No pienso hacerlo en toda la noche, te lo aseguro.

Mientras que le decía eso, él había introducido dos dedos por el lateral de mi braguita, y acariciaba con ellos mis pliegues, provocándome más placer que todo el que había sentido en mi vida.

Mis gemidos eran imposibles de callar, al igual que mis jadeos, y no me quise quedar quieta, por lo que fui quitando todos y cada uno de los botones de su camisa, hasta despojarlo de ella.

—Me muero por tomarte, pero no lo voy a hacer aquí, de pie, no al menos la primera vez.

—Hazlo donde quieras y como quieras, pero hazlo ya, por lo que tú más quieras.

Romeo soltó una carcajada que tuve que acallar poniendo mi mano en su boca, o terminarían por enterarse todos los vecinos de lo que estábamos haciendo, en especial sus padres, que vivían pared con pared.

Me cogió en brazos, haciendo que lo tuviera que rodear por su cintura con mis piernas, mientras que él se dedicaba a amasar mi trasero con ansias, demostrando las ganas que me tenía, que no eran menos que las que yo le tenía a él.

Así, en esa postura, me llevó hasta mi dormitorio, donde me depositó con cuidado, como si fuera una mercancía frágil, una pieza de cristal que se pudiera romper.

Casi sin darme cuenta, se había despojado de los zapatos y de los pantalones, quedándose tan solo con su bóxer, en el que se vislumbraba un miembro que me iba a dar muchas satisfacciones esa noche.

Se situó entre mis piernas, no sin antes sacar una ristra de preservativos de su cartera, que depositó junto a nosotros, encima de la cama.

Volvió a besarme, de esa manera que tan solo él sabía y que me estaba creando adicción.

Con sus besos, fue bajando por todo mi cuerpo, recreándose en mis pechos, esos que lamió, mordisqueó y succionó a placer, nunca mejor dicho.

Llegó a mi monte de Venus y, abriendo mis piernas y mirándome a los ojos, dio una primera pasada con su lengua por mi centro, haciendo que se me erizara la piel.

Notaba su sonrisa en mi sexo, una que indicaba que le estaba gustando cómo mi cuerpo reaccionaba a él.

Después de eso, se lanzó directamente a él, donde lamió, succionó y hasta me penetró con su lengua, haciendo que me retorciera y que tuviera que morder la almohada para no gritar cuando el primer orgasmo me atravesó.

Acto seguido, y sin que me diera cuenta, se colocó un preservativo y me penetró de una sola y fuerte embestida, que me provocó tal placer que ahí sí que no pude aguantar el grito que salió de mi garganta.

Si anteriormente había dicho que mi experiencia sexual no había sido para tirar cohetes, esta había suplido, con creces, todo lo anterior.

No os puedo decir el tiempo que estuvimos en esa postura, pero, en un momento determinado, nos dio la vuelta, quedándome yo encima de él.

—Joder, Renatta, si te sigues moviendo así, no creo que aguante mucho.

—Yo tampoco puedo más, Romeo.

—Hazlo, córrete y llévame contigo.

Ni un minuto después, estábamos devorándonos la boca, para acallar nuestros gritos y gemidos, esos que eran producto de todo lo que el orgasmo que habíamos experimentado a la vez nos hizo sentir.

Pero no quedó ahí la cosa, pues, poco después, mientras que estábamos en la ducha, nos volvimos a dejar llevar por nuestros más bajos instintos, haciéndolo de nuevo, al igual que al volver a la cama.

Caímos rendidos a altas horas de la madrugada, conmigo de lado y él abrazado a mí por detrás, haciéndome sentir de nuevo su miembro en mi trasero, pero debíamos descansar, pues estábamos agotados.

Me desperté en cuanto la luz entró por la ventana, pues no habíamos bajado la persiana antes de quedarnos dormidos, pero no había ni rastro de Romeo.

Su lado de la cama estaba frío, y en el suelo del dormitorio no quedaba nada de su ropa, esa que fuimos tirando a medida que nos íbamos desnudando. Lo que sí me fijé es que, en el sillón de mi habitación, estaban mi vestido y mis braguitas, perfectamente doblados.

No os voy a decir que no me desilusionara, porque sí que lo estaba, y mucho, pero tampoco me había dicho que sería algo más que una noche; no podía acusarlo de que me hubiera mentido.

Me levanté justo cuando mi móvil empezó a sonar, así que fui a cogerlo del interior de mi bolso, donde permanecía desde la noche anterior.

En mi corazón albergaba la esperanza de que fuera Romeo, que me llamaba para decirme que le había surgido algo y se tenía que ir, pero nada más lejos de la realidad; era Franco, el entrenador, quien me llamaba.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Podría estar mejor, la verdad, pero tampoco voy a quejarme.

—¿Podemos quedar hoy para comer? Tengo algo que contarte y no quisiera esperar mucho más tiempo, pues necesito tu consejo.

—Está bien. ¿Dónde quedamos?

—En mi casa, por favor. Te paso un mensaje con la ubicación. Lo que quiero contarte no me gustaría que se enterara nadie y, mucho menos, que saltara a la prensa.

—Perfecto, en cuanto me llegue el mensaje, me visto y salgo para allá. ¿Quieres que lleve algo?

—La mejor de tus sonrisas y la mente abierta, nada más.

—Vale, lo intentaré, pero no te prometo nada. Me refiero a lo de la sonrisa; la mente la tengo abierta desde que nací, creo.

Franco soltó una carcajada y, nada más colgar la llamada, recibí ese mensaje que me había dicho que me iba a enviar.

Quité las sábanas de la cama, esas que olían a Romeo, y me las llevé un rato a la cara para olerlas; me hacían retroceder horas y recordar lo bien que me había hecho sentir enredada en ella.

Pero la noche se había terminado y, por consiguiente, nuestro momento también, y había que seguir avanzando.

No quería pensar en lo que pasaría más tarde, en si volveríamos a repetir esa experiencia o no, pero era inevitable que lo hiciera.

Tapé la cama con la colcha; ya la vestiría de limpio cuando volviera, y me fui a buscarme algo de ropa cómoda con la que vestirme.

Me decanté por unos leggins piratas de color azul marino y una camiseta de tirantes blanca, mis deportivas y una coleta en la que recogí mi melena.

No me maquillé, no me apetecía y, como tampoco es que fuera a una cita, no me importó. Cambié mis cosas de bolso, metiéndolas en uno deportivo que me encantaba llevar, y salí de mi casa.

En la casa de Romeo no se oía ningún ruido; supuse que habrían salido a comer juntos, y me dolió que no me llamaran ni me avisaran como solían; por un momento tuve miedo de perderlos.

Ellos eran mi familia, la única que tenía y, si los perdía por echar un polvo, me iba a arrepentir toda mi vida. Tan solo esperaba que no ocurriera nada de eso, o me moriría de pena y de dolor.

Me monté en mi coche y puse la dirección en el GPS, pues esa zona no la conocía mucho y no me quería perder.

Tardé como una media hora y, antes de llegar, como vi una pastelería, decidí parar un momento para comprar unos pasteles, que la noche anterior Franco me había dicho que le encantaban.

No tenía ni idea de lo que pretendía contarme, pero tenía que ser demasiado importante para pedirme que fuera a su casa, lo antes posible, además.

En cuanto llegué, le envié un mensaje para decirle que estaba en la puerta, pues, aunque el chico de seguridad de la urbanización me había autorizado la entrada, no lo había avisado de mi presencia.

Renatta: *Chico, o me abres la puerta, o me vuelvo con los pasteles que he comprado; en tus manos lo dejo.*

En ese momento, cuando se pusieron los dos tics azules, como si hubiera recibido el mensaje, la puerta de la verja empezó a abrirse.

—Chica, ¿qué pensabas que estaba detrás de la puerta?

—Pues deberías haber estado, que para eso me has metido tanta prisa por venir.

—Tienes razón, pero es que estaba sacando la lasaña del horno, para que no estuviera quemada cuando volviera.

—¿Has hecho lasaña casera?

—Sí, y con las placas de pasta hechas por mí, no de esas precocinadas.

—Entonces, te lo perdono todo.

—Anda, loca, aparca ahí, en la parte derecha, junto a mi coche.

Aparqué el coche y me bajé de él, cogiendo la bandeja de pasteles y fundiéndonos en un abrazo.

Notaba que no había dobleces en ese abrazo, que no era que quisiera algo conmigo, sino que lo que nos uniría siempre era una bonita amistad.

—¿Cuándo te vas a comprar un coche nuevo? ¿Has escuchado el ruido que tiene?

—A la segunda pregunta te diré que sí, y que lo he llevado mil veces al mecánico, pero no dan con la avería. A la primera, te diré que me lo compraré en cuanto cobre el primer sueldo.

—Ni que fueras pobre como una rata asquerosa. Con el dinero que tienes en el banco, podrían vivir diez familias toda la vida.

—Tampoco tanto, aunque no me quejaré. Lo que ocurre es que me he acostumbrado a vivir con poco, y ese dinero lo tengo ahí para cuando lleguen las vacas flacas.

—Chica lista y con la cabeza bien amueblada, comer, sí, señor. Ojalá yo tuviera las cosas tan claras como tú.

—Uy, no te creas, que tampoco es para tanto. Si yo te contara…

—Pues ahora me lo cuentas, como yo, pero antes vamos a comer, que está la lasaña calentita, esperando a que le hinquemos el diente.

—Ni que lo digas, que yo ni siquiera he desayunado, y me comería a mi padre por los pies.

—Es que tu padre, aunque sea un sieso, está para comérselo.

La noche anterior, mientras cenábamos, le conté todo lo que me había sucedido con ellos; por eso había afirmado aquello, aunque me sorprendió que dijera esa última parte, pero no le dije nada.

Capítulo 12



Renatta

Nos sentamos a la mesa, delante de una deliciosa lasaña doradita y una copa de vino blanco, dispuestos a disfrutar de un momento de compañía.

Lo veía como en tensión, sin saber la manera o encontrar el momento de contarme aquello que tanto lo inquietaba.

—Venga, suelta ya eso que te está comiendo por dentro, o terminará por salirte una úlcera en el estómago.

—Renatta, contándote esto estoy poniendo mi vida en tus manos, te lo aseguro.

—¿Tan fuerte es?

—No es que sea algo exagerado, pero sí que, si por cualquier motivo esto llega a la prensa, mi vida personal y profesional se habrán acabado; lo tengo clarísimo.

—Mira, no sé qué es lo que te ha llevado hasta el punto de pensar que yo soy la persona adecuada, a decidir que tienes que confiar en mí, pero te juro por mi vida que lo que me digas no saldrá de aquí, al menos por mi boca.

—Pues lo que me ha llevado a confiar en ti, entre otras cosas, es que ya no puedo más, necesito vaciar mi corazón y, desde que te vi, supe que nos convertiríamos en buenos amigos.

Franco me miró con carita de perrito asustado, por lo que no dudé en levantarme de la mesa y darle un abrazo, para reconfortarlo y mostrarle todo mi apoyo.

Cuando nos separamos, tuve claro que iba a empezar a hablar, así que me senté de nuevo para darle su espacio y que no se sintiera incómodo.

—Hace años, descubrí una cosa que me trajo durante mucho tiempo por la calle de la amargura. No sabía cómo gestionarlo, y decidí ocultarlo a todo el mundo…

Franco empezó a contarme su problema, y me dispuse a escucharlo atentamente.

Me explicó que, hacía unos cinco o seis años, descubrió que se sentía atraído por los hombres, pero que pensó que sería algo transitorio.

Intentaba rodearse de mujeres bellas, e incluso se acostó con alguna que otra, pero no se sentía pleno, y eso le llevó a pensar que tenía un problema.

No se había acostado con un hombre hasta el día en el que se quedó a solas con uno de sus jugadores en el interior de un vestuario, y una cosa llevó a la otra.

—Te prometo que no fue algo pensado o planificado.

—Eso no se planea, Franco, simplemente sucede.

—No te puedo decir quién dio el paso, pero lo cierto es que nos miramos y nos lanzamos a besarnos. Fue la mejor experiencia de mi vida.

—Hay algo importante. ¿Cómo te sentiste cuando eso sucedió?

—Me sentí pleno, feliz, como si me hubiera quitado un peso de encima. Hasta que él habló y me hizo sentir como una mierda.

—¿Perdona? ¿Qué me quieres decir?

—Pues que, cuando terminamos de tener sexo, esa persona me dijo que si salía una palabra de mi boca sobre lo que había sucedido, me iba a hacer la vida imposible.

—Vamos, que se negaba a salir del armario incluso cuando ya tú habías tirado la llave al río.

—No lo podías haber explicado mejor, pero ese no es el problema.

—¿Entonces? ¿De qué se trata? Porque mira, vale que no quieras hacer pública tu condición sexual, eso me parece perfecto, porque a nadie le importa, pero de ahí a que tengas que vivir escondido en tus propios deseos, me parece muy fuerte.

—Después de ese día, y a pesar de que lo he visto en multitud de ocasiones acostarse con mujeres, siempre vuelve a mí. Siempre termina metido en mi cama, y yo no soy capaz de decirle que no.

—Amigo mío, eso se llama estar colado por alguien, aunque te lo niegues durante toda la vida.

—Anoche fue la última vez que sucedió.

—¿Has pasado la noche con él? ¿Está aquí?

—No, él nunca se queda a pasar la noche. Viene, follamos como locos y, en cuanto terminamos, se viste y se va, sin un beso, sin una despedida, como si fuera una prostituta o su manera de desahogarse.

—¿Has hablado con él de esto? ¿Le has explicado tus sentimientos?

—No, porque me da miedo que no vuelva más. A fin de cuentas, y aunque sean migajas, lo tengo para mí…

—Y te está destrozando, Franco. ¿No lo ves? Tienes que tomar una decisión: o vas a muerte a por él, o te retiras de inmediato, pero no puedes seguir así.

—Eso es lo que yo me repito a diario, pero, en cuanto que lo tengo delante, se me olvida todo y me lanzo a devorarlo a besos.

Me mantuve un momento de lo más pensativa. No me había dicho el nombre del jugador, pero, teniendo en cuenta que sucedió anoche, y que tan solo había tres, de los que uno estuvo conmigo…

Pero eso no tenía nada que ver, puesto que me había dicho que después de acostarse con cualquier mujer, volvía a él, así que no quedaba descartado.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Franco tomó mis manos y me habló, con seguridad, con una certeza que me hizo saber que lo que me decía era cierto.

—Si estás pensando que es Romeo, quítatelo de la cabeza. Ese está enamorado de ti hasta la médula.

—Claro que sí, y mañana me coronan a mí como Miss Universo. No me digas más chorradas. Se ha acostado conmigo como se podía haber acostado con otra.

—No te hagas de menos, Renatta, eres una mujer espectacular, y cualquiera caería rendido a tus pies.

—Bueno, de eso hablaremos luego, ahora vamos a lo que toca…

—Es Santini. Te prometo que, en cuanto me ve flirteando con alguna mujer, veo el fuego en sus ojos; los celos lo matan, pero luego, cuando todo sucede, se vuelve la misma persona fría de siempre.

—Joder, era el que menos me podía imaginar. Pero bueno, sea quien sea, no tiene derecho a jugar ni con tu vida ni con tus sentimientos.

—Estoy hecho un lío, y ya no puedo más. Te prometo que, si no fuera porque me encanta mi trabajo y ya sabes lo que podría pasar, daba una rueda de prensa o salía morreándome con cualquier tío en la portada de una revista.

—Una cosa no quita la otra, Franco. Tu trabajo es excelente y has llevado a tu equipo a lo más alto; eso no te lo puede negar nadie. Pero tu vida privada es tan solo tuya, y no le afecta a nadie.

—Ya, pero estoy rodeado de hombres todos los días, y podían especular e incluso hacer que los propios jugadores me despidieran.

—Mira, te voy a poner un ejemplo. ¿Qué pasa con los ginecólogos? ¿Todos son gais o mujeres? No, ¿verdad? Pues es lo mismo.

—No es lo mismo, ellos son médicos, y yo un entrenador de fútbol.

—Con esto no te estoy diciendo que vayas ahora con una boa de plumas y los labios pintados de rojo a los entrenamientos. Lo que te digo es que no dejes que tu manera de actuar influya en tu vida personal.

—Entre otras cosas, porque estaría monísimo de esa guisa. Tan solo te ha faltado ponerme unos pantalones de lentejuelas y unos zapatos de plataforma.

Ambos nos miramos, imaginando la escena, y rompimos en una carcajada. Por primera vez desde que había llegado, lo vi relajado, como si hubiera soltado todo lo que le carcomía por dentro.

—Gracias, Renatta, me has demostrado que tienes la madurez y la sensatez que no muchas personas de tu edad tienen.

—La vida me ha obligado a ello, Franco. No todo ha sido un cuento de hadas ni un camino de rosas en mis pocos años. Lo único que he tenido bonito ha sido la presencia de mi abuelo…

—La vida es muy puta, en la mayoría de las ocasiones, y ninguna persona es completamente feliz, te lo aseguro.

—Yo también pienso eso, que todos, por una razón o por otra, llevamos una cruz que nos impide ser felices del todo.

—Bueno, y ahora cuéntame, ¿cómo te ha ido con mi amigo Romeo? Porque tengo que decirte que, cuando empecé a piropearte en el campo de fútbol, cuando me acerqué a charlar contigo, el humo le salía por las orejas.

—Pues nada reseñable, la verdad. Nos acostamos anoche, varias veces, y, cuando me desperté, ya no estaba. Así de simple.

—Joder, los tíos son todos iguales.

—A su favor tengo que decir que nunca me prometió nada, que fue algo del momento, y nada más. Lo que sí me da miedo es perder lo que teníamos, esa amistad tan bonita por un polvo, pero…

—Eso no se puede perder, Renatta. La complicidad siempre está ahí; tan solo se puede complementar con eso que habéis experimentado esta noche.

—Franco, amistad y sexo, juntos, eso es amor, cariño mío.

—Y eso es lo que tenéis, aunque no queráis admitirlo, pero la edad y la experiencia os harán verlo, como lo vemos todos los demás.

Así estuvimos toda la tarde, sentados en su porche, riendo y contándonos anécdotas de cuando éramos pequeños, como aquella en la que me perdí en los viñedos y tuvo que venir el cuerpo de bomberos a buscarme, junto a la policía, porque mi abuelo pensaba que me habían secuestrado.

—¿Me lo dices en serio? Pues menudo susto se llevaría el pobre.

—Pero esa no fue la única vez.

—¿Hubo más veces?

—Claro, en otra ocasión, me puse a jugar al escondite con la hija de una de las empleadas; teníamos como unos seis años, y me metí debajo de una mesa de esas a las que se les pone un brasero debajo, y que tenía un mantel gordo por encima, para retener el calor.

—¿Una mesa camilla? ¿Y qué ocurrió?

—Exacto, que no me salía el nombre. Pues pasó que, como la otra niña tardó mucho en encontrarme, me quedé dormida. Por suerte, no estaba el brasero encendido, porque hubiera terminado siendo Renatta a la plancha.

—¿No? No te puedo creer.

—Pues hazlo. Cuando me desperté, estaba la policía en mi casa, tomándole declaración a la niña.

—¿Qué hiciste?

—Ahora me río, pero en ese momento, casi me da un infarto de ver a todo el mundo allí, a mi abuelo con la cara blanca como la pared y a punto de desmayarse.

—Joder, es que no es para menos. Si me pasa a mí, te estoy dando guantazos hasta que cumplas los ochenta.

—Tampoco eres exagerado tú, qué va. Bueno, a lo que iba, cuando vi a todo el mundo allí, pensé que había ocurrido algo, y me acerqué a uno de los policías y le pregunté qué había pasado.

—¿Qué te contestó?

—Pues que se había perdido una niña, más o menos de mi edad, y me preguntó si yo la había visto. Cuando mi abuelo se dio cuenta de que estaba allí, de pie, vino corriendo a abrazarme.

—¿Encima? ¿Te premió con besos?

—Y con castigo, que los besos y los abrazos fueron al principio. Cuando le conté lo que había pasado, me tuvo castigada sin jugar a nada que supusiera esconderse o desaparecer durante todo el verano.

—Y no era para menos, yo te hubiera encerrado en tu habitación hasta que fueras mayor de edad, por lo menos.

Volvimos a reírnos. Me sentía tan a gusto con él que, si no fuera porque no sentíamos nada carnal el uno por el otro, os aseguro que sería la pareja perfecta para mí.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya era demasiado tarde, así que, cumpliendo, me despedí de él y entré en mi coche, dispuesta a volver a casa.

Entraría en casa de Romeo para buscarlo, y le diría que se viniera a la mía a ver una película con palomitas y refresco, como tanto nos gustaba a los dos, y esperaba que me dijera que sí.

Al llegar a nuestro edificio, vi que había un montón de prensa. Pensé que sería porque estarían esperando a que saliera Romeo, o que se había filtrado el fichaje de Mateo y querrían que hiciera alguna declaración. Pero no diría nada hasta que no hablara con el club.

Capítulo 13



Romeo

Había pasado una de las mejores noches de mi vida, no lo podía negar, pero me daba miedo que ella no lo viera de la misma manera que él.

Estaba pensando en eso, en que teníamos que hablar y aclarar todo, mientras la veía dormir, cuando mi teléfono vibró, y me levanté corriendo, pues no quería que Renatta se despertara.

Antes, cuando me levanté para ir al baño, recogí toda la ropa del suelo y la doblé, pues era algo que no soportábamos, ni ella ni yo, ver todo tirado y puesto de cualquier manera.

Al coger el móvil, vi que era mi madre la que me llamaba, y me extrañó, porque tenían una cena con una de las marcas que yo publicitaba, así que supe que, si me hacía esta llamada, siendo la hora que era, es porque había sucedido algo.

—Dime, mamá. ¿Qué te ocurre?

—Romeo… es tu padre. ¿Puedes venir al hospital?

—Por supuesto, me visto y voy para allá. Tardó como diez minutos.

Quise dejarle una nota a Renatta, explicándole mi marcha, pero, como no sabía lo que había sucedido, decidí que la llamaría más tarde, cuando estuviera informado de todo.

Pensé que sería alguna tontería, que quizás se hubiera torcido un tobillo o algo parecido, por lo que no me mostré demasiado preocupado.

Si hubiera sido algo importante, mi madre tardó; me hubiera metido más prisa, me hubiera dicho algo más, así que me vestí con tranquilidad.

Cogí mi coche y me dispuse a llegar hasta el hospital donde me había dicho mi madre que se encontraba, junto a mi padre.

—Romeo, menos mal que has venido.

—¿Qué ha sucedido, mamá?

Vi en el rostro de mi madre la preocupación de una mujer que estaba viviendo un momento complicado y supe que todo lo que yo había pensado anteriormente no era cierto.

—Romeo, durante la cena, tu padre empezó a sentirse mal. Quisimos llevarlo a un hospital, llamar a una ambulancia, pero nos dijo que era algo pasajero. Llegó un momento en el que casi le costaba hablar y mucho más respirar, hasta que perdió el conocimiento.

—Joder, ¿por qué no me avisaste antes?

—Tu padre no quería, decía que no era justo para ti.

—¿En qué estado se encuentra ahora?

—Está en la UCI, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Sentí que el techo se me caía encima, pero tenía que ser fuerte, no me podía derrumbar, por mi madre, porque me necesitaba allí, tanto ella como mi padre, a pleno rendimiento. Ya tendría tiempo de venirme abajo.

Os prometo que se me olvidó por completo avisar a Renatta. Mi principal preocupación era apoyar a mi madre y pensar que mi padre saldría de esta.

Había sido una insuficiencia cardíaca, y habría que intervenir, pero estaba en unas condiciones en las que el médico pensaba que no resistiría ni siquiera a la anestesia.

Según le había contado a mi madre, primero necesitaban estabilizarla y, una vez que eso sucediera, sopesar el resto de las opciones.

Estuvimos más de tres horas en la sala de espera. Luego, el médico salió para darnos el primer parte de su estado.

—¿Familiares de Thiago Acosta?

—Nosotros somos nosotros. ¿Cómo sigue mi padre?

Mi madre no tuvo fuerzas ni para levantarse de la silla en la que estaba sentada; fui yo el que me levanté y pregunté.

—No les voy a mentir, la situación es crítica y dependerá de cómo evolucione en las próximas horas para saber si podremos intervenirlo o no.

—¿Tan complicado ha sido?

—Su padre lleva sufriendo episodios como este, aunque de menor intensidad, desde hace mucho tiempo, hasta que su corazón no lo ha resistido más y ha dado un aviso más fuerte.

—¡Joder! ¿Me está diciendo que, si hubiera hablado antes, se le podría haber puesto un tratamiento que hubiera evitado esto?

—No podemos afirmar algo que no sabemos, caballero. Lo mismo ni él se ha dado cuenta, porque le haya dado durmiendo o porque lo haya confundido con un episodio de ansiedad.

—¿Podemos pasar a verlo?

—Sí, pero a través de un cristal. Está tan débil que no queremos que se altere o que pueda contagiarse de algún tipo de virus.

—Gracias, doctor.

—No hay por qué darlas, es mi trabajo. Síganme, por favor.

Cogí a mi madre de la mano, hasta conseguir que se levantara de la silla. Le pasé mi brazo por la cintura y la sostuve por todo el pasillo, hasta que estuvimos delante de la UCI de mi padre.

Una enfermera nos apartó las cortinas interiores para que pudiéramos verlo y os prometo que, si no me caí al suelo, fue porque estaba mi madre al lado y no me podía ver derrumbado.

De ese hombre que yo conocía, el que había visto esa misma mañana, entre risas y bromas, no quedaba nada.

Estaba pálido como nunca lo había visto. Conectado a un montón de máquinas que arrojaban un pitido infernal, y parecía que se había consumido la mitad de su cuerpo.

—Dios mío, no puedes hacerme esto, no te lo puedes llevar tan joven como es.

—Mamá, él es fuerte, y seguro que sale de esta; no podemos perder las esperanzas.

—Me extraña que Renatta no esté aquí, apoyándonos.

—No puede estarlo porque no sabe nada. Salí tan rápido que pensé en llamarla más tarde, cuando supiera lo que había sucedido, pero luego, tengo que reconocer que se me olvidó.

—Bueno, ahora cuando salgamos la llamas, por favor, que no quiero que se sienta excluida. Pase lo que pase entre vosotros, ella es una más de la familia.

Supe lo que mi madre quería decir, pero no pude evitar que algo de miedo me encogiera el estómago, porque tan solo de pensar que la perdería, que no contaría con su amistad y su apoyo, hacía que se me pusieran los vellos de punta.

En cuanto llegamos de nuevo a la sala de espera, la llamé, pero no me contestó, y pensé que estaría en la ducha o haciendo algo que se lo impidiera.

No tendríamos un nuevo parte médico hasta las cinco de la tarde, por lo que, aunque ninguno de los dos tuviéramos ganas de nada, la obligaría a ir a la cafetería y que comiera algo.

—No me apetece, Romeo, de verdad que no.

—Mamá, tienes que estar fuerte y, dejando de comer, lo único que vas a conseguir es que tú también caigas enferma.

—¿Y si ocurre algo? ¿Y si tenemos que tomar una decisión de manera inmediata?

—Mamá, tienen nuestros teléfonos, y no dudarán en llamarnos. Vamos a estar a menos de cinco minutos; si ocurre algo de eso, subimos y ya está, no pasa nada.

—Está bien, pero no pienso comer nada abundante, tan solo lo justo para que no me dé una bajada de azúcar.

—Venga, vamos, cuanto antes nos vayamos, antes estaremos de vuelta.

Mi madre cedió a la primera, y pude llevarla hasta la cafetería. Una vez que estuviéramos allí, volvería a llamar a Renatta, a ver si esta vez tenía suerte y podía hablar con ella.

Le pedí un sándwich de pavo y un refresco a mi madre, y otro para mí. Era poco, pero sería lo suficiente como para que no desfalleciéramos.

—Voy a intentar contactar otra vez con Renatta.

—Sí, por favor, la necesito a mi lado.

Tres veces la llamé yo, y otras tantas mi madre. Entendía que estuviera enfadada conmigo por haber salido de su casa de esa manera, pero que no le cogiera el teléfono a mi madre, eso ya no lo concebía.

Me enfadé, por supuesto que sí, porque, por culpa de su orgullo, por su manera de manejar todo, mi madre estaba sufriendo.

A las cinco de la tarde el médico volvió a darnos el mismo parte; dentro de la gravedad en la que se encontraba, no había habido ningún cambio, y eso, en cierto modo, era esperanzador.

Ya había llegado a oídos de la prensa, por lo que ya teníamos a un montón en la puerta del hospital, esperando a que saliéramos a decir algo.

Tendría que hacerlo, pero en estos momentos no me encontraba con las fuerzas necesarias para decir nada, o me rompería delante de ellos.

Antes de hablar, antes de dar cualquier declaración, necesitaba estar rodeado de los míos, romperme con ellos y dejar salir todo lo que me estaba atormentando por dentro.

Por todo ello, necesitaba a Renatta a mi lado; era la única que me conocía de verdad, con la única que podría llorar hasta vaciarme y que no me juzgaría, pero no me contestaba al teléfono.

Eran las diez de la noche cuando la vi aparecer, acompañada de Rosety, el entrenador, y os prometo que algo se me rompió por dentro.

¿Ese era el motivo por el que no me había cogido el teléfono, porque estaba con él? Si eso era cierto, se me tendría que caer la venda de los ojos.

Capítulo 14



Renatta

Estaba buscando mi móvil en el bolso, cuando recordé que lo había dejado encima del asiento del copiloto de mi coche, que era el lugar en el que lo puse cuando introduje la ubicación de Franco en el GPS.

Por eso, tuve que bajar de nuevo al garaje, con el pijama que ya me había puesto, pero como no tenía necesidad de salir a la calle, me daba igual.

El ascensor bajaba directamente hasta el garaje, sin que nadie que no fuera vecino tuviera acceso a su interior.

Cuando abrí de nuevo el coche y cogí mi móvil, no me lo podía creer. Tenía más de quince llamadas perdidas de Romeo y otras tantas de Bianca, y tuve claro que había pasado algo importante.

Justo cuando iba a devolver la llamada, me entró otra de Franco, y no dudé en contestarla, a ver si él me podía decir algo.

—Renatta, es Thiago, el padre de Romeo; se debate entre la vida y la muerte en el hospital.

—Joder, por eso tenía tantas llamadas perdidas suyas y de su madre.

—No le des más vueltas, voy en el coche camino a tu casa, espérame en la puerta en quince minutos.

—Me visto y bajo, no tardo nada.

Subí corriendo, ni siquiera esperé al ascensor, que no estaba ya en el garaje, y lo hice por la escalera.

En cuanto entré en mi casa, me puse un pantalón de lino, mis zapatillas deportivas y una camiseta. Cogí una chaqueta por si acaso hacía fresquito más tarde, porque no me pensaba mover de ahí, y recogí mi pelo en una coleta.

En menos de diez minutos, ya estaba yo lista y pasando por entre los periodistas, con la intención de llegar al coche, donde ya me esperaba Franco.

—¿Se sabe algo del estado de salud del señor Acosta?

—¿Es tan grave como dicen?

—¿Han dicho ya qué es lo que le ha ocurrido?

—¿Cómo afectará al rendimiento de su hijo en este último partido, tan crucial para el club?

Pretendía ignorar todas las preguntas que me habían hecho, porque no quería inmiscuirme en algo que no me correspondía contestar a mí, pero esta última pregunta me tocó los ovarios a dos manos.

—¿Cómo le afectaría a usted si su padre estuviera manteniendo un duelo con la muerte? Entonces, no preguntéis más tonterías, por favor, que, aparte de jugadores, son personas.

—¿Se hará usted cargo de su representación? Hay rumores de que el club ha fichado a una joven promesa, a la cual usted representa…

No quise escuchar nada más, y me monté en el coche, dándole un abrazo y un beso en la mejilla a Franco.

—He avisado a Santini y a Buonareti, porque estoy seguro de que querrán estar junto a su amigo.

—Yo también he avisado al club, para que sean conscientes de lo que ocurre.

—Has hecho bien, yo lo iba a hacer ahora, pero ya has llegado tú y no me ha dado tiempo.

—Sí, estaba contestando a un periodista metiche y sin sentimientos.

—Me puedo imaginar cuál ha sido la pregunta.

—De verdad que no entiendo cómo no pueden ponerse en la piel de la gente que está pasando por un momento así.

—Ellos nada más que buscan la polémica, Renatta.

Arrancó el coche y pusimos rumbo al hospital en el que se encontraba el padre de Romeo, ese que era como un tío para mí, porque mi padre había sido mi abuelo, y siempre lo sería.

Aparcamos y entramos por la puerta lateral, pues en la entrada principal estaba toda la prensa, deseosa de noticias, y no queríamos dar declaraciones, no cuando ni su hijo ni su familia lo habían hecho.

Llegamos hasta la sala de espera, donde vimos a Romeo y a Bianca completamente devastados.

—Lo siento, lo siento, pero no tenía el móvil encima, me lo dejé en el coche y, cuando me di cuenta y bajé a por él, ha sido cuando Franco me ha llamado para decírmelo.

—Sabía que, en cuanto te enteraras, vendrías a brindarme tu apoyo —me dijo Bianca.

—No lo dudes. Y lo siento, no sabes cuánto me pesa no haber estado aquí desde el primer momento. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido de madrugada, mientras que estábamos en una cena…

Bianca me contó todo lo que había sucedido y cómo había llamado a su hijo para que viniera al hospital. Entendí que, cuando recibió esa llamada, todavía estaba en mi casa, acostado a mi lado, y entendí que saliera corriendo.

Me abracé a Bianca. Con ese abrazo quería demostrarle que estaría ahí siempre, para todo lo que necesitara, al igual que había estado ella para mí.

Después de eso, me acerqué hasta Romeo, que estaba hablando con Franco, a la vez que llegaban Santini y Buonareti.

—Amigo, hemos venido en cuanto el míster nos ha llamado.

—Perdonadme por no avisar a nadie, pero es que mi cabeza no ha dado para más.

—No tienes que darnos explicaciones. En el club también lo saben. El jefe nos ha llamado para que te dijéramos que, en cuanto pueda, vendrá a mostrarte su apoyo.

—Gracias, chicos.

Me planté delante de Romeo, viendo cómo ni siquiera se había dignado a mirarme, y me fijé en cómo Santini estaba como enfadado, mientras que su vista no podía apartarla del entrenador.

Noté muchas cosas, muchos gestos de los que tendría que hablar con Franco en cuanto tuviera la oportunidad, pero no ahora, que no era el momento.

Ahora era el momento de hablar con Romeo, con mi amigo, y que me dijera qué era lo que pensaba, cómo se sentía, como había hecho siempre, pero no lo haría delante de todos.

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunté.

—No tengo ganas de discusión ni de reproches. Si es para eso, te agradecería que lo dejaras para otro día.

—Ni quiero discutir ni quiero reprocharte nada, tan solo quiero que vuelvas a ser el Romeo de antes, nada más.

—Entonces, vamos, salgamos fuera, que estaremos mejor.

—Sí, pero no por la puerta principal, que está plagada de prensa. Hagámoslo por la puerta lateral, que es por donde hemos entrado nosotros.

—Está bien, pero antes tengo que preguntarte algo. ¿De verdad te dejaste el móvil en el coche o no me querías coger la llamada por haber desaparecido de tu casa?

—Te juro por mi vida que lo dejé olvidado. Si te fuiste de mi casa fue por lo que había pasado y, aunque no hubiera sido así, no te podría decir nada, ya que no habíamos hablado de lo que pasaría después.

—Te necesito, Renatta, y más que nunca.

No le dejé que siguiera hablando, sino que cogí su cara con mis manos y lo besé. Os prometo que no pensé en que alguien pudiera vernos, o en que la prensa fuera testigo de esa escena, pero me daba igual.

Nos sentamos en un banco que había cerca de la entrada, donde Romeo se desahogó, dejando salir todo lo que tenía dentro, tanto en forma de lágrimas como en forma de palabras.

—No sé qué va a ser de mí si mi padre se va, te lo prometo.

—Pues que seguirás brillando como hasta ahora, porque él te ayudará desde arriba, como hace mi abuelo conmigo.

—¿No me vas a decir que todo saldrá bien?

—No. ¿Y sabes por qué?

—No tengo ni idea, porque eso es lo que se suele decir.

—Jamás saldrá de mi boca una promesa que no pueda cumplir, y yo no puedo decirte que todo saldrá bien cuando no lo sé, cuando todo pinta tan mal como pinta.

—Gracias, Renatta, por estar aquí y darme todo tu apoyo.

—Es mi deber, de momento, como amiga, porque no sé lo que somos, pero tampoco es el lugar ni la ocasión para hablar de eso. Ya lo haremos cuando estés más tranquilo.

—Para mí, lo eres todo, da igual el nombre que le quieras poner.

—Tienes que ser más fuerte que nunca, Romeo, tu madre te necesita.

—Nos necesita. No olvides nunca que, para ella, es tan importante contar con tu apoyo como con el mío.

—Y lo tendrá, siempre.

—¿Te puedo dar un abrazo?

—¿Cuándo ha hecho falta que me preguntes eso?

—Nunca…

—Pues entonces, ven aquí y abrázame.

Pero no fue tan solo un abrazo, porque Romeo, después de fundirnos entre nuestros brazos, levantó mi cara y me besó.

No fue un beso apasionado, ni siquiera hambriento. Fue uno que demostraba lo importante que era para él que yo estuviera ahí, a su lado, y me arrepentí de no haberlo llamado en cuanto me desperté.

Tendría que haber estado ahí en vez de en casa del entrenador, pero no podía saber lo que estaba pasando.

Sí, lo sé, era algo completamente contradictorio lo que estaba diciendo, pero es que ni yo misma me entendía.

Entramos abrazados al hospital, y ninguno se extrañó, entre otras cosas porque no era la primera vez que nos veían así.

Capítulo 15



Renatta

No me moví de ahí en toda la noche, y gracias a Dios que no lo hice, porque de madrugada salieron los doctores a darnos la peor de las noticias.

Tan solo estábamos los tres, Romeo, su madre y yo, ya que, aunque la directiva del club vino enseguida, se marcharon en cuanto dieron las doce de la noche, quedando en mantenerse en contacto y volver al día siguiente.

—¿Familiares de Thiago Acosta?

—Somos nosotros —saltó Romeo, que tenía su cabeza sobre mi regazo, como si tuviera un resorte.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero ha tenido una nueva crisis y no la ha podido superar. Lo sentimos mucho.

—¿Perdón?

—Romeo, ven, por favor, vamos a sentarnos…

—¡¿Cómo coño me voy a sentar si mi padre acaba de morir?! —gritó, completamente fuera de sí.

—Mi niño, Renatta tiene razón, ven, siéntate y relájate un poco. No querrás que la prensa se haga eco de que has montado un numerito cuando nos dieron la noticia —le dijo su madre, pero no sirvió de nada.

—¡Me importa un carajo la prensa y todo lo que digan! ¡Es mi padre el que acaba de morir!

A continuación, Romeo rompió a llorar de una manera desgarradora, de esas que te parten el alma en dos al escucharlo, y no dudé en acercarme a él.

Como pude, lo agarré del brazo y lo llevé hasta la hilera de asientos en la que estaba su madre, que tampoco podía con el dolor que estaba sintiendo.

—No puede ser, Renatta, se me ha ido…

—Y estoy segura de que él no querría verte así.

—¿Y cómo se supone que tengo que estar? Me cago en la puta, con él, no solo se ha ido mi padre, sino que también se ha marchado mi amigo, mi guía, mi consejero…

—Pues ahora, lo que tienes que hacer es rodearte de gente que te ayude a suplir esas carencias.

—¿Te estás postulando como mi representante en un momento así? Porque, déjame que te diga que, si lo estás haciendo, me parece de ser una aprovechada y una insensible.

—No te voy a tener en cuenta estas palabras porque estás roto de dolor y no sabes ni lo que dices, pero no se te vuelva a ocurrir dirigirte a mí en esos términos.

—¿Cómo quieres que me dirija a alguien que está pensando en usurpar su puesto?

—Ni yo he dicho eso ni quiero usurpar nada. Más te vale no seguir hablando, no quiero que digas nada de lo que te puedas arrepentir más tarde.

—Romeo, no cojas a Renatta como tu diana personal para descargar tu dolor y tu frustración. Ella no te está diciendo nada de eso —le advirtió su madre.

Me levanté y lo dejé solo, quería escapar, quería salir fuera de allí, pero, con la prensa allí delante, me iba a resultar imposible.

—Si lo que quieres es respirar un poquito de aire, ven conmigo, que te llevaré a un lugar que no conoce nada más que el personal —me dijo una enfermera que me vio como un león enjaulado.

—Pues no sabes lo que te lo agradecería, de verdad.

—Venga, sígueme, así yo también me fumo un cigarro, que falta me hace.

No solía fumar nada más que en contadas ocasiones, pero os prometo que hoy lo necesitaba, y no uno, sino un paquete, para encender uno con la colilla del otro.

La chica no me dijo una sola palabra, tan solo dejó que yo me relajara, recreándome en cada calada que daba, como si fuera un anestésico potencialmente fuerte para mí.

—¿Más tranquila?

—Bastante mejor, gracias.

—No se lo tengas en cuenta. Muchas personas no saben cómo gestionar el dolor o la ausencia de un ser querido.

—Lo sé, pero tampoco yo me merezco que me traten así, como si quisiera quedarme con todo lo que le pertenece a la persona que se ha ido.

—Es una fina línea la que separa las dos situaciones, y tienes que encontrar la manera de estar ahí, apoyando a esa persona, pero sin consentir determinadas situaciones.

—Y eso es lo que pretendo encontrar, la forma de hacerlo.

—¿Sabes volver desde aquí?

—Creo que sí, que no tendré ningún problema.

—Pues entonces, te dejo otro cigarrillo y vuelve cuando quieras, o cuando te encuentres preparada, eso ya lo decides tú.

—Gracias…

—Marlene, así me llamo.

—Pues gracias, Marlene, yo soy Renatta.

—No tienes que darlas, Renatta. Estaré en la recepción, para todo lo que necesites.

La chica se marchó, y me quedé allí, sola, sentada en el suelo y con las piernas encogidas.

Yo no había roto todavía, y me dolía muchísimo la partida de Thiago, tanto como si de mi propia sangre se tratara.

Por eso, aproveché para llorar todo lo que pude, sin percatarme del tiempo que llevaba allí sentada, sin pensar en nada más que en el dolor que sentía, hasta que la puerta se volvió a abrir.

Levanté mi vista y lo vi ahí, mirándome con pena, tanto que no dudó en agacharse y abrazarme, dejándome llorar en su hombro.

No, no era Romeo, si es él en quien estáis pensando, sino Franco, el que, hasta ahora, me había demostrado que era mi amigo de verdad.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Me lo ha dicho una enfermera muy guapa y muy amable cuando he preguntado por ti.

—¿Dónde están los demás? ¿Siguen en la sala de espera?

—No, han subido a despedirse del señor Acosta, y por eso he venido, porque pensé que te gustaría decirle adiós de manera privada.

—Gracias, Franco. ¿Me puedes acompañar?

—Por supuesto, no soltaré tu mano mientras que tú no quieras que lo haga.

Me levanté del suelo, sacudí mi trasero y volví por el mismo camino por el que había llegado.

Me dolió muchísimo que no fuera Romeo el que estuviera ahí conmigo en estos momentos, al igual que yo lo había estado cuando él me había necesitado horas antes, pero no quería reprocharle nada.

Al llegar a la planta, allí estaban Bianca y Romeo, esperando a que le dieran permiso para entrar a decirle adiós de manera privada.

En cuanto Romeo levantó la cabeza y nos vio, por la manera en la que su rostro cambió, supe que lo que me iba a decir no me iba a gustar un pelo.

—Podías haberte quedado con él, esto es algo de familia.

—Por eso que es de familia, no me pienso mover de aquí. Mira, piensa lo que te dé la gana, pero a ese que está ahí dentro lo he querido y lo seguiré queriendo con toda mi alma, por mucho que los celos no te impidan verlo.

—¿Celos? ¿De qué coño hablas? Yo no le tengo celos a nadie, mucho menos al entrenador, para el que tan solo serás una muesca más en su cinturón. ¿Acaso piensas que no te dará la patada cuando se haya hartado de ti?

—Te estás pasando, Acosta. A mí, me dejas fuera de todo lo que pase entre vosotros.

—Entre nosotros no ha pasado nada más que un polvo. Muy bueno, no voy a negarlo, pero ni hay ni habrá nada más que eso.

—Romeo, creo que no es ni momento ni lugar para eso. ¿No te parece? Y sí, yo he autorizado a que Renatta se despida de tu padre, porque, tal y como te dije esta tarde, ella es una más de la familia, suceda lo que suceda entre vosotros.

No fui capaz de articular palabra, ni siquiera de darle las gracias a Bianca, pues todo me daba vueltas y el dolor que sentía era tan grande, que, de repente, lo vi todo negro y me tuve que sujetar a la pared para no darme de bruces en el suelo.

Fui dejando resbalar mi cuerpo por la pared, hasta que quedé sentada en el suelo, con las piernas recogidas y la cabeza entre ellas.

—Renatta, cariño, ¿qué te ocurre? —me dijo Bianca.

—No le ocurre nada más que acaba de descubrir una verdad como un templo —contestó Romeo, como si mi dolor no le importara.

—¿Te puedes callar un poquito e irte a la mierda? —le respondí, en cuanto tuve un poquito más de fuerzas.

—Las verdades duelen, cariño —me dijo él, con mucha burla.

—Más te va a doler a ti cuando veas lo que estás haciendo con ella, te lo aseguro —le habló su madre, que se había percatado de todo.

Nos dejaron entrar de uno en uno, y yo me quedé para la última. No quería que me acusara también de no haberles dejado suficiente tiempo.

Cuando Bianca salió de la habitación, lo hizo llorando con el corazón encogido y, mientras entraba su hijo, se abrazó a mí, como si fuera su salvavidas, y me dijo al oído.

—Tenle un poquito de paciencia, tarde o temprano se dará cuenta de todo.

—Ya, pero lo mismo, cuando lo haga, yo ya no estaré a su lado.

Capítulo 16



Romeo

Verla aparecer de la mano del entrenador, después de lo que habíamos hablado horas antes, me sentó como una patada en la boca del estómago, mucho más cuando me enteré de que habían estado toda la tarde anterior juntos.

No es que se hubiera dejado el móvil en el coche, es que estaba pasándoselo tan bien con él, que no reparó en hacerme ni una pizca de caso a mí, mucho menos a mi madre.

Salí del hospital sin mirarla siquiera, aunque mi madre optó por no separarse de ella.

En la puerta estaba la prensa, y tuve que pararme para dar unas declaraciones, y pedir que nos dejaran en paz, que teníamos y queríamos pasar el duelo y el funeral de manera tranquila e íntima.

Normalmente, estas cosas las haría mi representante, pero, como se daba el caso de que era también mi padre, me tendría que poner yo delante de los micrófonos.

El dueño del club, que me vio que no daría pie con bola, se acercó a mí, tratando de disuadirme de hablar con la prensa.

—Romeo, deberías dejar que hablara Renatta, no es bueno que te expongas tan pronto. Podrían hacer alguna pregunta que no te gustara y hacer que saltara todo por los aires.

—Si quieres que yo no hable, hazlo tú, pero no ella. A ella no la quiero cerca de mí en estos momentos.

—Está bien, si eso es lo que quieres, yo daré las explicaciones oportunas.

Carlo Braganza, que era el dueño del club y parte del equipo técnico, se paró ante la prensa, y les explicó que mi padre y representante había fallecido hacía unas horas, pidiendo máximo respeto para todos los que estábamos allí, y solicitando que no nos molestaran, por expreso deseo de la familia.

Mientras que esto ocurría, los demás salíamos por la puerta lateral del hospital, rumbo al tanatorio, aunque antes pasaríamos por casa para darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

Vi cómo Renatta se subía con mi madre al coche de Franco, mientras que yo me marché con Santini, que también acudió en cuanto recibió mi mensaje.

—No seas así, Romeo, entre el entrenador y Renatta no hay nada sentimental, te lo aseguro.

—¿Ahora eres vidente?

—No, soy observador, y Rosety no la mira con esos ojos.

—No la mira, se la come con ellos. ¿Sabes que ayer pasaron todo el día juntos, en su casa?

Noté cómo Santini se tensaba, pero pensé que era porque eso echaba por tierra su teoría. Fue un solo segundo lo que sucedió eso, pero lo suficiente como para que yo me diera cuenta.

—Eso no tiene nada que ver. Quizás alguno de los dos necesitaba abrirse al otro, o contarse algún problema, vete tú a saber.

—Claro, y se lo vas a contar a una persona que conoces desde hace dos días, porque no tienes a nadie más cercano con quien hacerlo.

—Precisamente, quizás esa sea la cuestión, que, aun teniendo con quien hablar, necesitas las palabras de alguien completamente ajeno a ti, y te lo digo porque yo lo he hecho en multitud de ocasiones.

—Puedes decir lo que quieras, pero no creo que sea eso. Desde el primer momento en el que Renatta apareció por el club, Franco se fijó en ella, y hasta que no la ha conseguido, no ha parado.

—Está bien, piensa lo que quieras, pero no actúes sin pensarlo, o te podrás arrepentir.

Dejamos el coche en la calle, al igual que había hecho Franco, en el primer hueco que encontramos, aunque tuviéramos que pasar por delante de todos los periodistas, a pesar de que era lo que menos necesitaba.

—Señor Acosta, nos han llegado imágenes de usted con la señorita Bianchi, en el aparcamiento del hospital en actitud más que cariñosa, ¿qué hay entre ustedes?

—También ha sido vista saliendo de la casa del entrenador, ¿acaso tenéis una relación a tres?

—¿Me veis a mí teniendo una relación a tres? Si habéis visto alguna imagen entre la señorita Bianchi y yo en actitud cariñosa es porque, para mí, es como una hermana, al igual que para mis padres es como una hija.

—¿Y ese beso?

—Ese beso ha sido en la mejilla, pero visto desde otro ángulo, parece que ha sido en la boca. Ahora, si me disculpáis, tenemos cosas que hacer.

—Entonces… ¿está el míster con la señorita Bianchi? ¿Tienen una relación?

—De eso no soy la persona que tiene que hablar, preguntadles a ellos, que están justo ahí detrás.

Me abrí paso como pude, echándoles a la prensa a ellos, y entrando en mi casa.

En cuanto llegamos arriba, y abrí la puerta de mi casa, todo se me vino encima, y me volví a derrumbar de manera imprevisible.

—Amigo, es lógico que te sientas así, pero debes ser fuerte, a Thiago no le hubiera gustado verte así, de esta manera.

—Me importa un carajo lo que le hubiera gustado a él o no. Yo tampoco quería verlo en una caja de pino, y ahí está.

Tal y como mi madre me escuchó, me dio un tortazo del revés, cruzándome la cara, como no lo había hecho nunca.

—No te voy a permitir que, mientras que estés bajo este techo, hables así de tu padre ni de nadie a quién yo quiera. ¿Te ha quedado claro?

—Entonces, ya sé lo que tengo que hacer. En cuanto termine el funeral, me marcho de aquí, y así hablaré como me salga de los cojones.

Entré en mi habitación, dando un portazo. Me estaba comportando como un niño pequeño, como un adolescente al que habían prohibido salir con alguien, y lo sabía, pero no podía remediarlo.

Dejé a todos allí, en el salón, pero no tardé en escuchar la puerta de mi casa cerrarse, por lo que supuse que Renatta se había marchado ya.

Cogí ropa y entré a darme una ducha. Debajo del agua solté todo lo que me oprimía el corazón, y le pegué a la pared, con rabia, con dolor, hasta caer rendido en el suelo.

La puerta del baño se abrió, y entró por ella la persona que menos quería ver en estos momentos, la que más daño me había hecho.

—¿Qué haces aquí? Lárgate.

—¿Por qué me haces esto, Romeo? ¿Por qué me tratas así?

—¿Será porque no me has dicho que, mientras que yo estaba en un hospital, con mi padre debatiéndose entre la vida y la muerte, tú estabas retozando con mi entrenador? ¿Será que, mientras que yo estaba destrozado, a ti te daba igual cómo me sintiera?

—Eso que estás diciendo es muy injusto, no estaba retozando con Franco, me llamó para hablar conmigo y, si no estaba allí, con vosotros, era porque no tenía el teléfono.

—Si es cierto eso que estás diciendo, no dudarás en meterte aquí conmigo, y hacer que se me olvide hasta mi nombre.

—No soy un saco de boxeo, con el que puedas destensar tu estrés, y mucho menos una muñeca hinchable con la que desahogarte en tus frustraciones.

No la contradije, me daba igual lo que pensara y, si no hubiera sido tal y como yo le había dicho, no hubiera dudado en meterse en esa ducha conmigo.

Cuando salí, ya tan solo estaba Santini, sentado en el sofá y con cara de agobiado, como si nada de lo que estuviera pasando le hubiera sentado bien.

—¿Y a ti qué coño te pasa?

—Nada. Venga, vámonos que ya los demás se han marchado.

—Vale, pero llevaré mi coche, no quiero tener que lidiar de nuevo con la prensa.

—Está bien, en todo caso, luego cojo yo un taxi para venir a por el mío.

—No me has entendido, prefiero ir solo, y espero que no te moleste, pero es que lo necesito.

—No me molesta, pero me lo podrías haber dicho antes, y no hubiera estado aquí, esperando, como un gilipollas.

Santini se levantó de mi sofá y, sin decir nada más, se marchó, dando un portazo al salir.

¿Qué coño me estaba pasando? ¿Por qué me comportaba así con todo el mundo? ¿Sería así a partir de ahora?

Esperaba que no, o me volvería loco si todo el mundo me daba la espalda de esa manera, eso lo tenía claro.

Bajé hasta el garaje en el ascensor directo, ese que tan solo utilizábamos los vecinos que teníamos coche, y entré en mi vehículo, poniendo rumbo al tanatorio en el que haríamos el funeral de mi padre.

Me había vestido con un traje de chaqueta negro, al igual que la camisa, aunque sin corbata, que era algo que odiaba, del mismo modo que lo hacía mi padre.

—¿Por qué te has ido, papá? ¿Qué voy a hacer ahora sin ti? ¿Por qué no dijiste que te encontrabas mal y te hubiéramos salvado?

Todo eso lo dije en alto, golpeando el volante con mis manos cuando llegué al tanatorio, y siendo grabado por la prensa, pero me dio exactamente lo mismo.

Capítulo 17



Renatta

Salí del baño y, en el pasillo, estaba Bianca, que había oído toda la conversación. Fue a decirme algo, pero no se lo permití.

—No me digas absolutamente nada, por favor. Entiendo que es tu hijo, pero hay cosas que no se pueden permitir, como esos comentarios.

—Por supuesto que no, pero también te digo que, si estuviera en sus cinco sentidos, no sería capaz de decir algo así.

—No es un niño, Bianca. Si yo, con diecisiete años, pude superar y entender la muerte de la única persona que tenía, no dudo que él también lo haga. Pero, mientras tanto, no me va a usar como saco de boxeo, no se lo pienso consentir.

—Y haces bien, tan solo te pido que, durante estos días, lo que haga o diga, no se lo tengas en cuenta.

—Lo intentaré, pero que te quede claro que, si lo hago, no es por él, es por ti y por Thiago, que no os merecéis menos.

—Gracias, Renatta, tu sensatez lo va a ayudar mucho.

—Eso espero, o lo mandaré un poquito más para allá de la mierda, no sé si me has entendido.

Bianca me miró y soltó una carcajada, y era la primera que le había escuchado desde que había sucedido todo, y me hizo sentir bien.

Aparqué mi coche cerca de la entrada del tanatorio, pues no quería que la prensa nos agobiara más tiempo del necesario.

El señor Braganza había pedido explícitamente que nos dejaran intimidad, pero a ellos les entró por un oído y les salió por el otro.

Entendía que era su trabajo, pero tenían que respetar el momento por el que estábamos pasando, y parecía que no estaban mucho por la labor de hacerlo.

Las preguntas volvieron a ser las mismas, por mi relación con Romeo, por mi supuesto affaire con Franco, y empezaba a irritarme en demasía.

—Gracias, chicos, pero no vamos a contestar nada.

Por fin pudimos entrar en el edificio, donde ya nos estaba esperando mucha gente que quería decirle adiós a Thiago, a quien todos le mostraron su afecto y consideración.

Franco también estaba allí, y no dudó en abrazarme en cuanto llegó a mi altura, mostrándome su apoyo.

—¿Qué ha pasado con Romeo? ¿Ha dado su brazo a torcer?

—Pues no, sigue en sus trece. Piensa que no le cogí el teléfono porque me estaba acostando contigo.

—Ese chico no puede ser más gilipollas, de verdad.

—En fin, de donde no hay no se puede sacar, es imposible.

Justo estaba diciendo eso, cuando apareció Romeo por la puerta. Me miró con asco, como si yo fuera la culpable de todo lo que le estaba sucediendo, y pasó por nuestro lado como si no nos conociera.

Pero no fue eso lo que me sorprendió, sino que apareció cogido del brazo de aquella modelo con la que juró y perjuró que no se había acostado, pero que todo demostraba que no era así.

Bianca, que también lo vio, no dudó en levantarse y encaminar sus pasos hasta donde estaba su hijo con esa mujer.

—Romeo, ¿podemos hablar un momento?

—Mamá, no me vayas a taladrar ahora, por favor, no tengo la cabeza para eso.

—Está bien, si no quieres que lo hagamos a solas, no tengo ningún problema en hacerlo delante de esta mujer, de la que no tengo ni idea de quién es.

—Señora, soy Amanda Well, una amiga especial de su hijo, y venía a darle mis condolencias por el fallecimiento de su marido.

—Si no le importa, esta conversación es entre él y yo, porque, además, no entiendo qué hace usted aquí, cuando a mi marido no lo ha visto en la vida.

—Mamá, hazme el favor de medir tus comentarios. Está aquí como mi pareja y, si no te gusta, pues no le hables y no te acerques, es así de sencillo.

—Si sigues con esta actitud, no voy a tener más remedio que pedirte que abandones el lugar. No quiero escándalos en el funeral de tu padre y el que te presentes aquí con esta mujer, no hace más que aumentar la presencia de la prensa.

—No me voy a marchar, mamá. Te pongas como te pongas. Lo que tendrías que hacer es pedirle a nuestra vecinita que deje de dar la nota con abrazos hacia mi entrenador, que parece un viejo verde, con los años que tiene.

—Así que a eso se reduce todo, a los putos celos.

—¿Has visto a la mujer que tengo a mi lado? Renatta no le llega ni a la suela de los zapatos.

—Señora, con todos mis respetos, pocas mujeres, por no decir ninguna, de las que están en esta sala, están a mi altura —dijo esa mujer.

—Te lo he advertido, Romeo. O esta mujer se marcha de aquí, o tendré que pedirle a seguridad que la saque de aquí.

—Tengo todo el derecho a estar en el funeral de mi padre con quién me dé la gana, y tú no eres nadie para impedírmelo.

Como me di cuenta de que la cosa se estaba poniendo cada vez más tensa, no dudé en acercarme a Bianca.

—Bianca, déjalo, por favor. Yo estaré en la cafetería hasta que sea la hora en la que se le haga el responso y la despedida.

—Renatta, no. Tú…

—Tú eres la que sobras aquí y, si me apuras, llévate también a mi entrenador, que lo mismo y le hace falta ir a comprar viagra a la farmacia.

—¿No te parece que ya está bien? Nadie te está haciendo nada para que trates así a todo el mundo que está a tu lado, Romeo. Si continúas así, terminarás quedándote solo —le dijo Santini, que acababa de llegar.

—Venga, iros los tres, que lo mismo hay un cuarto vacío en el que pasarlo bien juntos.

No me lo pensé, y levanté mi mano, dándole una buena cachetada que le tomó de improviso, y que lo dejó completamente paralizado.

—No vuelvas a hacer eso si no quieres que te la devuelva.

—Sería lo único que te faltara ya, maltratar a una mujer. ¿En qué me he equivocado contigo, Romeo? —preguntó su madre, con lágrimas en los ojos.

—Bianca, tranquilízate, que no le voy a dar esa oportunidad. Me duele en el alma no poder darle el último adiós a Thiago como él se merece, pero no pienso montar aquí un numerito, que parece que es lo que está buscando.

—No te puedes ir, Renatta, por favor.

—Créeme, es lo mejor para todos. Ahora, si me lo permites, voy a entrar a hablar con él, a despedirme de su cuerpo, porque su alma siempre estará con nosotros.

Bianca asintió, mientras que Romeo se dedicó a hacerle caricias a esa mujer, en vez de apoyar y mostrarle ese cariño a su madre.

Hablé con el chico de la funeraria, que no dudó en abrirme la puerta de la sala en la que estaba Thiago, y cerrar las cortinas para que tuviera la intimidad necesaria.

—Thiago, mi adorado vecino, mi padre en funciones, como me gustaba llamarte. Te echaré tanto de menos… ¿A quién le voy a preguntar ahora mis dudas?

No podía evitar que mis lágrimas cayeran por mis mejillas, mientras me abrazaba a mí misma, por el frío de la sala, pero también por lo que me estaba costando hacer esto.

—Te prometo que llegaré tan alto como tú me has alentado siempre a que llegara. Te quiero, sigue cuidándome desde arriba como lo hacías aquí abajo. No podré estar físicamente en tus últimos momentos en la tierra, pero sí que estaré en alma.

Salí de allí y me abracé con Bianca, para, después, dirigirme hasta la puerta del edificio, y lo hice sin mirar atrás.

Franco no me dejó sola en ningún momento, y se vino tras de mí, por si necesitaba que me acompañara.

—No te preocupes, de verdad. Entiendo que tengas que estar aquí.

—No tengo que estar aquí. Si lo estoy, es por Thiago, al que le tenía muchísimo cariño.

—Por eso mismo…

—Renatta, estoy completamente seguro de que Thiago me diría que no te dejara sola, que, aquí, ya no estaba haciendo nada, pues él no se iba a enterar.

—Está bien, haz lo que mejor te parezca, pero yo me marcho ya, no quiero estar cerca de Romeo ni un segundo más.

—Venga, vámonos.

Franco me pasó el brazo por encima de los hombros, y se dirigió conmigo hasta donde tenía aparcado mi coche. En completo silencio y sin contestar a ninguna de las preguntas.

Él había venido en taxi, pues no quiso traer el coche hasta aquí. Por eso nos volvimos en el mío.

—Déjame conducir a mí, anda, que no estás en condiciones de hacerlo y no quiero que nos partamos la cabeza por el camino.

—Sí, será lo mejor. Pero no quiero ir a mi casa.

—No pensaba llevarte allí, vamos a la mía.

—No tengo ropa allí.

—Acabo de hacer un pedido a la tienda deportiva del club. No creo que te quieras poner un vestido de lentejuelas, ¿no?

—Por supuesto que no. No iría con mi ánimo en estos momentos.

Franco pintó una sonrisa en su boca, pero no les llegó a los ojos. Sabía que estaba sufriendo por mí, por lo que estaba pasando con Romeo, pero no me dijo absolutamente nada.

Llegamos a su casa y allí estaba el paquete de la tienda, en la garita de entrada, donde había dicho que lo depositaran si él no había llegado todavía.

—Anda, date una ducha calentita y ponte algo de ropa cómoda. Yo, mientras, pido algo de comer.

—No me apetece comer nada, de verdad. Tan solo tengo ganas de cerrar los ojos y dejar que pase todo, que llegue un nuevo día, con sus luces y sus sombras.

—Lo sé, cariño, pero tienes que comer algo o caerás enferma.

—Está bien, pero que sea algo ligero, por favor.

—No lo dudes, yo tampoco tengo muchas ganas de nada.

—¿Es por Santini? ¿Te ha dicho algo?

—No me ha dicho nada, pero no me hace falta. Esa indiferencia con la que me trata, como si yo fuera uno más de sus conocidos, como si entre nosotros no hubiera sucedido nada…

—Habla con él, no puedes seguir así, o terminarás enfermando de amor.

—¿De eso también se enferma uno?

—Uy, ese es el primero de los males de la humanidad, te lo aseguro.

Franco soltó una carcajada que me contagió, y que me acompañó hasta que entré en la ducha.

Debajo del agua, dejé salir la rabia que sentía, en completo silencio, pues no quería que Franco me oyera y se sintiera todavía peor.

Salí y me vestí con unas mallas y una camiseta de tirantes, con el escudo del club, por supuesto.

Descalza y con una coleta que me cogí con el pelo mojado, pues no me apetecía tener que secarme el pelo, bajé hasta el porche trasero, donde Franco ya había puesto la mesa.

—Y eso que te dije que pidieras algo ligero, primo.

—Sí, pero luego lo pensé mejor. Los males de amores se curan mejor con una buena hamburguesa completa y unas patatas fritas con salsa.

—Si tú lo dices, te haré caso, que para eso eres el veterano de los dos.

—Muy graciosa, la enana está. ¿Sabes qué? Que más sabe el diablo por viejo que por diablo, chavala.

—Me estás hablando como si tuvieras ochenta años.

—Te recuerdo que has sido tú la que me has dicho que soy el veterano.

—Y lo eres. ¿Cuántos años tienes, cincuenta, sesenta?

Se lo dije para picarlo, mientras que él me miraba completamente sorprendido, como si no se terminara de creer lo que estaba escuchando.

—¿De qué estás hablando, chavala? Pero si acabo de cumplir los cuarenta años hace menos de un mes.

—Y sigues aparentando tener treinta y nueve, no te preocupes.

Franco me dio una colleja y yo solté una carcajada. Me encantaban los momentos así con él.

Capítulo 18



Renatta

Esa noche dormí en casa de Franco, pues no tenía fuerzas de entrar en la mía, sobre todo sabiendo que en la puerta de al lado no estaba, ni estaría nunca más, Thiago, con sus charlas para animarme y conseguir mis sueños.

Me acababa de levantar, con la imagen en la retina de ese féretro saliendo del tanatorio rodeado de aplausos, que fue lo único que pude ver de su despedida, gracias a las imágenes de la prensa.

—Te has levantado muy pronto, ¿no?

—Sí, quiero marcharme a casa. Tengo mucho que hacer y organizar.

—Oh, yo pensaba que te quedarías aquí toda la semana.

—No, si te parece, alquilo mi casa y me vengo a vivir aquí, contigo.

—Esa sería una gran idea.

—De verdad, estás loco. Anda, ahí tienes el café, ve tostando el pan mientras que me doy una ducha rápida.

—Desde luego, me tienes un poquito explotado.

Negué con la cabeza mientras que subía a darme esa ducha y a cambiarme de ropa.

Cuando bajé a la cocina, de nuevo, ya Franco tenía todo preparado para el desayuno, ese que hicimos entre bromas y risas.

Estábamos recogiendo los tiestos del desayuno, cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedes abrir tú, por favor?

—Claro, ahora mismo.

—Tiene que ser alguien conocido, pues tiene la clave de la puerta de entrada.

—Verdad, no había caído en eso.

Me fui a abrir la puerta y me encontré a Santini detrás de ella, que me miró con mala cara, al ver mi pelo mojado, clara señal de que había dormido aquí.

—Venía a ver a Franco, pero si está ocupado, ya vuelvo otro día.

—No, por favor, pasa, yo me marcho ya.

—No tienes por qué hacerlo, de verdad, ya vendré mañana o pasado…

Lo sujeté por el brazo, corriendo el riesgo de que me mandara a la mierda, pero no podía dejar pasar ese momento para que supiera que, entre Franco y yo no había pasado nada.

—Santini, entre Franco y yo tan solo hay una bonita amistad, nada más.

—Lo que haya pasado entre el entrenador y tú, o lo que vaya a pasar, me trae sin cuidado, te lo aseguro.

—No te pongas nervioso, pero sí que te importa. Así que, pasa y hablad, que tenéis mucho por lo que hacerlo.

Me aparté para dejarle paso, y cerré la puerta detrás de mí. Ni siquiera me acerqué a la cocina, donde se apoyó en el quicio de la puerta, y subí a coger mis cosas.

Ya había llegado el momento de enfrentarme a mis miedos y a mi dolor. No podía postergarlo más, pues, cuanto más lo hiciera, mayor iba a ser el sentimiento.

Bajé las escaleras cantando, para que notaran mi presencia. No quería que pasaran por un momento incómodo, hasta que llegué a la cocina, para despedirme.

—Chicos, me marcho.

—De verdad, Renatta, no tienes por qué hacerlo.

—Pero ya te lo he dicho desayunando, que tenía muchas cosas que hacer.

—Está bien, pero vamos hablando.

—Sí, luego te llamo.

—Ten cuidado con la carretera, y con los periodistas, que están apostados en la puerta de tu edificio —me dijo Santini.

—Sí, entraré por el garaje, no tendré que cruzármelos, pero gracias por la advertencia.

Me acerqué y les dejé un beso en la mejilla a cada uno, dirigiéndome hasta la puerta de salida, y dispuesta a montarme en mi coche y llegar a mi casa lo antes posible.

Efectivamente, tal y como me había advertido Santini, la prensa estaba arremolinada desde la esquina de calle hasta más allá de nuestro portal.

—Chicos, por favor, dejadme pasar que no quiero atropellar a nadie.

—¿Por qué no estuvo usted en el funeral?

—¿Hubo algún problema con el jugador Acosta?

—¿Fue porque llegó con Amanda Well, la modelo internacional?

Las preguntas me bombardeaban, y todos estaban dando en el clavo, pero no iba a darles la razón, porque, entonces, tendrían carnaza para una buena temporada.

—De verdad que no voy a contestar a nada, así que, por favor, dejadme pasar de una vez, que estoy loca por llegar a mi casa.

—¿Eso significa que no has pasado la noche aquí?

—¿La has pasado con el entrenador?

—¿Es cierto que tenéis una relación sentimental?

Ya no me lo pensé más, y aceleré, presionando el botón de apertura de la puerta del garaje. En cuanto vieron que no me iba a frenar, se apartaron a cada lado de la puerta, aunque siguieron preguntando.

Por fin había conseguido entrar en el edificio, y me disponía a subir a mi casa, cuando me choqué con él, que salía del ascensor.

—No podía tener más mala suerte —murmuré, pues venía con esa mujer y cargaba con una maleta.

—Chica, cualquiera diría que vienes de pasar una noche de perros.

—Mira, no me apetece verte la cara más, mucho menos hablar contigo.

—Amanda, ve entrando mi maleta en el coche, por favor…

—Romeo, es que… —le dijo ella, enseñándole su perfecta manicura.

—Está bien, ahora la llevo yo, pero ve sentándote, enseguida estoy contigo.

Romeo esperó a que esa mujer estuviera lo suficientemente lejos de nosotros como para acercarse a mí, y susurrarme en el oído.

—Ese viejo jamás te hará sentir lo que te he hecho sentir yo, que te quede claro.

—Por supuesto que no, porque, contigo, tan solo he experimentado dolor y, si te refieres al sexo, no te crezcas mucho, que tampoco fue para tanto.

Me giré y entré en el ascensor, dejándolo fuera, mirándome con un odio impresionante.

Si quería herirme a mí, había salido escaldado, pues el único que había salido herido fue su ego.

Ahora que sabía que él no estaba, ni volvería pronto, a juzgar por su maleta, iría a visitar a Bianca, que me necesitaba más que ninguno.

Abrí mi puerta y dejé todo en la misma entrada, cerrando después y yendo a buscar a la que era más que una vecina para mí.

Tenía que pedirle disculpas por no haber estado a su lado durante la despedida de su marido, pero ella sabía que no había sido por gusto.

—Mi niña, cuánto te he echado de menos.

—Yo también, y quiero que sepas que, aunque no estuve físicamente, sí que lo estuve con el corazón.

—Lo sé, mi vida, lo sé.

—¿Cómo te encuentras? Pero quiero que me digas la verdad, aunque sea obvio. Quizás, si lo verbalizas, te darás cuenta de cómo te sientes realmente.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Cómo se puede sentir una persona que ha perdido al amor de su vida?

—Vosotros erais mucho más que eso, te lo aseguro.

—Sí, porque, aparte de eso, era mi compañero de vida, mi mejor amigo, el hombre que tenía siempre un gesto cariñoso y una sonrisa para mí. Además, no solo lo he perdido a él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Romeo, él también se ha marchado. Dice que ya tiene edad suficiente para volar solo, que no se va a quedar a mi lado aguantando lágrimas y dolor.

—Él nunca ha sido así. Si hubiera querido marcharse, independizarse, lo hubiera hecho mucho antes…

—También lo sé, pero es esa mujer, son esas compañías que está frecuentando ahora, las que lo hacen ser así.

—Bianca, si te sientes demasiado sola, si todo esto te recuerda demasiado a Thiago, puedes venirte a mi casa durante una temporada.

—Ni siquiera ha sido capaz de ayudarme a quitar las cosas de su padre.

—Por eso no te preocupes, que vengo dispuesta a apoyarte y ayudarte en todo lo que necesites.

—Gracias, Renatta, por todo. Con respecto a la primera propuesta, te diré que me has hecho, creo que tengo que quedarme aquí, era nuestro hogar y a él no le hubiera gustado que me fuera. Pero, con relación a lo segundo, vamos a empezar cuanto antes.

—Bajo ahora mismo a comprar cajas, tú decides lo que quieres conservar y lo que quieres donar. ¿Te parece?

—Me parece perfecto, pero ten cuidado con la prensa, por favor, están de lo más exigentes.

—No te preocupes, le pediré a Rodolfo que sea él quién las traiga y yo lo esperaré en el portal.

Rodolfo era el portero de la finca, y era un señor de lo más amable y señorial. Podía tener más o menos, el mismo porte que Thiago, y quizás Bianca estuviera de acuerdo en donarle la ropa a él.

Bajé hasta la planta baja. Por suerte, desde donde estaba la prensa no me podían ver, ya que los cristales de la entrada eran tintados, evitando así las miradas indiscretas de los transeúntes.

—Rodolfo, me gustaría pedirle un favor.

—Dígame, señorita Bianchi. ¿En qué puedo ayudarle?

—La señora Acosta y yo necesitamos cajas de mudanzas, pero con toda esa gente ahí, deseando que salgamos para atosigarnos, tardaríamos más que si fuéramos a Roma andando.

—No se preocupe, que ahora mismo os las traigo yo. ¿De qué tamaño?

—Grandes, pero tampoco excesivas. Es para guardar las cosas del señor Acosta.

—Espéreme aquí, que ya sabe que, salvo un asunto de fuerza mayor, no puedo subir a los apartamentos.

—En la próxima junta de la comunidad pienso hacer que se cambie esa norma, se lo aseguro.

Rodolfo me miró con una sonrisa, y cogió el billete de cien euros que le di para que hiciera la compra de las cajas en una tienda que había en la esquina, pegada al Ponte Vecchio.

Ni diez minutos después, ahí estaba él, con sus cajas en la mano y esa sonrisa tan característica que tenía.

—Aquí tiene, señorita Bianchi. Junto con el ticket de compra.

—Con el ticket de compra te haces una pajarita, y te quedas con el cambio, a modo de propina.

—Señorita, es mucho dinero.

—Bueno, pues le compras un ramo de flores a tu mujer o la llevas a tomar una copa.

—Gracias, es usted muy amable y generosa.

Subí de nuevo hasta la casa en la que me esperaba Bianca, y nos pusimos manos a la obra.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Qué te parece si lo hacemos por el despacho? Así, a mí me dará tiempo de acostumbrarme a la idea cuando nos toque quitar su ropa.

—Me parece perfecto, y quería comentarte algo. Rodolfo, él tiene la misma talla que Thiago, y creo que le vendría muy bien la ropa que vayas a donar.

—Sí, yo también había pensado lo mismo. Le he preguntado a Romeo y me ha dicho que él no quiere nada de su padre, que lo único que quería era tenerlo vivo, y como no lo tiene, lo material le da exactamente lo mismo.

—No te hagas más sangre, Bianca. Si quieres, y sin que él lo sepa, puedes dejarle en mi casa lo que pienses que le gustaría tener. Cuando se le pase el berrinche, seguro que se arrepiente.

—Sí, me parece una buena idea, guardaremos algo en una de las cajas y la pondremos en el altillo, por si se arrepiente, sobre todo sus enseres más personales.

Entramos en el despacho, dónde estaban todos los contratos de representación que tenía, tanto de Romeo como de algún que otro jugador más.

—Renatta, eso llévatelo tú. Seguro que él quería que siguieras su estela y te hicieras cargo, siempre que los clientes quisieran, por supuesto.

—Está bien, eso me lo guardo yo en una caja, para mí, y así le echo un vistazo más tarde.

Seguimos guardando todo, su agenda, su portátil, ese que Bianca se empeñó en que me llevara yo también.

Al abrir un cajón, vimos que había un sobre manuscrito de su puño y letra, en el que, en el anverso, ponía "*Para mi familia".*

Era una carta, dirigida a los tres, porque a mí también me había incluido en ella, pero ninguna de las dos nos atrevimos a abrirla. Nos daba miedo lo que podíamos encontrarnos escrito en esos folios.

Fueron unos momentos un tanto extraños, porque ninguna de las dos sabíamos que hacer, hasta que, en un arrebato, Bianca se decidió a abrirla.

Capítulo 19



Renatta

«Mi queridísima familia.

Si estáis leyendo estas letras es porque ya me he ido, pues la enfermedad ha podido conmigo, de una vez.

Mi muerte no ha sido repentina, no es algo que no supiera que tenía o algo que me había negado a tratar, simplemente, no había nada que hacer.

Mi corazón sufría una extraña malformación, que descubrí hace ya muchos años, y que estaba mermando mi capacidad.

Me cansaba mucho, no podía seguir el mismo ritmo de antes y no, no había cirugía posible, porque ya he visitado a los mejores cardiólogos de toda Europa.

Bianca, ¿recuerdas cuando te dije que tenía que ir a Suiza a negociar un contrato de publicidad?

Pues no era del todo cierto, pues podría haberlo negociado desde aquí, pero me hablaron de una clínica especializada en mi enfermedad, y allí que me fui, con toda la esperanza del mundo.

Una esperanza que se diluyó en el momento en el que me dijeron que no se podía hacer nada, así como también me dijeron que mi corazón se podría parar en cualquier momento.

Mi niña Renatta, espero haberte instruido bien en tus labores como representante deportiva, porque tú serás quien continúes con mi legado.

Quiero que hables con todos los jugadores, que le muestres esta carta si es necesario, aunque todo esto lo he dejado por escrito en mi testamento, con un documento de cesión que le será enviado a todos y cada uno de ellos.

Sé feliz, mi preciosa niña, y no dudes de que, en estos años que llevas a nuestro lado, te has ganado un hueco en mi corazón, pues te quiero como a una hija, aunque espero que mejor seas una nuera.

Y a ti, mi hijo, Romeo, el orgullo de mi apellido y de mi vida. Gracias por todos estos años que me has regalado a mi lado, sin huir, siempre con tu madre y conmigo.

Espero que siga siendo así cuando yo me marche, y que no te separes de ella ni un solo momento.

Gana todos los títulos que puedas, y dedícame uno tras otro, aunque no sea públicamente, que nunca me hicieron falta esos reconocimientos.

Sienta la cabeza, Romeo, porque tu etapa de futbolista no durará para siempre, y no te puedes imaginar lo reconfortante que es volver a casa y tener a una mujer a tu lado.

Pero una con la que, el simple hecho de sentarte en el sofá a ver una película con un bol de palomitas te parezca el mejor plan del mundo.

Creo que con estas palabras ya te lo he dicho todo. No dejes de perseguir tu sueño, pero también, con los pies en el suelo, por favor.

Recuerda lo que siempre te he dicho, el dinero y el éxito no sirven de nada si no tienes con quién compartirlos.

Dicho esto, me despido de todos vosotros. No me olvidéis, pero no sufráis pensando que podíais haber hecho algo más por mí, porque no es así.

Os quiero y os cuidaré desde allá arriba. Thiago Acosta.»

En este punto, Bianca lloraba a moco tendido, pero yo no me quedaba atrás. Thiago sabía que se moría, y no le dijo nada a nadie.

Prefirió seguir con su vida tal cual era, no quería sentir que los demás se compadecían de él, no quería que su esposa pensara que tenía los días contados a su lado y eso era de admirar.

—Es un gran hombre, Bianca, y tú has tenido la suerte de que se enamorara de ti.

—¿Qué voy a hacer ahora sin él?

—Seguir adelante, como él quería, recordándolo con una sonrisa.

—No puedo hacer eso, Renatta. No íbamos ni a la esquina el uno sin el otro.

—Pues ahora tendrás que hacerlo, no te puedes quedar aquí, encerrada.

—¿Sola? No sé si sabré hacerlo, te lo prometo.

—Claro que sabrás, pero no estarás sola, yo te acompañaré siempre que lo necesites.

—Gracias por permanecer a mi lado, Renatta. No sabes lo que esto supone para mí.

—Me lo puedo imaginar, porque cuando yo llegué aquí, sola, tenía la misma sensación, y vosotros me abristeis los brazos, como una más de la familia, y la familia está para eso, para sostenerse y ayudarse cuando se necesita.

Bianca se limpió las lágrimas, y se levantó. Se fundió en un abrazo conmigo, uno que no sabía que necesitaba hasta ese momento.

—Creo que deberías de avisar a Romeo, y que lea él mismo esta carta.

—Yo también lo pienso, pero me parece que será inútil, está en un plan…

—Sí, pero que no quede que tú se lo has ocultado, que no se sienta engañado.

—Está bien, en cuanto terminemos aquí, y antes de entrar en el dormitorio, lo llamaré.

Estuvimos como una hora y media más en ese despacho. Toda la documentación relativa al trabajo la pasé a mi caja, esa que me llevaría y revisaría con tranquilidad en mi casa.

En una de las carpetas encontramos la documentación sobre un seguro de vida cuya beneficiaria era Bianca, y del que no sabía absolutamente nada.

—Tienes que llamar y hacer efectiva la póliza, Bianca.

—Realmente, a mí eso me da lo mismo.

—Lo sé, pero Thiago quería que tus espaldas estuvieran cubiertas el día de mañana.

—Bueno, primero voy a llamar a Romeo, a ver si consigo que venga y que lea la carta, y de camino me ayuda con todo el tema del seguro.

La dejé allí, llamando a Romeo, mientras que yo me fui al dormitorio, donde Bianca me había dicho que metiera toda la ropa de Thiago en cajas, para bajárselas a Rodolfo y que las pudiera aprovechar.

Había una sudadera que, desde siempre, me había encantado, y con la que él bromeaba que me la dejaría en su testamento.

Ahora sabía que lo decía en serio, y la cogí del cajón, la olí y la apreté contra mi pecho, mientras que las lágrimas caían por mi rostro.

Escuché a Bianca gritarle a su hijo de que se iba a arrepentir de todo lo que estaba haciendo, que la vida lo pondría de golpe en su sitio.

—No hay manera de que entre en razón, sigue diciendo que lo que ha pasado ha sido por culpa de su padre, por no hablar claro sobre lo que tenía.

—No te irrites más, Bianca. Cuando se le pase el berrinche, seguro que recapacita y entra en razón.

—Eso espero, o le auguro una vida muy sola y muy triste, sin su padre, sin su madre y huyendo de la mujer de la que está enamorado, pensando cosas que no son.

Guardé silencio, porque no quería volver a tratar el mismo tema. No me apetecía que nos volviéramos a enzarzar en una discusión sin sentido en la que ambas queríamos llevar la razón.

—Bianca, quería pedirte una cosa.

—Dime, cariño, lo que sea. Si está en mi mano, sabes que lo tendrás.

—Me gustaría quedarme con esta sudadera de Thiago, de la que bromeábamos que me dejaría en el testamento.

—Coge todo lo que quieras, Renatta, estoy segura de que a él le encantaría que la tuvieras tú.

Esa la dejé aparte, y fuimos guardando todos sus enseres y su ropa en cajas, dejando en una todo lo que su madre le guardó a Romeo, y que guardaríamos en un altillo en mi casa.

Llegó el momento en el que nos sentamos a comer, pues ya teníamos todo listo, y tan solo faltaba bajar a darle las cajas a Rodolfo antes de que terminara su horario laboral.

—Voy a pedir pizzas. Mientras que no llegan, aprovecho y le bajo las cajas a Rodolfo. ¿Te parece?

—Perfecto, cariño, así yo también las quito de en medio y no las tengo a la vista. Cuanto menos tenga que verlas, menos dolor sentiré.

—Esa es la actitud, Bianca, estoy muy orgullosa de ti. Sé que no estás en tu mejor momento, pero también te digo que, poco a poco, lo irás superando.

—Esa es mi única esperanza, te lo juro.

—Ya verás como sí y, lo que hoy recuerdas con dolor, mañana lo harás con una sonrisa, y, a medida que vayan pasando los días, irás sintiéndote mejor.

Rodolfo, cuando me vio salir del ascensor con todas las cajas que eran para él, se llevó las manos a la cabeza.

—No tendré vida para ponerme toda esta ropa, se lo aseguro.

—Pues, si ves que es mucha, si sabes de alguien que también la necesite, tienes el permiso para compartirla con esa persona.

—Mi hermano, señorita Bianchi, él lo necesita, al igual que mi sobrino el mayor, que es el primero de la familia que está en la universidad.

—Entonces, nada mejor que hacer felices, en vez de a una persona, a tres.

—Gracias, señorita, mi sobrino, en especial, seguro que se pone muy contento.

—Claro, él es el que está en edad de presumir, y aquí hay ropa muy bonita y buena.

—Y que no podría comprarse ni en diez vidas que su padre trabajara.

Capítulo 20



Romeo

—¿Vas a seguir pendiente de esa mujer mucho más tiempo? —me preguntó Amanda, al montarme en el coche.

—De quién esté pendiente o deje de estar, no es problema de nadie, mucho menos tuyo.

—Pues claro que es asunto mío, a ver si te piensas que yo he estado contigo durante todo el día para que ahora me vayas a dar la patada.

—Y te lo agradezco, pero sabías desde el principio que, entre nosotros, no iba a pasar nada.

—Anda, tonto, si yo sé cómo relajarte. ¿No me vas a dejar hacerlo?

Amanda llevó la mano a mi miembro y, el muy traidor, se puso duro en cuanto sintió sus caricias.

—¿Ves? Tu amiguito no está de acuerdo contigo.

—No es el momento, Amanda.

—¿Quién lo va a saber? Venga, te voy a dar un adelanto.

Sacó mi miembro del pantalón, y allí, en medio del garaje, empezó a hacerme una felación.

Sé que está mal lo que voy a decir, pero mi mente se imaginó que era la boca de Renatta la que envolvía mi miembro, tal y como ocurrió en la noche que estuvimos juntos.

Cerré mis ojos y me dejé hacer, pensando que era la morena que me había desafiado antes de subir en el ascensor, y eso hizo que no tardara demasiado tiempo en alcanzar el orgasmo.

No tenía ni idea de a dónde iba a ir, pero la discusión con mi madre, cuando me vio llegar con Amanda a mi casa, hizo que entrara en mi habitación y cogiera una maleta, metiendo lo más esencial.

No sabía si volvería o me buscaría una casa para mí solo, pero, en estos momentos, no me apetecía nada tener que verle la cara a ninguna de las dos, ni a mi madre ni a Renatta.

Conduje hasta la casa de Amanda y, cuando me dijo de bajar, decliné la oferta, aunque dejé abierta la opción de volver a llamarla en unos días.

—De verdad que hoy no puedo, tengo mil cosas que solucionar. Te llamo en estos días, cenamos y pasamos la noche juntos. ¿De acuerdo?

—Está bien, pero no tardes mucho en llamarme, no voy a estar esperando toda la vida.

—Unos días, es todo lo que necesito.

Salí de esa calle sin saber a dónde ir. A Santini lo tenía completamente descartado, puesto que también había discutido con él cuando permití que Renatta se marchara del funeral de mi padre.

Por supuesto, el entrenador tampoco era una opción. Podía irme a un hotel, pero eso significaría que la prensa especulara y no dejara tranquila a mi madre y, mucho menos, a mí.

Tan solo me quedaba una persona, esa que esperaba que no me diera la espalda, pues entonces me tendría que ir de *camping*, y no quedaba bonito que durmiera en una caseta de campaña teniendo partidos importantes.

—Dime, Acosta. ¿Qué te sucede?

—Buonareti, necesito tu ayuda.

—Mucho me temo que has hecho eso que le dijiste a tu madre en el funeral. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, pero tampoco es nada definitivo, es tan solo por unos días.

—Sabes que las puertas de mi casa las tienes abiertas, pero no dejes que el orgullo pueda contigo, o terminarás arrepentido.

—¿Os habéis metido a curas todos y yo no me he enterado? Porque vaya pesadez eso del arrepentimiento.

—Anda, deja ya todo y vente para acá.

—Estoy en la puerta de tu casa, te he llamado cuando ya estaba aquí.

Buonareti me abrió la verja de fuera, pues el personal de seguridad me conocía y, a pesar de que yo sabía cuál era la clave de entrada, no quería entrar hasta que no hablara con él.

—Cabrito, ¿por qué no has entrado con la clave?

—Porque no quería que pensaras que era un aprovechado.

—Somos amigos, Romeo, esos pensamientos no caben entre nosotros.

—Gracias. Podría haberme ido a un hotel, pero eso sería darle carnaza a la prensa.

—Has hecho bien. Además, esta casa es muy grande y así me sentiré menos solo al volver a casa de los entrenamientos. Por cierto, ¿vas a ir al entrenamiento de mañana?

—Por supuesto. Tengo que jugar ese partido, y ganarlo, en la memoria de mi padre.

—Vamos a la cocina, que tengo la comida en el fuego y no quiero que se me queme.

—Querrás decir que estás calentando la comida, porque tú no sabes ni cómo se fríe un huevo.

—¿Cuándo he dicho yo que he cocinado?

—También es verdad. Si no fuera por la señora que viene a ayudarte a limpiar, comerías de la calle todos los días.

Nos sentamos a la mesa, justo cuando mi teléfono empezó a sonar. Era mi madre, y tengo que reconocer que pensé en no contestar a la llamada, pero me daba miedo de que le hubiera ocurrido algo y estuviera sola, por lo que, después de cuatro tonos, contesté.

—Dime, mamá.

—Romeo, tienes que venir a casa. Tu padre ha dejado una carta para todos, en la que explica lo que tenía…

—Mira, mamá, me da exactamente igual lo que ponga en ese papel. Mucho peor me lo pones si dices que él sabía lo que tenía. Si lo hubiera dicho, todavía estaría aquí.

—No seas cerrado, hijo, por favor…

—Mamá, que no, que yo lo único que quiero es tenerlo aquí, a mi lado. Todo lo que diga, no me vale.

—¡¿Por qué eres tan cerrado?! Al final, te vas a arrepentir, y no solo de eso, sino de lo que estás haciendo con Renatta.

—¿Eso es lo que te ocurre? ¿Renatta? Pues déjame que te diga que, antes de culparme a mí de lo que sucede, más vale que le preguntes a ella lo que hizo mientras que mi padre se debatía entre la vida y la muerte.

—Eres muy injusto, ella no sabía nada.

—Me parece que te interesa más culparme a mí que a ella, que es a la que estás tratando como si fuera tu hija.

—Eso es ya lo que me faltaba por escuchar, mi hijo eres y siempre serás tú. Lo que ocurre es que me suelo poner del lado de la verdad.

—Mira, mamá, piensa lo que te dé la gana, yo no pienso ir ahora, mucho menos a leer lo que mi padre ha dejado escrito. Lo único escrito de mi padre que me interesa, es el testamento. Cuando haya que abrirlo, me llamas.

Corté la llamada de muy malas maneras, lo reconozco, pero es que, en cuanto mi madre tocaba el tema de Renatta, me ponía negro de coraje.

Buonareti, que vio mi semblante, no me dijo ni una sola palabra sobre lo que había ocurrido, aunque eso no significaba que no lo fuera a hacer más tarde.

Estaba completamente seguro de que lo haría, pero no ahora. Buonareti sabía que yo necesitaba un poquito más de tiempo para hablar las cosas, para asimilar todo lo que me había dicho mi madre.

Y llegó el momento de tan temida conversación, delante de dos tazas de café y un bizcocho de chocolate.

—¿Me quieres contar qué es lo que te ha dicho tu madre que te ha puesto de ese mal humor?

—Ha encontrado una carta de mi padre y quiere que vaya a leerla.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que, ponga lo que ponga, me da igual, porque no me lo va a devolver.

—Esa postura es muy inmadura por tu parte.

—Bueno, pero es mi postura, así que, lo que penséis los demás, no me importa.

—Yo no voy a insistir en que vayas o en que la leas. Ya eres mayorcito para saber lo que quieres o no quieres hacer.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco, de verdad. Estoy harto de que me bombardeen la cabeza con lo mismo.

—Eso sí, medítalo con la almohada, pues no quiero que, pasado un tiempo, pienses que te has equivocado, porque ya no habrá vuelta atrás.

Con esas palabras de Buonareti rondando en mi cabeza, me fui a descansar un rato, pues habíamos pasado dos noches sin dormir, y necesitaba desconectar de todo y de todos.

Abrí los ojos y ya estaba amaneciendo, había dormido más de quince horas, y me levanté de lo más tranquilo y descansado, dispuesto a ir al entrenamiento de ese día, aunque tuviera que verle la cara al entrenador.

—Venga, vamos juntos, así no tenemos que coger dos coches y podemos ir y volver en el mismo.

—Vale, pero vamos en el mío, que me apetece conducir.

—¿Te ves en condiciones para hacerlo?

—Por supuesto, si no fuera así, no te lo hubiera dicho.

—Entonces, no hay más que hablar. Vamos a desayunar, y salimos para el estadio.

En la cocina ya estaba la señora que venía a limpiar, poniendo el desayuno en la mesa. Había decidido que yo pagaría una parte, porque yo era más trabajo para ella y no sería justo que cobrara lo mismo.

Capítulo 21



Renatta

Llegó el día del partido y, como representante de varios de los jugadores, tenía derecho a estar en el palco, donde se encontraban las mujeres y los invitados de la gente del club.

Sí, ya se había abierto el testamento de Thiago y, tal y como me había dicho en la carta, me había legado sus representaciones, haciéndoles llegar a cada uno de ellos un documento que me tenían que entregar firmado en el caso de que aceptaran.

Casi todos lo hicieron, excepto dos de ellos, y uno fue Romeo, que decidió que buscaría representante por su cuenta.

No me extrañó, para qué engañar a nadie, me lo esperaba completamente, aunque no puedo negar que me hubiera gustado que firmara, pero no iba a mendigarle a nadie, mucho menos a él.

Bianca había decidido ver el partido por la televisión, pues decía que no quería que su hijo se incomodara por su presencia allí y que no estuviera concentrado en el partido.

En realidad, no tendría que verla hasta la finalización, pues el palco estaba fuera de la vista de los jugadores, pero no quise insistirle. Sabía que el motivo era otro, el que no estaría ahí su marido para celebrar los goles de su hijo.

—Buenas tardes, chicas —saludé al entrar en el palco a las novias de algunos de los jugadores.

—Buenas tardes, Renatta. Ven, siéntate aquí con nosotras. ¿Quieres tomar algo?

—Un refresco de cola cero, pero no te preocupes que ahora me lo sirvo yo, gracias.

Me senté junto a Selena y a Silvia, con las que me llevaba de maravilla, y con las que salía de vez en cuando a tomar algo, sobre todo cuando los chicos jugaban fuera de casa y no podían asistir por el trabajo.

Selena era doctora en uno de los mejores centros médicos del país, y Silvia era abogada, había montado su propio despacho hacía poco tiempo, y por eso no se podía ausentar demasiado tiempo.

Estábamos charlando animadamente, cuando Selena cambió su cara, mostrando un asco increíble.

—¿Qué te ocurre, amiga?

—Ya está aquí esa, y encima hoy viene acompañada de la momia y de su marido.

—¿Perdona?

—Amanda, y ha venido con Rigoberta Bianchi y el borde de su marido, que cada día me da más asco, os lo prometo.

—¿Qué hacen ellos aquí? —pregunté, porque, de repente, se me había bajado la tensión.

—¿No lo sabes?

—Pues, la verdad, no tengo ni la más remota idea.

—Amanda actúa como si fuera la pareja de Acosta, aunque intente acostarse con mi marido y con todo el que se le ponga por delante —dijo Selena.

—Y el marido de la momia es el nuevo representante del delantero, firmó con él en el momento en el que murió su padre.

Os prometo que el techo casi se me cae encima. ¿Romeo había firmado con mi padre? ¿Sería consciente de lo que estaba haciendo o, por el contrario, lo había hecho por hacerme daño?

Si esa segunda opción era el motivo por el que lo había hecho, conmigo había pinchado en hueso, porque no pensaba dar mi brazo a torcer.

—Perdona, pero esta zona es para las parejas de los jugadores, no para los agentes. La de los agentes es justo esa de ahí detrás —dijo Amanda, mirándome por encima del hombro.

—Lo siento, pero yo, además de ser representante, también soy la invitada especial del entrenador, por lo que no me pienso mover de aquí.

—El entrenador está por debajo de los jugadores, que no se te olvide.

—Mira, chica, déjanos en paz. ¿No tienes suficiente espacio con cuatro sillones que quedan libres?

—Pues no, porque estoy esperando a mis amigas, a las que ha invitado Romeo, mi chico, y que tienen que estar a punto de llegar.

—Pues que acerquen otro sillón de los de atrás y os juntáis un poquito, que verás como entran.

Yo sabía lo que estaba buscando. En primer lugar, quería incomodarme todo lo que pudiera y, en segundo, que me viera obligada a sentarme con mi padre, porque mi madre se sentó junto a ella, como si fueran íntimas o, mejor aún, como si fueran madre e hija.

—No la soporto, te lo prometo —dijo Selena, que tenía motivos más que evidentes.

—Ignóralos, como estoy haciendo yo. Te aseguro que yo tengo muchos más motivos para hacerlo, sin embargo, y como decía mi abuelo, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

—Una pregunta, aunque parezca que me entrometo en tu vida, pero… ellos tienen el mismo apellido que tú, ¿sois familia?

—No, porque para mí familia no son los que tienen la misma sangre, sino los que te demuestran que puedes contar con ellos. Pero sí, son los que me engendraron y me dejaron al cuidado de mi abuelo cuando tenía menos de un año.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente…

—Ya está mi hija haciéndose la mártir, como de costumbre —dijo mi madre, en un tono más alto que el habitual, para que yo me enterara y entrara al trapo, pero no lo hice.

—Mira, ya están saltando los jugadores al campo.

Me centré en el partido, y celebré cada uno de los goles que se marcaron esa noche. Mateo se presentaría a la semana siguiente, pero ya estaba ahí, en el palco del club con los jugadores que estaban lesionados o sancionados.

En un momento determinado, Romeo recibió una patada bastante fea y, lejos de quedarse en el suelo y dejar que el árbitro actuara, se levantó y le dio un puñetazo al otro jugador, tumbándolo en el césped.

—¿Se puede saber qué coño está haciendo? —pregunté, en alto.

—Defenderse, chica, ¿qué va a hacer si no? —dijo Amanda, como si yo estuviese hablando con ella.

—Ha hecho bien, así aprenderán a no meterse más de esa manera con él —sentenció mi padre.

—Mira, está claro que tú entenderás mucho de modelos, pero en lo que toca al fútbol, no tienes ni puta idea. Eso no sería lo que aconsejaría un agente de un jugador que entendiera lo más mínimo.

—Yo estoy hablando como hombre, no como agente.

—Pues, en estos casos, el hombre y la mujer se tienen que quedar en la puerta, aquí somos agentes, y eso que ha hecho, le va a costar una roja directa, que le impedirá jugar el próximo partido de la liga.

—Venga ya, pero si hoy es el último…

—De la temporada, pero la sanción se aplaza al primero de la siguiente, eso suponiendo que le impongan uno solo.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio.

¿En qué coño estaba pensando Romeo cuando contrató a mi padre? Ahora lo tenía claro, en hacerme todo el daño posible, pero con lo que no contaba era con que iba a terminar haciéndoselo a él mismo.

Bajé al vestuario, pues había terminado el primer tiempo, quería hablar con él y con el entrenador, con el que también tuvo sus más y sus menos.

Mi padre no se movió del palco, con una copa en la mano y un canapé en la otra.

—¿Se puede saber en qué coño estabas pensando? —le dijo Franco, en cuanto entró por la puerta del vestuario.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo, que me dejes en paz.

—Por supuesto que es asunto mío. Es mi equipo, eres mi jugador, y no entiendo la manera de actuar que has tenido.

Romeo, lejos de calmarse, cogió al entrenador por la camiseta, y lo pegó contra la pared, como si quisiera pegarle.

Santini, que lo vio, no permitió que le agrediera, y lo cogió por los hombros y lo apartó de manera abrupta.

—Como le pongas una mano encima, te parto la cara.

—¿A ti qué coño te importa? ¿Ahora te has puesto de su lado? ¿Después de lo que me ha hecho y sigues defendiéndolo?

—¡No te ha hecho nada! ¡Ninguno de los dos lo ha hecho!

—¿Y tú cómo sabes eso?

Tanto Franco como yo esperábamos que se mantuviera en silencio, y lo hizo, pero lo que no dijo con palabras lo dijo con gestos.

Se vino hasta donde estaba el entrenador, lo cogió por la barbilla y lo besó, de una manera dulce y lenta, demostrándole que ya no se iba a ocultar más, ni de sus compañeros ni de nadie.

—¿Te ha quedado claro ya?

—No me jodas, Santini. ¿Por qué carajos no me lo has dicho antes?

—Porque es mi vida, y no le importa a nadie, pero cuando ya entran en juego otras cosas, no puedo seguir callado.

—¿Nunca has estado con Renatta? Joder, pero si yo te he visto estar con mujeres…

—Antes de que me enamorara de Santini, desde ese momento, no he vuelto a estar con nadie que no haya sido él —le respondió Franco.

Romeo me miró, y en su rostro pude ver el arrepentimiento, pero me daba igual. Ya no era el momento, había llegado demasiado tarde, así que, salí de allí y volví al palco, aparentando que no había pasado nada.

Capítulo 22



Romeo

No sabía lo que me había pasado, pero pagué con el jugador del otro equipo toda la frustración que sentía.

Esa misma mañana me había llamado Bianchi, mi nuevo representante, para decirme que había firmado varias campañas de publicidad, que me llevarían todo el verano, no dejándome ni unos días para descansar antes de la pretemporada.

—Te dije que no quería mucha publicidad, que tenía que descansar.

—Yo he firmado contigo para ganar dinero, y para hacértelo ganar a ti, por eso, voy a firmar todos los contratos que caigan en mis manos y que nos dejen unos buenos euros en la cuenta.

—No todo es el dinero, Bianchi. Eso me lo enseñó mi padre.

—Ya, pero tu padre no está, y con quien has firmado es conmigo, y esa es mi manera de ver el trabajo.

—Si lo llego a saber antes, no lo hubiera hecho.

—Claro, hubieras firmado con mi hija, esa inútil que no sabe ni dónde tiene la mano derecha.

—No hables así de ella. Renatta es mucho más inteligente y trabajadora que tú.

—En eso consiste mi éxito, en trabajar lo menos posible obteniendo los mayores beneficios.

Cuando llegué al partido ya venía calentito, mucho más cuando vi que Amanda llegaba con ellos.

No había recordado que di mi autorización para que la dejaran pasar, y ahora la tendría hasta en la sopa, porque mi agente también era el de ella, eran como un *pack* de yogures, aunque los de coco los dejaras en la nevera, tenías que comprarlos para coger también los de fresa.

Pero la tarjeta roja no fue lo peor que me pasó en ese día, ni siquiera los dos partidos con los que me sancionaron, sino lo que pasó en el vestuario.

¿Cómo no me había dado cuenta de que el entrenador era gay? ¿Tan cegado estaba por los celos que no vi que Santini y él estaban enamorados?

Cuando todos mis compañeros volvieron al campo, me metí en la ducha, pues me sentía de lo peor. En cuanto terminara, iría a pedirle disculpas a mi contrincante, que fue con el que pagué todas mis frustraciones.

Luego, cuando estuviéramos en la cena de celebración, intentaría hablar con Renatta, aunque, por la manera en la que me había mirado antes, no me resultaría fácil que me perdonara.

Eso era otra cosa que me dolía muchísimo, no poder celebrar la victoria y el campeonato de liga con mis compañeros en el campo, cuando los tres goles que nos habían dado la victoria los había marcado yo.

—Acosta, no te vayas a duchar todavía, que el entrenador ha hablado con el árbitro y, si le pides disculpas al otro jugador, te dejará estar en el campo, aunque sentado en el banquillo.

—Pensaba hacerlo de todas formas. Dale las gracias de mi parte.

Ya me había duchado, pero me daba igual. Me volví a poner la equipación del club, y bajé al campo.

Estuve en el túnel de vestuario hasta que el árbitro me dio permiso para salir al banquillo. Antes de eso, fui hasta el banquillo contrario, donde el entrenador me frenó, pensando que venía a buscar más gresca.

—Déjalo estar, Acosta, no te tires más tierra encima.

—No pienso hacerlo, vengo a pedirle disculpas sinceras a mi compañero.

—¿Eso es cierto?

—Sí, no sé qué me ha pasado, debe ser la tensión de la última semana, la muerte de mi padre me ha afectado mucho más de lo que pensaba.

—Es normal, ha sido todo muy repentino. Espera aquí, que ahora mismo lo aviso.

El entrenador contrario se acercó con mi compañero, al que había puesto un ojo morado del puñetazo. Por suerte, no le di en la nariz, porque con la fuerza que ejercí, se la hubiera roto con total seguridad.

—Acosta… te has pasado, macho. La entrada tampoco era para que me respondieras de esa forma.

—Tienes razón, Mancini, y por eso vengo a pedirte mis más sinceras disculpas y, si necesitas algo, lo que sea, no dudes en darme un toque.

—Sé que la prensa te ha estado acosando, por no contar el coñazo que te tiene que estar dando Amanda, porque conmigo también lo ha intentado.

—Ni que lo digas, además de todo eso, la muerte de mi padre también ha influido. Han sido un cúmulo de cosas, y he pagado mi frustración contigo.

—Venga, no pasa nada. Tan amigos como siempre. Espero que el equipo de arbitraje te permita celebrarlo con tus compañeros.

—Yo también.

Y sí, me lo permitieron, entre otras cosas porque hablaron antes con el jugador agredido y les informó de todo. Ahora tan solo quedaba que me rebajaran a uno solo el partido de sanción, pero eso era mucho más complicado.

En el césped estuvieron todas las parejas de mis compañeros, así como sus representantes y los jugadores lesionados. También estaba Puzinni, el nuevo fichaje del club y del que todo el mundo hablaba.

Ya se había firmado el contrato, y había pasado el reconocimiento médico, tan solo quedaba la presentación oficial, que se haría a la semana siguiente.

Quise acercarme a Renatta, pero no pude, pues Amanda se colgó en mi cuello como si de verdad tuviéramos algo serio, y la prensa nos rodeó al instante.

—Acosta, ¿estáis juntos? ¿Es algo serio?

—Por supuesto que sí, y hacen una pareja perfecta. Id preparando las cámaras, porque no creo que tarde mucho en formalizarse la relación, ya sabéis…

—¿Tienes pensado pedirle matrimonio?

—Chicos, vais un poquito rápido, ni siquiera vivimos juntos.

—Bueno, pero eso es cuestión de tiempo, porque ya estamos buscando una casa a nuestra altura —dijo Amanda.

Si me pincharan, no me sacarían una gota de sangre, os lo prometo. ¿Cuándo se habían montado esa película?

No podía permitir que esto siguiera adelante, pero Bianchi tenía otros planes, de los que no tenía ni puta idea.

—Lo próximo que vais a ver es una campaña publicitaria de los dos, que se empezará a rodar la semana que viene, en Roma.

No podía ser. La semana siguiente tenía que estar aquí, en Florencia, arropando a Puzinni en su presentación, tal y como me comprometí el día que firmaron el contrato.

Me aparté un poco, dejándole espacio a mis compañeros, y aproveché para decirle a Bianchi que no podría ser, que ya estaba comprometido.

—¿Se puede saber por qué no sabía nada de esa campaña publicitaria?

—Pues porque soy tu agente, y yo decido lo que te conviene y lo que no.

—De eso nada, eres mi agente, no el dueño de mi vida, y la semana que viene tengo que estar aquí, en el club, en la presentación del nuevo jugador.

—Te equivocas, porque ya me he informado. Una cosa es que tengas que estar y otra muy diferente que quieras estar, pero querer no es poder, compañero.

—Me comprometí con ese chico que estaría aquí, a su lado.

—Deja los sentimentalismos, que esos no te darán de comer. Tenemos que aprovechar la relación con Amanda. Las marcas se mueren por contar con vosotros, la pareja de moda.

—Para empezar, no tengo ninguna relación con esa mujer. Que me haya acostado con ella dos o tres veces no implica nada.

—Me da igual, si no eres la pareja de Amanda, lo finges y te lo inventas, pero los contratos que hemos firmado tienen esa condición, o estáis los dos o no está ninguno.

—Pues no estamos ninguno, a mí me da exactamente lo mismo.

—Ya, pero a mí no, porque perdería dinero y prestigio, y no pienso hacer ninguna de las dos cosas.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí con esa mujer colgada de mi brazo como si fuera un bolso.

Os aseguro que, si no hubiéramos estado en ese lugar, si la prensa no estuviera como loca buscando un motivo para desprestigiarme más todavía, la hubiera dejado plantada después de decirle cuatro cosas.

Maldita la hora en la que se me ocurrió decirle que me acompañara al funeral para darle celos a Renatta.

Con lo fácil que hubiera sido hablar con ella y no dar las cosas por sentadas. Ahora veía que mi madre tenía razón y, si había algo que me dolía, era que no estuviera ahí conmigo en ese momento, celebrando eso por lo que tanto había luchado mi padre.

Iría a verla al día siguiente y le pediría perdón por lo estúpido que había sido, al igual que a Renatta.

También tendría que hablar con mi abogado, pues no quería continuar con mi contrato con Bianchi. Aunque Renatta no quisiera representarme ahora, me buscaría a otro que entendiera mi manera de ver el trabajo, como lo hacía mi padre.

Sé que firmé con él con la clara intención de hacerle daño, de que se sintiera menospreciada por mi parte, igual que yo me había sentido por la suya, pero ahora veía que nada de lo que imaginé era real, que no tenía sentido, y que el único perjudicado de todo esto sería yo.

Capítulo 23



Renatta

En cuanto que subí al palco de nuevo, mi padre no dudó en acercarse, como si él fuera el rey del mundo y yo un simple peón al que mover a su antojo.

—Renatta, si fueras lo suficientemente coherente, dejarías que todos esos jugadores a los que representas se vinieran conmigo.

—Bianchi, si el coherente fueras tú, dejarías que Romeo encontrara a un agente a su altura y te dedicarías a lo que sabes, que no es otra cosa que de modelos y publicidad.

—Romeo está encantado conmigo, sobre todo con los contratos que le esperan este verano, y que le reportarán un montón de beneficios. Si yo hubiera cogido el contrato del jugador nuevo, le hubiera pedido al club mucho más dinero que tú.

—Si le hubieras pedido mucho más dinero, no estaría jugando nada más que en el club del instituto, como ha hecho hasta ahora.

—No entiendes nada, Renatta, te queda mucho por aprender.

—Por supuesto que me queda mucho, pero lo que aprendí, lo hice del mejor, de uno al que tú no le llegas ni a la suela de los zapatos.

Terminó el partido y tuvimos que bajar al césped. Selena y Silvia no se movieron de mi lado, porque sabían que, tanto mi madre como esa mujer, no pararían de incordiarme.

Mi madre, o la momia, como le decían mis amigas, no dudó en mostrarse ante la prensa como la diva que pensaba que seguía siendo, cuando la realidad era que ya había pasado a mejor vida en el tema del modelaje.

—Señora Bianchi, la vemos muy cercana a Amanda Wells, ¿la considera como su sucesora?

—Chicos, nadie puede suceder a Rigoberta Bianchi, pero sí que la veo como a la hija que el destino se empeñó en quitarme y a Romeo, como el yerno que toda mujer desea.

—Ha dicho que el destino le quitó a una hija. ¿Acaso ha fallecido y la prensa no se ha enterado?

Pegué el oído, porque como dijera que yo estaba muerta, le iba a faltar campo para correr de la que iba a formar ahí, destapando todos sus secretos.

Nunca me había gustado el tema del salseo con la prensa, porque era de las que pensaban que la vida tan solo pertenecía a la persona en cuestión, pero como me sacara a relucir, no me pensaba callar.

—No, por Dios. Es tan solo que, por culpa de mi trabajo, me vi obligada a dejarla con un familiar. Lo hice con todo el dolor de mi corazón, pero no tenía otra opción.

—¿No ha vuelto a tener contacto con ella?

—Lo intenté, Dios sabe que es verdad. Durante los primeros años estuve presente todo lo que el trabajo me permitía, pasando semanas enteras que tenía libres a su lado…

—¿Qué fue lo que ocurrió, entonces?

—Pues lo que suele pasar en estos casos. La persona a la que se la dejé para que la cuidara la envenenó en mi contra y, en cuanto tuvo la mayoría de edad, me comunicó que no quería que la viera más.

—¿Se puede ser más embustera? —murmuré, pero Selena, que estaba a mi lado, lo oyó.

—Si yo fuera tú, me pondría ahora mismo delante de ese micrófono y le contaría a todo el mundo la realidad de todo.

—Ya, pero eso tan solo serviría para iniciar una guerra con ella, una que ella aprovecharía para ir de plató en plató, de revista en revista, ganando dinero a mi costa, y no lo pienso hacer.

—Muy bien hecho, amiga. Si quiere dinero, que trabaje, como hacemos todas —me animó Silvia.

—Uy, trabajar. Esa palabra no existe en el vocabulario de mi madre.

Las tres soltamos una carcajada, pero la mía se cortó en el momento en el que escuché a mi padre decirle a la prensa que Romeo mantenía una relación con esa mujer.

—No me creo nada de lo que están contando.

—Yo tampoco.

—Pues yo me lo creo absolutamente todo. No os podéis imaginar lo convincente que puede ser mi padre cuando quiere y, si todo esto le va a dejar dinero, mucho más.

Dejamos al equipo que se hiciera la foto y se fuera para ducharse y cambiarse de ropa, pues luego tenían la cena de final de temporada, al igual que la fiesta posterior.

No tenía ninguna gana de ir a ninguna de esas dos cosas, pero no me quedaba más remedio que acudir.

Lo cierto es que tener que ver como Romeo flirteaba con esa mujer, como le daba muestras de cariño, me iba a doler, y me iba a molestar a partes iguales.

—Venga, amiga, vámonos, que los chicos esperan fuera. Nosotras iremos en mi coche.

—Yo he traído el mío. Nos vemos allí.

—No se te vaya a ocurrir irte para tu casa, que vienes demasiado bonita como para hacer eso.

—Te prometo que no, aunque no será por falta de ganas, te lo aseguro.

Llegué hasta mi coche y, menos mal que Selena y Silvia iban en la misma dirección que yo, porque de no haber sido así, me hubiera tenido que marchar en taxi o, mucho peor, quedarme ahí hasta que viniera la grúa.

—Me cago en la madre que parió a Panete —dije, en voz alta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Silvia.

—Joder, le han rajado las cuatro ruedas —afirmó Selena.

—Y menos mal que pensaba jubilarlo ya. De hecho, estoy esperando a que me entreguen el nuevo, porque si en vez de este es el que me acabo de comprar, los gritos hubieran llegado al cielo.

—Venga, no te hagas mala sangre. Nos quedamos contigo hasta que llames a la grúa.

—Sí, saca de ahí lo que tengas que coger, y lo guardamos en el coche de Selena, así puedes darle de baja ya.

—¿Y qué hago yo estos días?

—Chica, pues moverte en transporte público. ¿Qué vas a hacer?

—Menos mal que tengo la moto y que ahora viene el buen tiempo, porque el coche tardará, por lo menos, un mes en entregármelo.

Llamé a la grúa, y le pedí que lo llevaran al desguace. Por suerte, no era de esas que tenían en el coche todo lo que no le cabía en su casa, y tan solo tuve que sacar unas bolsas con algunos vestidos y una mochila con la ropa que llevaba antes de cambiarme para la cena.

Lo guardé en el maletero del coche de Selena, ya me lo llevaría luego para mi casa, y esperamos a la grúa.

Vimos cómo los chicos se marchaban en el autobús, y ella iba ahí montada, con todos ellos, cuando no tenía por qué ir.

—En cuanto llegue al restaurante, la directiva del club me va a oír.

—No entiendo que tenga que ir ahí subida, como si ella fuera importante.

—No digáis nada, ¿no veis que eso es lo que ellos quieren?

—No sé a qué te refieres.

—Es muy sencillo. Si vosotras, cuando lleguéis, montáis el numerito, ellos tendrán la excusa idónea para decir que estas celebraciones deberían ser solo para la gente del club, acotando la entrada a todos.

—Serán cabrones… Hija, menos mal que tú no tienes nada que ver con ellos.

—Por favor, Dios me libre.

Todas soltamos una carcajada, y en eso estábamos, justo cuando llegó la grúa.

Sabía que habían sido ellos, tanto mis padres como esa mujer, a la que ahora veía como a su hija. Había que joderse, ella hablando de eso, cuando en su puta vida había sido madre.

Si lo que pretendían con eso era que no fuera a la cena y a la fiesta, ahora sí que habían provocado el efecto contrario, pues iba con más ganas y más fuerza que nunca.

Diez minutos después, ya estábamos montadas en el coche de Selena y, media hora más tarde, ya entrábamos por la puerta del restaurante.

No habían tenido la deferencia de esperarnos, y esa mujer se había sentado junto a Romeo, dejando un sitio libre justo enfrente de ellos, ya que los otros dos asientos estaban junto a los maridos de mis amigas.

—Renatta, si quieres nos movemos para que te sientes a nuestro lado.

—No te preocupes, que estoy bien aquí, gracias. Al fin y al cabo, estoy entre dos de mis hombres favoritos del equipo.

No me había fijado que estaría sentada entre Buonareti y Franco, por lo que sabía que estaba bien resguardada por los dos flancos en caso de que alguno de ellos decidiera atacarme.

Romeo no apartaba la mirada de mí, aunque ella intentó por todos los medios que no fuera así.

—¿Me puedes prestar un poquito de atención? —le preguntó, en un momento dado.

—No, no me apetece. Tengo mejores cosas que hacer.

—Claro, como comerte con la mirada a esta mindundi.

—Mira, bonita, los problemas que tú tengas con tu novio son entre vosotros. A mí, si eres tan amable, me dejas fuera.

—No puedo dejarte fuera cuando eres el cáncer de toda esta mesa, la que vas a arruinar el futuro de muchos de los jugadores que están aquí. ¿No has tenido suficiente con acostarte con el entrenador que necesitas tirarle los tejos a los demás?

—En primer lugar, no se ha acostado con el entrenador y, en segundo, pero no menos importante, si le tira los tejos a alguien, ten por seguro de que todos son solteros y sin compromiso, no como tú —le contestó Santini.

—Ni que tú hubieras estado en medio. Estás hablando sin saber…

—No, la que hablas sin saber eres tú. ¿Quieres que te lo demuestre?

—No sé cómo podrías demostrar que no se ha acostado con ella.

—Pues así, y además ya va siendo hora de que se enteren todos, estoy cansado ya de esconderme.

Cogió la cara de Franco y lo besó, allí, delante de todos y tal y como había hecho en el vestuario delante de Romeo y mía.

El murmullo fue inmediato, pero no en sentido negativo, sino con aplausos y silbidos de ánimo.

—¿Alguien tiene algún problema con nuestra condición sexual? —preguntó el entrenador.

—Ninguno, míster. Ya era hora de que salierais del armario los dos —le dijo uno de los jugadores.

—¿Perdona? ¿Lo sabíais?

—Jefe, no somos tontos. Esas miraditas, esas escapadas de Santini cuando pensaba que todos dormíamos…

—Cabrones, ¿y por qué no habéis dicho nada? La de disgustos que nos hubiéramos ahorrado.

—Porque no queríamos que os sintierais mal y obligados a reconocer públicamente algo para lo que no estabais preparados.

—Gracias, de verdad. Tenía que ser aquí y tenía que ser ahora, ni antes ni después —dijo Santini, al que los compañeros que tenía alrededor abrazaron.

—Pues a mí me parece algo antinatural, y…

—Y se calla usted, Bianchi. Antinatural es su manera de ver el trabajo, y nadie le dice nada —le dijo Braganza, el dueño del equipo.

De ahí pasamos a una sala de fiestas que había justo al lado del restaurante, y que habían cerrado para nosotros, para que estuviéramos cómodos.

Me paré en la puerta, hasta que Franco y Santini estuvieron a mi lado, pues tenía que advertirles algo.

—Chicos, sabéis que ni mis padres ni Amanda van a guardar vuestro secreto, ¿verdad?

—Nos da exactamente igual. Es más, estuvimos hablando y vamos a dar una rueda de prensa, para que no haya ninguna especulación —me dijo Santini.

—Mientras que vosotros estéis bien, lo que hagáis da igual.

—Gracias, Renatta. Todo esto es producto de los consejos que me diste, de la charla que me dijiste que teníamos que tener —me dijo Franco.

—Yo tan solo hablé como una amiga, Franco, nada más.

—Por eso ahora es nuestro turno de hacerlo. Ve y habla con Romeo, escúchalo y ponte en su piel.

—Es diferente, entre vosotros había malentendidos, mientras que entre nosotros hay un abismo, uno con nombre de mujer.

—Te aseguro que Romeo no está interesado en ella. Si la llevó hasta el funeral fue para darte con ella en las narices.

Capítulo 24



Renatta

Llegamos a la discoteca y, como no podía ser de otro modo, me moría por ir al baño, pues no había ido en toda la noche y me había tomado un par de cervezas.

—Chicos, ahora vuelvo, que tengo que ir al baño, o terminaré como los niños en la guardería, mojada y no de la manera en la que a mí me gustaría.

—Siempre te puedes llevar a alguien para que te moje como tú deseas —me dijo Santini, bromeando.

—Quita, quita, que me gusta a mí mucho mi pelo para perderlo de un jalón de una fiera.

Los dos soltaron una carcajada, mientras que yo pinté una sonrisa en mis labios. Les había contado el motivo por el que habíamos llegado tarde, y mis sospechas sobre quiénes habían sido, y se quedaron completamente perplejos.

Los baños eran individuales, y eso me gustaba, pues te daba la intimidad necesaria para poder hacer tus necesidades sin escuchar a nadie fuera, charlando o pendiente de lo que hacían los demás.

Hice pis a chorro olímpico, con tanta intensidad que llegué a pensar que me tendría que quedar ahí toda la noche, pero no fue así.

Cuando terminé, quité el pestillo y me volví para lavarme las manos, y en ello estaba, cuando noté que la puerta se abría.

Creí que sería alguna de las chicas, pero no, a quien me encontré allí, cara a cara, fue a Romeo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Se está convirtiendo en una costumbre que me abordes en el baño de los lugares públicos.

—Renatta, déjame hablar contigo, por favor.

—¿Y tiene que ser aquí? ¿Por qué no lo haces afuera, delante de todos?

—Porque no quiero que nos interrumpa nadie, no por el motivo que estás pensando.

—Mira, Romeo, a mí, en estos momentos, lo que me tengas que decir no me interesa nada. Tuviste tiempo de preguntarme, de creerme, no de pensar de mí que, después de pasar la noche contigo, me iba a acostar con Franco.

—Me cegué, ¿vale? Los celos hicieron que viera todo de manera equivocada.

—Ese es tu problema, Romeo, no el mío. Yo nunca te he mentido, yo nunca he hecho las cosas por hacerte daño, mientras que tú, cada movimiento que has dado, lo has hecho con esas intenciones.

—Y no te lo puedo negar, porque así ha sido, pero pienso ponerle remedio, te lo prometo.

—A lo único que tienes que ponerle remedio es al daño que le has hecho a tu madre. Ella sí que no se lo merece, cuando, al igual que tu padre, ha dejado su vida para que tú estés donde estás.

—Con ella iré a hablar mañana, y volveré a mi casa, de donde nunca tendría que haber salido.

—Y eso me alegra. Ahora, si no te importa, déjame salir, que me voy a tomar una copa y me voy a marchar.

—Dime que no sigues sintiendo lo mismo por mí, y te prometo que me apartaré de ti para siempre.

—No te puedo decir eso, porque no es verdad. Pero eso no significa que…

No me dio tiempo a terminar la frase. Cuando me di cuenta, ya lo tenía pegado a mí, con su boca en mi boca, mientras nos devorábamos el uno al otro.

—Romeo, Romeo, para, esto no está bien. Afuera está tu pareja…

—¿Qué coño estás diciendo, Renatta?

—Lo que mi padre dijo a la prensa y que tú no negaste.

—No podía negar nada delante de la prensa, o se hubiera visto claramente la falta de comunicación entre mi agente y yo, pero entre esa mujer y yo no hay nada, te lo juro.

—¿Te has acostado con ella desde que lo hiciste conmigo?

—Acostarme como tal, no, pero sí que hubo algo de sexo, pero te juro que no tuvo la más mínima importancia.

—¿Tengo que creerte? También me dijiste que no te habías acostado con ella la noche de mi graduación y tengo claro que me mentiste.

—Joder, Renatta, te estoy diciendo la verdad. ¿Quieres que salga ahí afuera y le diga a todo el mundo que estoy enamorado de ti?

Lo vi salir como las balas, y no me dio tiempo a sujetarlo. De un momento a otro, ya estaba encima del escenario, con el micro en la mano, mientras que yo me moría de vergüenza.

—Señores, señoras, quiero decir unas palabras —dijo, llamando la atención de todos.

—Acosta, que no te ha dado tiempo a tomarte ni una copa —dijo el entrenador desde el fondo de la sala.

—Cállate, por favor, que me va a dar un ataque de un momento a otro. Como decía, estoy aquí para deciros a todos que estoy enamorado hasta la médula. Que no podía fijarme en una mujer mejor que ella, y por eso, quiero pedirle formalmente que sea mi novia.

Amanda lo miraba asombrada, pensando que ese discurso iba por ella y, justo cuando estaba dispuesta a subir al escenario en el que estaba Romeo, este bajó y se vino hasta donde yo me encontraba, pero sin soltar el micrófono.

—¿Qué me dices? ¿Me aceptas como tu novio formal?

—Estás completamente loco, pero me encanta tu locura, así que, no puedo decir otra cosa que no sea que sí, aunque con condiciones.

—Perfecto, esas ya las hablamos luego, en el sofá de casa.

No sé a quién le dio el micrófono, pero cuando me di cuenta, ya tenía sus dos manos puestas en mi cintura, mientras que las mías estaban en su cuello y nuestros labios estaban besándose como si no hubiera un mañana.

—Te prometo que no habrá más mentiras ni tonterías entre nosotros.

—Eso espero, o terminarás sin pelotas.

Sus compañeros empezaron a aplaudir, y tuve que enterrar mi cara en su pecho, de la vergüenza que sentía, pero no me dio tiempo a sentir mucha, porque, en pocos minutos, teníamos al trío la, la, la, pidiendo explicaciones.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Romeo? —preguntó mi padre, visiblemente enfadado.

—Te dije que entre esta mujer y yo no había nada, y que no pensaba dejar escapar a la mujer que amo por culpa del dinero.

—Me da exactamente igual lo que pienses. Los contratos están firmados, como pareja, y así tendréis que seguir mostrándoos en público.

—No vas a encontrar a otra mujer mejor que Amanda, y te vas a arrepentir de liarte con ella, que tan solo quiere tu dinero y tu posición —dijo mi madre, mirándome con desprecio.

—Lo siento, mamá, pero no me parezco a ti, y de Romeo tan solo quiero su cariño, lo demás me da exactamente igual. Tengo dos manitas para trabajar, no me gusta que me mantenga nadie.

—Bianchi, pienso batallar hasta el final para romper nuestro contrato, además de todos los demás.

—Eso no será posible, porque si me despides sin motivo, como es el caso, me tendrás que entregar el noventa por ciento de tu fortuna.

—¿Perdona?

—Se ve que firmaste sin leer. No se pueden hacer las cosas desde la rabia y desde el rencor, Romeo, apúntatelo para la siguiente vez.

Mi padre se dio la vuelta, dejando a Romeo sin saber qué hacer o qué decir, porque lo que le había dicho no tenía ni pies ni cabeza, y esperaba que no tuviera razón en lo que había afirmado.

—Me las vas a pagar, Romeo, eso te lo juro. Como se te ocurra hacer algo que afecte a mi carrera, te pienso hundir de la peor manera posible.

—Tú sabías que no teníamos nada, no me seas cínica. Si has entrado en este juego es porque te convenía tanto como a esos dos.

—¿No teníamos nada? Pues yo tengo unas imágenes muy bonitas tuyas, practicando sexo conmigo y con otra mujer más, por las que la prensa daría lo que no tiene.

Joder, la cosa se ponía cada vez peor, pero eso no me preocupaba, porque la manera de practicar sexo era algo privado de cada uno y, mientras que no hubiera obligado a nadie, no había nada ilícito en ello.

Lo que sí me preocupaba era lo que había dicho mi padre, que Romeo había firmado, y por eso, no dudé en hablarlo claro con él.

—Dime, por lo que tú más quieras, que lo que ha dicho mi padre no es cierto.

—No lo sé, no leí el contrato. Pensé que iba a respetar lo que habíamos hablado antes.

—¿No se lo diste antes a tu abogado?

—No, firmé del tirón…

—Romeo, de verdad, a veces parece que eres tonto. ¿Cómo has hecho eso? Mucho peor, ¿cómo lo has hecho sabiendo cómo era mi padre?

—Pensé que lo que me contaste no era cierto, que lo habías exagerado para que no me acercara a él y para que firmara contigo.

—No sé si partirte la cara o mandarte al carajo, de verdad.

—Y tendrías toda la razón, tanto si haces una cosa como si haces la otra, pero mantente a mi lado, por favor.

—Mira, la única opción que te queda es hacer todo lo que tengas firmado, hasta que termines el contrato o hasta que podamos invalidarlo. Necesitaría ver las condiciones.

—Vámonos, todo eso lo podemos ver mañana. Ahora, lo único que quiero es estar contigo, hacer que se me olvide hasta mi nombre. Por favor, te necesito.

No pude aguantar más mis ganas de besarlo, y así lo hice, para, después, cogerlo de la mano y salir de allí.

Yo lo entendía, puesto que tenía la misma necesidad que él, y no dudé en parar el primer taxi que pasaba para que nos llevara a casa.

Entramos en el portal entre miradas cómplices, dejándonos llevar por todo aquello que estábamos sintiendo en ese momento.

En el momento en el que estuvimos al cobijo de mi hogar, sintiéndonos a salvo de miradas indiscretas que pudieran hacer que perdiera todo su patrimonio, todo aquello por lo que su padre y él habían luchado, nos dejamos llevar.

Éramos un amasijo de piernas, brazos y lenguas, que se iba despojando de la ropa por toda la casa, hasta llegar a mi dormitorio.

No sé en qué momento nos quedamos completamente desnudos, lo que sí sé es que no nos hicieron falta preliminares, pues ambos estábamos ya preparados para sentirnos.

Me pegó a la pared de mi dormitorio, me elevó por el trasero, haciendo que mis piernas quedaran enroscadas en su cintura, y me penetró, así, directamente y de una sola embestida.

No fue algo lento ni romántico, sino algo duro, rápido y pasional, que era lo que ambos necesitábamos en ese momento.

Ni siquiera nos dimos cuenta de que no habíamos tomado precauciones, pero os juro que me dio igual, tan solo quería sentirlo en mi interior como lo estaba sintiendo.

—Esto es como estar en el puto paraíso, Renatta.

—No pares, por favor.

—Ni loco pienso parar, no hasta que no grites mi nombre como fruto del placer que estás sintiendo.

Y vaya si lo grité, a pleno pulmón. Si no hubiera sido por la boca de Romeo que lo tapó, se hubieran enterado todos los vecinos.

No fue la única vez que lo hicimos esa noche, sino que repetimos muchas más, hasta caer rendidos uno en brazos del otro.

—¿Cuándo nos hemos convertido en esto, Romeo?

—No lo sé, Renatta. Lo único que sé es que he sido un idiota por no darme cuenta antes de todo lo que sentía por ti.

—Yo tampoco me di cuenta. Tan solo sabía que esos días de lluvia, sofá y película, eran los mejores de mi vida.

—Renatta, tu padre ha firmado una campaña la semana que viene, en Roma, y no podré estar con Puzinni en su presentación.

—No te preocupes por eso, ya lo hablaremos mañana y encontraremos la forma de que todo salga bien.

—Joder, mi padre debe de estar revolviéndose en su tumba de ver lo gilipollas que he sido firmando con ese hombre.

—Tu padre está muy orgulloso de ti, no lo dudes.

Le dejé un beso en los labios y me recosté en su pecho, dejándome vencer por el sueño.

Capítulo 25



Romeo

En cuanto nos despertamos y nos desayunamos el uno al otro, de nuevo, lo primero que hice fue entrar en casa de mi madre, en mi casa, porque todavía la seguía considerando así.

En el momento en el que me vio detrás de la puerta, mi madre empezó a llorar, y yo con ella. Tenía tanto por lo que pedirle perdón, tanto que agradecerle, que no sabía por dónde empezar.

—Mi niño, menos mal que has vuelto a ser de nuevo tú.

—Mamá, perdóname, te lo suplico. He sido un niñato que no ha sabido valorar lo que tenía a su alrededor.

—No, mi vida, has sido un hombre que no supo cómo gestionar el dolor, y que lo pagó con todo el que estuvo a su alrededor.

—Quiero leer la carta que escribió papá. Aunque no tendré nada suyo, nada material, me refiero, sí que contaré con muchos y gratos recuerdos.

—Eso tampoco es cierto. Sí que tendrás algunas de sus cosas, están en casa de Renatta, en una caja. El resto se lo bajamos a Rodolfo, para que lo repartiera entre él y su familia.

—Bien hecho, mamá. Es inútil mantener la ropa ahí, colgada en el armario, cuando la puede aprovechar otra persona.

—Eso tan solo me causaría más dolor. Ahora, dime que también has hecho las paces con Renatta, por favor.

—Sí que lo hemos hecho, las paces, digo, aunque bueno… lo otro también…

—Ay, Romeo, que me estás liando. Habla claro de una vez.

—Que sí, mamá, que estamos juntos, como pareja, pero tengo que arreglar algunos asuntillos.

Le conté a mi madre todo lo que me había dicho Bianchi, lo que había firmado sin leer, y lo que tendría que hacer mientras que él tuviera mi representación.

—Hijo, no quiero ser cruel contigo, pero hay que ser muy gilipollas para firmar algo sin leerlo antes.

—Y tienes toda la razón. Bueno, ahora tengo que marcharme. Está a punto de llegar Buonareti con la carpeta y con mis cosas, no quiero salir ahora que está toda la prensa abajo, esperando a que yo diga algo sobre mi relación con Amanda.

—Ojalá encuentres la manera de deshacerte de ese hombre, Romeo, o terminarás amargado y arruinado.

—El dinero me da igual, si lucho es por no caer en lo que mi padre siempre me dijo que evitara.

—Haz todo lo necesario, te lo ruego, y ya no solo por ti, sino también por ella, por Renatta, que se merece todo el reconocimiento del mundo.

Sabía a lo que se estaba refiriendo mi madre, y pensaba hacerlo, aunque me tuviera que dejar la piel para conseguirlo.

Justo salía de mi casa, cuando el ascensor se abría, saliendo mi compañero de él, con mi maleta y una sonrisa.

—Veo que la noche te ha ido bien.

—Mejor que bien, amigo, pero espero que me pueda ir el futuro de la misma manera.

—Verás que sí, si alguien es capaz de conseguir eso y más, es Renatta. ¿Sabes que ha conseguido mi renovación con un incremento del quince por ciento?

—Joder, amigo, eso es mucho dinero.

—Sí que lo es, y, además, he firmado una campaña publicitaria con una firma deportiva de lo más prestigiosa, y que se rodará en el mismo estadio, no me tendré que mover ni de la ciudad.

—Suerte la tuya. El cabrón de Bianchi me ha firmado un montón de campañas durante todo el verano, cada una en una punta del país, y no podré descansar nada.

—Sabes que eso es un problema. Como llegues agotado a la pretemporada, como no des los resultados que se esperan de ti, primero, podrías lesionarte y, segundo, el míster te dejará en el banquillo.

—Lo sé, lo único que me consuela es que tendré las dos semanas en las que no podré jugar para recuperarme un poco.

—Ojalá y te sirva solo con eso.

—¿Entras y saludas a tu agente?

—No, mejor vengo otro día, que he quedado en ir a visitar a mi madre, y sabes que me queda un buen camino por delante.

—Está bien, ten cuidado con la carretera, y gracias por traerme mis cosas.

—Ya te lo he dicho, los amigos están para esto y para mucho más.

Nos fundimos en un abrazo, y entré de nuevo en la casa de Renatta, que ya me esperaba en el salón con dos vasos de refresco y algunas cosas para picar, pues ya era pasado el mediodía.

—Dame el contrato que lo vaya mirando. Si quieres, puedes dejar esa ropa en el armario, así no tendrás que ir a tu casa cuando duermas aquí.

—Lo haré con mucho gusto, pero tampoco es que viva a una hora de aquí, que tengo el portón en el mismo rellano.

Renatta negó con la cabeza, mientras que le dejaba la carpeta con el contrato encima de la mesa e iba a colgar mi ropa donde me había dicho.

Pensé en pedirle la caja con las cosas de mi padre, pero luego decidí que lo haría con ella delante. Ahora era mucho más importante poder deshacernos de ese impresentable, y, para ello, tenía que estudiar bien el contrato.

Cuando terminé de colgar todo, y salí al salón, allí estaba ella, anotando cosas en una libreta que tenía al lado, mientras que le daba vueltas al contrato una y otra vez.

—Podemos denunciarlo por cláusulas abusivas, pero esto no será de manera inmediata.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Qué, aunque la demanda esté presentada, mientras que no tengamos la resolución de un juez, tendrás que cumplir con los contratos que has firmado.

—¿Cuánto puede tardar eso?

—Siendo sincera, no lo sé. Supongo que dependerá del juzgado en el que caiga y de la prisa que el juez quiera darse. Pero, mínimo, un mes va a durar.

—Joder, tendré que hacer todas las campañas publicitarias, y ninguna es en solitario, todas son con Amanda.

—Síguele el juego mientras que estéis en público, así no tendrá por dónde cogerte.

—Renatta, no sé si voy a ser capaz de hacer eso. Te aseguro que tienen tanta maldad, que son capaces de obligarme a ir a fiestas por contrato, y tener que mostrarme cariñoso con ella sabiendo que tú estarás aquí…

—No te preocupes ahora por eso, procuraré no poner la tele en esos días. Eso sí, como vea una sola foto en privado de los dos a solas en actitud cariñosa, date por muerto.

—Te prometo que eso no va a suceder nunca.

—Y, en cuanto estés de vuelta, me vas a contar absolutamente todo. No quiero que nada me coja sin estar sobre aviso o fuera de juego.

—Te contaré hasta las veces que voy al baño y, en las ocasiones que puedas, te diré que vengas conmigo. Sé que a Roma es imposible, pero en la siguiente, que será en Pompeya, te quiero a mi lado.

—¿Para qué quieres que vaya si no voy a poder estar contigo?

—No estarás mientras que se ruede la campaña, pero luego, en el hotel, no pienso dejarte escapar.

—Está bien, ya lo iremos viendo.

Renatta, con la ayuda de una de sus compañeras, a la que llamó por teléfono para que viniera, redactó la demanda que llevaría al día siguiente al juzgado.

Ella no podría representarme, ya que su rama era el derecho mercantil, pero sí que lo haría esa amiga suya, a la que le prometí que, si me sacaba de este lío, le haría un contrato como mi abogada personal.

Mi padre había estudiado derecho, y, en cuanto tenía alguna duda legal o algún problema, era él quien me asesoraba, por eso no tenía ningún abogado contratado.

Joder, lo echaba tanto de menos. No solo era ya como mi padre, que así lo echaba mucho, sino que también había sido mi compañero de trabajo, mi asesor personal y ahora me sentía perdido y vacío.

—Anda, vamos a comer a casa de tu madre, que seguro que se alegra mucho de vernos juntos.

—Ya se lo he dicho esta mañana. Por cierto, me gustaría pedirte algo. ¿Me puedes dar la caja de mi padre, por favor? Quiero leer esa carta y echarle un vistazo a todo.

—Por supuesto que sí. Además, en mi despacho, está su portátil, por si quieres mirar algo relacionado con el trabajo.

—No, eso te lo dejo a ti. Ahora mismo lo único que quiero es centrarme en su faceta como padre. Lo necesito.

—Ven conmigo, te diré dónde está, para que la cojas tú.

La acompañé hasta el despacho y, arriba, en el altillo del armario empotrado que había en esa habitación, estaba una caja rotulada con mi nombre.

En el momento en el que la abrí, dos lágrimas corrieron por mis mejillas, pues allí estaba el primer trofeo que gané jugando al fútbol, junto al primer premio que consiguió él como agente.

Capítulo 26



Renatta

Había llegado el momento de que nos tuviéramos que separar. No era la primera vez que nos ocurría, aunque sí que era la primera desde que estábamos juntos como pareja.

Yo tenía que ir a la presentación de Puzinni por parte del club, mientras que Romeo partía para Roma en una hora y media.

—Renatta, no creas nada de lo que veas. Por favor, te lo pido.

—Ya te he dicho que no lo tendré en cuenta, siempre y cuando no me mientas.

—No te mentiré, y te llamaré todas las noches. Supongo que antes del fin de semana estaré de vuelta. Podremos preparar algo para nosotros, aunque sea cerca de aquí.

—Está bien, yo también tengo la semana un poquito liada, pero intentaré buscar un hueco para planear algo.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—Hoy, no.

—Pues te quiero más que a mi vida.

—Desde luego, qué pelota eres cuando te conviene.

—Si por mí fuera, le daban por culo a la campaña y me quedaba contigo, que es donde quiero estar.

—Natalie ya ha presentado la demanda, es cuestión de tiempo.

—Un tiempo que se me va a hacer eterno.

—Anda, vamos, que al final, llegaremos tarde.

—A mí eso no me preocupa, pero no voy a permitir que lo hagas tú en tu primera presentación.

—Sería lo que me iba a faltar.

—Ve ahí y cómete a todos los periodistas, que tú puedes con ellos.

Nos despedimos en el garaje, junto a mi coche, donde nos dimos un beso que decía todo lo que nos íbamos a anhelar el uno al otro.

—Te lo repito, por favor, no creas nada de lo que veas y, si tienes alguna duda sobre algo, no dudes en llamarme, que, si hace falta, lo dejo todo y vengo a darte las explicaciones necesarias.

—Te quiero.

—Yo a ti, mucho más.

La presentación en el club fue espectacular. Estaban todos los medios en el césped, y fue presentado como una auténtica estrella.

La prensa tan solo hizo preguntas sobre él y sobre su manera de jugar, como lo habían descubierto y si ocuparía un puesto en la plantilla del primer equipo.

Tanto el entrenador como el señor Braganza contestaron a todas esas preguntas con una sonrisa.

Mi semana estaba planteada de manera caótica, la verdad, porque quería dejar todo cerrado en esos días y así poder ir con Romeo a alguno de sus viajes.

El lunes fue la presentación, el martes y el miércoles me tocaba la renovación de dos de mis representados, y el jueves la negociación con una de las firmas más importantes de moda deportiva.

En esa negociación estaban implicados dos de mis representados, uno de ellos sería Puzinni, que querían sacar una nueva línea de ropa deportiva dedicada íntegramente a los futbolistas.

Para el viernes no programé nada, ya que se suponía que Romeo volvía a media mañana y yo tenía ya programada una escapada de fin de semana a Livorno, donde había alquilado una casita frente al mar.

Ese destino no estaba tomado por los turistas y, si bien no tenía kilómetros de playa como otras zonas de Italia, sí que tenía unas calas vírgenes y preciosas en las que poder disfrutar en la intimidad y con la tranquilidad que íbamos buscando.

Pero mis planes se fueron al traste, puesto que esa misma mañana de viernes me llamó Romeo para decirme que no llegaría cuando tenía pensado.

—Se ha alargado el rodaje, Renatta. No sé cuándo terminaré ni en el momento en el que llegaré.

—¿Me estás diciendo que no llegas hoy?

—Ni hoy ni mañana, eso lo tengo claro. Por lo visto, han tenido problemas con una licencia y, lo que teníamos que haber rodado en ese lugar, lo tendremos que hacer entre hoy y mañana.

—¿De verdad? Joder, todos los planes a tomar por culo.

—Vete tú, avisa a tu amiga o a quien tú quieras y disfruta, ya que yo no puedo.

—Ese plan no era para ir con una amiga, Romeo. Además, he despejado toda mi agenda para no tener nada en este día.

—Lo siento, Renatta, pero no puedo hacer nada. Ahora te tengo que dejar, que me llaman para la sesión de fotos.

Y me colgó. Ni un mísero te quiero, ni un aprovecha y vente conmigo, nada de nada, y eso me enfadó muchísimo.

Hablaría con él en cuanto llegara porque, si no tenía claro que podía venir, no debería decirme que hiciera planes para los dos.

Llamé y anulé todo, la casa, el tren, la reserva para cenar en el restaurante, absolutamente todo, pues no me apetecía salir sin él.

Por suerte para mí, el edificio contaba con una zona de solárium y una piscina en la azotea, así que, me puse mi bañador, cogí mis auriculares y me subí. Me apetecía dar unos largos en la piscina y tomar un poco el sol.

Bianca se animó a subir conmigo, y en menos de media hora, ahí estábamos las dos, disfrutando de ese plan.

Tan solo estábamos las dos, porque el resto del vecindario eran personas mayores que solían marcharse a la costa durante todo el verano y, las pocas que quedaban, no subían.

—¿Qué te ocurre, Renatta?

—No sé, tengo como una mala impresión. Algo está pasando con Romeo, pero no sé lo que es.

—No le des más vueltas. Tú, mejor que nadie, debes saber que muchas veces las cosas no salen como se planean, y que los tiempos se pueden alargar.

—Ya, pero el simple hecho de que no me haya dicho que me fuera con él ahí, me escama.

—Será porque no podrá atenderte.

—No lo sé, pero el tiempo mostrará la verdad.

Estuvimos allí hasta casi la hora de comer, momento en el que bajamos a su casa, pues ella seguía haciendo la comida para mí también, como había hecho desde que llegué a Florencia.

—Voy a encender la televisión.

—Sí, para que nos acompañe de fondo, porque al final no veremos nada, como si lo viera.

—Pues sí. Mientras que se calienta, me voy a dar una ducha.

—Yo también, me ducho y vuelvo enseguida.

—Llévate las llaves, por favor, así no tengo que ir con prisas.

—Perfecto.

Cogí las llaves que Bianca había dejado encima de la mesa, y salí a mi casa. Ni siquiera encendí la televisión, que era lo primero que hacía nada más llegar a casa, para no sentirme tan sola.

Me metí en la ducha y me vestí con un vestido fresquito, uno que tenía para estar en casa, y que era de lo más cómodo. Mis chanclas y mi pelo recogido en un moño informal, que era como estaba normalmente cuando no tenía que volver a salir a la calle.

Cogí mi móvil, que lo había dejado encima de la mesa del salón, y las llaves de la casa de Bianca, y me dispuse a volver a su casa.

Nada más entrar, me encontré de frente con la situación, una que no me gustó un pelo.

En la televisión había unas imágenes de Romeo con Amanda, en una especie de mansión. Estaban en el interior de una piscina, y se estaban besando como si no hubiera un mañana.

Me quedé petrificada, no sabía qué hacer ni qué decir, pero le prometí que, ante cualquier duda o imagen que viera y no me cuadrara, lo iba a llamar, y eso es lo que pensaba hacer.

—Renatta, esto debe tener alguna explicación.

—Y esa misma es la que quiero que tu hijo me dé.

Al coger el teléfono, vi que tenía mensajes de un número desconocido, y, al abrirlo, casi se me cae el móvil de las manos de la impresión.

En ese mensaje había imágenes de Romeo con esa mujer. Era la secuencia completa, desde que se estaban besando en la piscina hasta el momento en el que se veía a ella, completamente desnuda encima de él, en una hamaca del jardín.

—Llámalo, Renatta, no te quedes con la duda, que no sabes si es verdad o no.

—Más verdad que esto, ¿te refieres?

—Sé que puede parecer que se está acostando con ella, pero…

—Pero es lo que está haciendo. Aun así, no pienso quedar como una lunática y lo voy a llamar.

Marqué su número como veinte veces, pero no me contestó ninguna de ellas, ni a mí ni a su madre.

¿De qué me había servido todo lo que me dijo antes? ¿Acaso lo tenía planeado?

Aunque le hubieran dicho que tenían que fingir ser una pareja, no era necesario hacer esto, mucho menos cuando están en un recinto privado.

Casi a las doce de la noche, cuando yo ya estaba en mi casa, sentada en el sofá y con la televisión encendida, pero sin ver realmente nada, mi teléfono empezó a sonar.

Lo tenía en la mano, y era Romeo, pero estaba tan en shock, que no podía ni contestar, pedirle una explicación o mandarlo a la mierda.

Capítulo 27



Romeo

Tener que llamar a Renatta era algo que me costó media vida hacer, pero que no tenía más remedio que hacerlo.

En primer lugar, porque me tenían atado de pies y manos, por mi puta inconsciencia.

Me mostraron un vídeo en una fiesta, en el que se me veía consumiendo drogas. Os prometo que fue la primera y la última vez que lo había hecho, y que se lo conté a mi padre en cuanto llegué a casa.

Pero, en estos momentos, no me servía para nada porque, si este vídeo veía la luz, mi carrera deportiva estaría acabada para los restos.

—Tienes dos opciones: o entras al trapo y haces todo lo que nosotros te digamos y que nos sirva para ganar dinero, o este vídeo ve la luz.

—¿Acaso no lo estoy haciendo ya?

—No, tan solo estás posando como te ha dicho el fotógrafo, pero eso no dice que seáis pareja.

—No pienso salir con ella fuera de estos contratos que tenemos firmados.

—Claro que lo vas a hacer, si no quieres que le dé al botoncito y que este vídeo llegue a todas las redacciones de los periódicos y televisiones.

Me vine abajo, no me podía estar pasando esto a mí, no en este momento en el que no tenía a mi padre a mi lado, no cuando, por fin, había encontrado el amor y la estabilidad con Renatta.

—De momento, vas a llamar a mi hija y le vas a decir que este fin de semana no vas a ir. Invéntate lo que quieras, pero tienes una sesión de fotos un poquito comprometida con Amanda esta misma mañana.

—¿Cómo puedes anteponer el dinero a la felicidad de tu hija?

—Porque es lo más importante. Mi hija no ha querido ayudarnos, ¿por qué tendría que ayudarla yo a ella?

—Porque es tu hija, joder.

—Claro que sí, una a la que no le tenemos ningún aprecio, una que no ha tenido la más mínima compasión por nosotros, cuando fuimos a decirle que teníamos un problema y que necesitábamos dinero.

—Pero yo sí que os lo di.

—Y más que nos vas a dar, aunque sea de manera indirecta.

—Ah, y ni se te ocurra decirle a mi hija lo que está pasando, porque entonces, no solo saldrá ese video, sino que te acusaremos de algo mucho peor y de lo que no levantarás cabeza en la vida —me dijo Rigoberta.

Supe, por la manera de mirarme, por el tono que había empleado, que me estaba hablando completamente en serio.

Entré en la casa en la que estábamos y cogí mi móvil. Marqué el número de Renatta, pero no me extendí en esa conversación.

En primer lugar, porque si lo hacía, ella se daría cuenta de que le estaba mintiendo, de que algo pasaba y no pararía hasta descubrirlo.

Y, en segundo lugar, pero no menos importante, porque los tenía a los tres a mi alrededor, vigilantes de todo lo que salía de mi boca.

Cuando terminé de hablar con ella y corté la llamada, una sensación de intranquilidad me entró por el cuerpo, porque me habló con un tono de decepción y derrota que me partió el alma.

Buscaría la manera de poder hablar con ella más tarde, cuando estuviera a solas, para que se lo comunicara a Natalie, porque tenía claro que no me iban a permitir volver a casa.

Pensé que habría un fotógrafo contratado por ellos, pero nada más lejos de la realidad. No querían perder el tiempo ni dejar flecos sueltos, por lo que las fotografías las iban a hacer ellos mismos.

—Meteros en la piscina, y quiero que os comáis la boca con devoción, como si fuerais una pareja de verdad que está dando rienda suelta a la pasión que os provocáis —dijo Bianchi.

—No nos costará mucho trabajo, sé perfectamente cómo encenderlo —contestó Amanda, con una sonrisa de maldad que me puso los vellos de punta.

El bikini que lucía Amanda era minúsculo, y en los ojos de Bianchi vi el deseo. Estaba claro que esta se estaba acostando con él, lo que no sabía era si tenía el consentimiento de Rigoberta o lo hacían a sus espaldas.

Maldije la hora en la que se cruzaron en mi camino, me acordé de todos mis antepasados por no hacerle caso a mi padre cuando me dijo que firmara con Renatta.

Si lo hubiera hecho, nada de esto estaría sucediendo ahora, y podría estar en mi casa, tranquilamente, como estaban todos mis compañeros que sí siguieron las indicaciones de mi padre.

No se conformaron con esas fotos, no, todavía quisieron más. Nos hicieron que nos fuéramos desnudando el uno al otro, hasta que terminamos en una de las hamacas del jardín, con ella encima de mí, como si me estuviera cabalgando.

No diré que no me puse duro, porque no era de piedra, pero lo hice con los ojos cerrados, y pensando que la que estaba encima de mí era Renatta, no ella.

—Ya tenemos suficiente —dijo Bianchi, comiéndose a Amanda con los ojos.

Pero ella no se quedó atrás, se levantó de encima de mí, y aproveché para taparme con una toalla que tenía en la hamaca de al lado, mientras que Amanda se dirigía hasta donde estaban los dos.

Primero, besó a Rigoberta, pero, mientras lo hacía, tocaba también el miembro de Bianchi. Después, lo hizo al contrario, cogió a cada uno de una mano y entró en la casa.

Desde la puerta, Bianchi volteó la cara, mirándome con una sonrisa, y esperando a que su mujer hablara.

—¿Te unes a nosotros?

—Ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Pues tú te lo pierdes, chico, porque nos lo vamos a pasar de lujo —dijo él.

Por primera vez supe lo que era sentir asco por una persona. Ya me lo había advertido Renatta, pero no quise creerla, preferí ignorar todo lo que me había contado para no ver la realidad, hasta que me he dado de bruces con ella.

En su desesperación por llegar a la habitación, se habían olvidado de que me habían dejado solo, por eso me levanté de inmediato a buscar mi móvil.

—Me cago en la leche, los cabrones lo han escondido.

Me dije, en voz alta, aunque no había nadie más allí conmigo. Pero no me iba a conformar, tenía que encontrar el teléfono, aunque fuera lo último que hiciera.

Era mi única oportunidad para poder contarle lo que pasaba, porque tenía claro que no me volverían a dejar solo y que no contaría con otra ocasión como esta.

Eran casi las doce de la noche cuando di con el teléfono. Lo había escondido en el interior de un mueble.

Desde las cinco de la tarde que se metieron en la habitación no habían salido para nada, por lo que no tardarían en hacerlo.

Marqué el número de Renatta, después de ver que tenía muchísimas llamadas perdidas, tanto de ella como de mi madre, y algo me dijo que los muy cabrones ya habían hecho públicas las imágenes.

No me contestaba, pero no iba a parar hasta que lo consiguiera. En el caso de que Renatta no me cogiera el teléfono, lo intentaría con mi madre, y que fuera con el teléfono hasta su casa, si no es que estaba ya con ella.

Después de mucho tiempo, por fin me contestó, y por su tono supe que ya lo había visto todo.

—¿Recuerdas lo que te dije, de que no te creyeras nada de lo que vieras?

—¿Cómo no me lo voy a creer? No he visto que nadie te apuntara con una pistola para que dejaras que esa mujer te cabalgara en esa hamaca.

—Joder, qué cabrones, te han enviado las fotografías.

—A mí y a toda España, porque, justo en el momento en el que las vi, también estaban saliendo en un programa de la televisión.

—Renatta, te juro por las cenizas de mi padre que no es lo que parece. No me he acostado con esa mujer, tan solo han sido los besos, y obligado.

—No me cuentes milongas, Romeo, que soy joven, pero no idiota.

—No tengo mucho tiempo para hablar, porque estarán a punto de salir de un momento a otro. Tienes que contactar con Natalie y decirle que me están extorsionando.

—¿Perdona? Me parece una excusa un tanto rocambolesca para excusar que te has acostado con Amanda.

—¡Joder, que no me he acostado con ella! Es más, si me hubiera acostado con ella, si me importara lo más mínimo, ¿iba a consentir que estuviera encerrada en una habitación con tus padres desde las cinco de la tarde?

—¿Mi padre se ha acostado con ella?

—Y tu madre, pero eso te lo contaré en cuanto pueda salir de aquí. Ahora lo que me interesa es que sepas lo que ha pasado.

—Envíamelo en un mensaje de audio, para poder ponérselo a Natalie, y ve rezando porque sea verdad, ya que, como te coja en un renuncio, te va a faltar Italia para correr.

Capítulo 28



Renatta

Romeo cortó la llamada, y, acto seguido, se puso a grabarme un audio en el que me explicaba todo con lo que lo habían amenazado.

No le conté nada a Bianca, era lo que le faltaba a la pobre. Encima que no entendía el motivo de que su hijo estuviera haciendo eso, como para enterarse también de con qué lo estaban extorsionando.

Marqué el número de mi amiga, que me contestó al instante, como siempre hacía.

—No seas impaciente, que la demanda se presentó ayer.

—Natalie, tenemos que vernos.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre todo, pero no quiero hablarlo por teléfono, quiero enseñarte algo, pero tiene que ser cara a cara.

—Está bien, ahora ya estoy acostada, pero mañana, a primera hora, me paso por tu casa.

—Jolín, no me había fijado en la hora que era. Perdóname, por favor.

—No te preocupes por eso, mañana nos vemos. Ahora, intenta descansar.

Y en eso se quedó, en el intento, porque no me podía quitar de la cabeza las imágenes de Romeo con esa mujer, como tampoco lograba sacar las palabras pronunciadas en ese audio.

Antes de las siete de la mañana, ya estaba yo levantada. Me metí en la ducha, para ver si así podía paliar un poquito lo que sentía, y me vestí con una de las camisolas de algodón que usaba cuando estaba en mi casa.

Preparé el café y las tostadas y, mientras que no se hacían, arreglé mi habitación, hice la cama y recogí la ropa que tenía en el cesto de la ropa sucia y la llevé hasta el cuarto de lavado, donde puse la lavadora.

A las ocho en punto, sonó el teléfono interior, y recordé que no le había dicho a Rodolfo que hoy tendría visita, así que, deduje que sería él para que autorizara el paso.

—Señorita Bianchi, aquí hay una señorita que pregunta por usted. Dice que tenía una cita concertada y que es la abogada del señor Acosta.

—Sí, Rodolfo, tengo tantas cosas en la cabeza que se me olvidó comunicárselo.

—No se preocupe, señorita. Ahora mismo le autorizo el paso.

—Gracias, Rodolfo, es usted muy amable.

—No hay por qué darlas, es mi trabajo. Si alguien es amable en este edificio, es usted.

Colgué el teléfono y me fui hasta la puerta, donde esperé a que Natalie subiera. Le pedía a todos los santos y ángeles del cielo que Bianca no abriera la puerta en estos momentos, y mis plegarias fueron escuchadas, porque mi amiga entró en mi casa sin que nadie más la viera.

—Cuéntame ahora mismo qué es lo que ocurre.

—No te lo voy a contar yo, mejor será que lo escuches con sus propias palabras. Después, te enseñaré las fotos que me llegaron.

Cogí mi móvil y entré en la aplicación, buscando el chat que tenía abierto con Romeo y yendo directamente al audio.

Me aparecía como que él lo había borrado en su móvil, pero seguía manteniéndose en el mío. Por si acaso, lo había descargado la noche anterior.

Cuando Natalie empezó a escuchar todo lo que Romeo contaba, lo que se había visto obligado a hacer, cuando escuchó todo el tema de las amenazas que le habían prodigado, su rostro empezó a cambiar de color.

—¿Sabes lo peor de todo esto?

—Ah, pero ¿hay algo peor?

—Siempre lo hay, amiga.

—Pues no, no lo sé, sácame de dudas.

—Que sería su palabra contra la de ellos. Tendríamos que tener las palabras de ese hombre de alguna manera, y no creo que sea tan tonto como para admitirlo y firmar una declaración.

—No, firmarlo no, pero si Romeo tiene la oportunidad de grabarlo…

—Entonces eso nos sería de gran ayuda, aunque no sería algo concluyente mientras que el juez no lo admitiera como prueba.

—Pero no tenemos nada que perder. Lo complicado va a ser cómo se lo decimos a Romeo.

—¿No lleva su móvil?

—Sí, pero tan solo lo dejan hablar cuando están ellos delante.

—Joder, esto es un secuestro en toda regla.

—¿Podemos denunciarlo por eso?

—No si no queremos que le hagan más daño del que ya le están haciendo, y no físicamente, sino a su imagen.

—Lo sé, esas imágenes no le vendrán nada bien y, si mucho no me equivoco, las empresas con las que tiene firmado algún tipo de contrato publicitario, empezarán a rescindirlos.

—Ya, pero eso a ellos les da igual. ¿No entiendes que ahora los van a pasear de platós en platós, vendiendo su historia de amor?

—Sí, pero eso tan solo será durante un tiempo. Luego tendrán que encontrar otra manera de ganar dinero, y mucho me temo cuál será.

—Acusarlo de algo ilegal e impactante.

—Veo que ya vas entendiendo de qué va todo esto.

—Amiga, creo que nos vamos de viaje a Roma. Intentaré buscar una ubicación cercana a la suya y, en el momento en el que los veamos salir, hablaremos con Romeo.

—No va a ser tan fácil, te lo aseguro.

—Pero, como tú misma has dicho antes, no tenemos nada que perder.

—En eso tienes razón.

—Voy al despacho a dejar cerrada la semana y te recojo a las cinco. No te preocupes por nada, que yo lo organizo todo a través del despacho, para no levantar sospechas.

—Gracias, Natalie.

—Uy, no me las des, que, cuando todo esto termine, voy a ser la abogada más famosa de todo el país.

Soltamos una carcajada, aunque la situación no era la ideal para estar de risas, pero no nos quedaba otra, o terminaríamos medio majaras.

Me fui a preparar una maleta, y a inventar una excusa, pues no le pensaba decir a Bianca lo que iba a hacer ni lo que estaba sucediendo.

Con todo preparado, llamé a su puerta, y me abrió como sorprendida, por la manera en la que iba vestida y la maleta que me acompañaba.

—¿Vas a alguna parte?

—Sí, Bianca, me han avisado de que hay un chico que despunta sobremanera con un balón, y voy con una amiga a echarle un vistazo.

—¿Cuándo vuelves?

—Pues, ciertamente, no lo sé. Si logro hablar con la persona con la que tengo que hablar en estos días, volveré pronto. Si no, hasta que no logre hacerlo, no podré volver.

—Ten mucho cuidado, porque tengo una sensación muy fea, como si algo estuviera sucediendo o estuviera a punto de suceder.

—Lo tendré, pierde cuidado.

Le dejé un beso en la mejilla, y me subí al ascensor, pues Natalie ya me había avisado de que estaba en la calle, esperándome.

—Menos mal que no has tardado, ya sabes que me desespera estar de brazos cruzados.

—Chica, me dijiste a las cinco, y son menos cuarto.

—Ya, pero es que he terminado antes y quiero partir hacia allí antes de que se haga de noche.

—¿Vamos a ir en coche?

—Sí, de ese modo no dejaremos ni rastro.

—¿Has encontrado casa cerca?

—Y tan cerca, justo la de al lado.

Me contó que, al parecer, ese era un complejo turístico, en el que se alquilaban las casas enteras, con su piscina y demás, por lo que no tendríamos que dar datos a nadie.

—¿La has alquilado a tu nombre?

—No, porque, si se ponen a rascar un poco, podrían conectarte conmigo.

—¿Entonces?

—Lo he hecho a nombre del despacho. He hablado con mi jefe, le he expuesto el caso y me ha dado carta libre para que haga todo lo que considere necesario.

—Pues vamos allá, y terminemos con ellos.

—Joder, amiga, eso ha sonado como si fuéramos de la mafia siciliana.

—Ganas no me faltan, te lo prometo.

Fueron unas cuatro horas en coche las que tardamos en llegar hasta la casa que Natalie había alquilado.

Sería muy complicado ver cuándo se marchaban, porque los setos que dividían una propiedad de otra eran demasiado altos y espesos, pero ya encontraríamos la forma de hacerlo.

Escuché a Romeo en el jardín, decir que necesitaba su teléfono para llamar a su madre, o se preocuparía al no dar señales de vida.

—Como se te ocurra enviarle un mensaje a mi hija, dile adiós a tu carrera.

—Ya te he dicho que no pienso llamarla a ella. Si quieres, te quedas aquí, a mi lado y escuchas todo.

—Está bien, te daré tu teléfono, pero no te vayas a pensar que soy tonto, porque sé rastrear perfectamente todo lo que se haya borrado.

Me salió una risa, que tuve que acallar con mi mano. ¿Mi padre puede rastrear un móvil? Venga ya, como no hubiera contratado a alguien para hacerlo, porque él no sabía ni subir una foto al Instagram.

Escuché cómo se marchaba, y cómo Romeo hablaba con la madre, y supe que era el momento correcto para decirle que estábamos aquí, en la casa de al lado.

Renatta: *En cuanto leas este mensaje, bórralo, y no te preocupes por mi padre, que no sabe casi ni poner el pin del móvil. Estamos en la casa que hay justo a la izquierda de la que estáis. Necesitamos que te busques la forma para poder venir.*

Capítulo 29



Romeo

Tenía la necesidad de hablar con mi madre, y por eso le pedí que me devolvieran mi teléfono.

Sabía que podría denunciarlos, que lo que estaban haciendo era ilegal, pero no quería rizar más el rizo. Prefería esperar a que Renatta me dijera que había hablado con su amiga.

Al final, conseguí que me lo dieran, y que me dejaran a solas para hablar con mi madre. Justo cuando lo estaba haciendo, me llegó una notificación de un mensaje.

—Mamá, tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto pueda.

—Hijo, ten mucho cuidado, por favor.

—No te preocupes que lo tengo. Te quiero.

—Un beso, hijo, yo también te quiero.

Corté la llamada y me encontré con un mensaje de Renatta. Por suerte, no me habían borrado su número de la agenda, ni me lo habían bloqueado, que hubiera sido lo más lógico.

Renatta: *En cuanto leas este mensaje, bórralo, y no te preocupes por mi padre, que no sabe casi ni poner el pin del móvil. Estamos en la casa que hay justo a la izquierda de la que estáis. Necesitamos que busques la forma para poder venir.*

Ni siquiera le contesté, borré el mensaje inmediatamente después de leerlo, pero una sonrisa se pintó en mi cara.

No me había dado cuenta de que ya tenía compañía, pero por suerte no se percataron de que había borrado ni leído nada.

—Veo que te ha sentado bien hablar con tu madre.

—Siempre sienta bien hablar con una madre.

—Uy, habla por ti, que yo a la mía hace como diez años que ni hablo ni la veo, y estoy de lo más a gusto —dijo Amanda.

No quise entrar al trapo de decirle lo que pensaba de ella, por lo que cambié de tema radicalmente, entre otras cosas porque me interesaba.

—¿Dónde está Bianchi?

—Recuperándose del rapidito que hemos echado mientras su mujer estaba en la ducha.

—¿No te da asco ser de esa manera?

—¿De qué manera? ¿Liberal? ¿Sabiendo disfrutar del sexo?

—Sin respetar a nada ni a nadie. Una trepa que haría lo que fuera por llegar a lo más alto.

—Ya estoy en lo más alto, no te equivoques.

—Eso no es verdad. Si lo estuvieras, no tendrías la necesidad de hacer estas cosas.

—¡Qué sabrás tú lo que se tiene que hacer o no!

—Bueno, que me da igual lo que hagas o dejes de hacer. Eso sí, por tu propio bien, ve a mirártelo, porque tienes un serio problema con el sexo.

—Sí, exactamente el mismo que tú tienes con las drogas.

—Sabes que eso no es cierto. El único momento en el que he consumido drogas fue en esa fiesta.

—Es tu palabra contra la mía. Con ese vídeo puedo, incluso, argumentar que tú me obligaste a consumir, y que lo que hice esa noche fue a causa del efecto de las drogas.

—Jamás me imaginé que podías ser una persona tan mala, Amanda.

—Di lo que quieras, pero tú sigues aquí, conmigo, y no con la mosquita muerta esa.

—¿A eso se reduce todo? ¿A que no pueda estar con ella?

—A mí nadie me humilla públicamente como tú lo hiciste en la fiesta del club sin que tenga sus consecuencias.

No quise seguir allí, tenía que encontrar la manera de salir de aquella casa, y tenía la excusa perfecta para hacerlo, sin que Bianchi se diera cuenta de nada.

Además, esa escapada me serviría para poder besar a Renatta y demostrarle que nada de lo que había visto era cierto, que Amanda no significaba nada para mí, y que ella era la única mujer que me interesaba.

Busqué a Bianchi por toda la casa que, por otro lado, tampoco era tan grande como podéis imaginar.

Lo encontré en la cocina, bebiendo un vaso de agua fría, y con la cara como descompuesta.

—¿Te encuentras bien?

—Por supuesto que sí. ¿Qué te ocurre ahora?

—Verás, no puedo pasar más días aquí encerrado sin practicar mi hora de carrera diaria. Tengo que salir a correr, me da igual si es a primera o a última hora del día.

—Lo veo lógico. Pero será mejor a última hora, para poder controlar el tiempo que estés fuera.

—No vaya a fugarme…

—Lo que no tienes que hacer es ninguna tontería, Acosta, ya sabes lo que está en juego.

Eran casi las once de la noche y agradecí que hubiera dicho que saliera a correr a última hora.

En realidad, mi carrera no era de más de veinte minutos o media hora, pero así aprovecharía para poder estar media hora con Renatta.

Entré a mi habitación, me puse un pantalón corto de algodón, una camiseta sin mangas, como las que usaba para correr, y mis zapatillas deportivas.

—Vuelvo en una hora.

—Eso espero.

Salí de aquella casa y tomé el rumbo contrario al que tenía que seguir, pues sabía que me estarían vigilando desde la puerta, como así fue.

En cuanto me perdieron de vista, cogí la primera esquina disponible, y di la vuelta por la calle de detrás, pues me había fijado en que en todas las casas había una puerta trasera.

No me llevé el móvil, lo dejé "olvidado" encima de la mesa de la cocina, con una doble intención.

La primera, porque así les demostraría que no tenía nada que ocultar, y que por eso lo dejaba a la vista de todos.

La segunda, para que no pudieran activar el localizador y ver que estaba justo en la casa de al lado.

Llegué a la parte trasera, y llamé con energía a la puerta, escuchando como alguien decía quién coño podría llamar a esa puerta de la que ni ellas mismas conocían su existencia.

—Joder, chico, vaya susto que nos has dado.

—Dejadme pasar, rápido, que no quiero que me vea nadie.

Nada más entrar, lo primero que hice fue fundirme en un beso con Renatta, uno que me supo a poco, la verdad.

—No te puedes imaginar lo que necesitaba esto.

—¿Cómo te encuentras?

—Más agobiado que un cangrejo en un cubo, pero intentando sobrevivir.

—No tenemos mucho tiempo, por lo que presupongo.

—Pues no, porque de la hora que tenía ya he consumido más de la mitad, pero, si todo sigue así, podré venir un ratito a última hora de cada día.

—Entonces, iré al grano. Tu situación es un tanto complicada, porque ellos pueden decir ante un juzgado que todo es mentira, que ese chantaje o esa extorsión, no existe.

—¿Qué podemos hacer?

—Tienes que conseguir que lo vuelva a decir, pero grabar la conversación sin que se dé cuenta —me dijo Renatta.

—Eso es harto complicado, pero lo conseguiré. Mañana mismo salimos para Nápoles, pues la próxima campaña será en Pompeya.

—Perfecto. Una vez que estéis allí, tendrás que buscar la oportunidad de hacerlo. Lo ideal sería que pudieras grabar a todos en la misma conversación, pero, de no ser así, con que grabes a Bianchi, nos valdrá.

—Romeo, tienes que conseguir que lo vuelva a hacer. Si quieres, dile que yo te he llamado y que te he dicho de vernos, para hablar, y que yo estoy dispuesta a ir hasta allí —me dijo Renatta.

—Joder, no te quiero cerca de ellos, no te puedes imaginar lo malos que son, la maldad que albergan.

—Lo he comprobado en mis propias carnes, ya sabes que son mis padres.

—Joder, ¿por qué no te habré hecho caso cuando me lo dijiste?

—Porque eres un puto niñato orgulloso que se cree con la verdad absoluta —me contestó Natalie.

—Gracias por describirme de esa manera.

—¿Me he equivocado?

—Pues, para mi desgracia más absoluta, ni un pequeño ápice.

—Entonces, más vale que le pongas remedio.

—No dudéis de que lo haré. Ahora, tengo que marcharme antes de que sospechen de que estoy aquí.

Fui a dejarle un beso a mi chica, porque seguía siéndolo, a pesar de todo lo que nos rodeaba.

Volví a coger por el mismo camino y, cuando estaba cerca, noté como se abría la puerta de nuevo, pero esta vez no era Bianchi, era su mujer, que me esperaba con los brazos en la cintura.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido?

—He salido a correr, Bianchi lo sabía.

—Pues está ahí dentro, metiéndonos prisa a todos, porque tenemos que marcharnos.

—¿No nos íbamos mañana?

—Eso pensaba yo también, pero va a ser que no, que nos vamos de manera inmediata.

Entré en la casa y allí estaba él, junto a Amanda, con la maleta en la puerta.

—Date una ducha rápida, arréglate de manera elegante, que nos marchamos. Tenemos una fiesta en Nápoles esta misma noche.

—¿Una fiesta? De eso no habíamos hablado nada.

—No te tengo que dar explicaciones. Hemos firmado tu presencia y tienes que estar allí. Me equivoqué de día, y pensé que la fiesta era mañana.

—Está bien, dame media hora.

—Tienes quince minutos. Encima de la cama te he dejado lo que debes ponerte, el resto de ropa está ya guardada en la maleta.

Entré a mi habitación a ducharme, y me vestí con lo que me había indicado, que no era otra cosa que un traje de las muchas firmas con las que trabajábamos.

Me eché mi perfume y metí todo en mi neceser, ese que llevaba junto con mi maleta.

Iríamos en una avioneta privada que nos habían puesto los promotores de la fiesta. Pensé que ese era el momento idóneo para intentar sacarle una confesión, por lo que, en cuanto despegamos, me puse en plan investigador.

—¿Qué pasaría si yo dijera que no voy a esa fiesta?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Por supuesto que sí, porque no creo que eso me deje dinero.

—Claro que dejará dinero, pero no a ti, sino a mí. Cuando llegues, verás el tipo de fiesta a la que vas a acudir.

—No has contestado a mi pregunta.

—No hay que ser muy inteligente, Romeo. Si te niegas a algo de lo que cualquiera de los tres te digamos, ese vídeo en el que sales consumiendo drogas se verá en todas las televisiones —dijo Rigoberta.

—¿Tengo que recordarte que la sartén la tengo yo por el mango? —preguntó Bianchi.

—Esto es un chantaje, una extorsión, te pongas como te pongas.

—Llámalo como quieras. Si quieres, también puedes romper nuestro contrato, y yo me quedaré con todo por lo que tu padre y tú habéis luchado tanto.

Lo tenía, ya sí que no podía decir que no me había dicho nada de eso, pero quise rizar el rizo un poquito más.

—No sé quién ha grabado ese vídeo, pero está claro que lo hizo con todas las intenciones.

—Lo grabé yo, querido. No todas las rubias con buen cuerpo somos tontas —afirmó Amanda.

En cuanto bajamos de la avioneta nos montamos en un coche que nos llevaría hasta la fiesta, que era en una mansión de la ciudad.

—Voy al baño, enseguida vuelvo.

—Te quiero aquí en dos minutos, ni uno más.

Seguí las indicaciones que me dio un camarero para localizar el baño y, una vez que estuve dentro, les envié el audio a Renatta y a Natalie, por si a una no le llegaba, que lo hiciera a la otra, y borré los mensajes.

Al salir al salón, algo no me cuadraba, pues no era una fiesta como otras a las que había asistido. Ahí me estaban mirando como si yo fuera un trozo de carne y ellos leones hambrientos.

—Ahora van a hacer una subasta de los solteros, y participaréis los dos.

—¿Perdona? ¿A qué te refieres con eso?

—Es muy sencillo, ahora iréis subiendo por parejas, y los asistentes pujarán por vosotros, bien en pareja o bien por separado, y tendréis que pasar la noche con el que pague más dinero.

Os prometo que se me bajó hasta la tensión. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar este hombre por dinero?

Capítulo 30



Romeo

—Los solteros que vayan a entrar en la subasta, que vayan subiendo, por favor —dijo un señor desde el micro que había en una especie de tarima en el centro de la sala.

—Ya podéis ir los dos y poned buena cara. Si os portáis bien y ganamos bastante dinero, lo repartiré con vosotros.

—Sabes que yo siempre me porto bien, pero te voy a pedir una cosa, no pujes como la última vez, que me apetece probar otras cosas y a mí me puedes tener gratis cualquier otro día —le contestó Amanda, guiñándole un ojo.

—Eso mismo le he dicho yo, que, si vamos a pujar, que sea por alguien a quien no hayamos probado ninguno de los dos —admitió Rigoberta.

—¿Todos los que se van a subastar lo hacen obligados?

—No todos, Amanda participa muy gustosamente.

—Ni que lo digas, Bianchi, que las mejores noches de sexo las he pasado en fiestas como estas.

—Esa es la actitud, preciosa. A mí me haces ganar dinero y, encima, te lo pasas de lujo.

Nos subieron como si fuéramos una prenda de lujo a la que varios le habían echado el ojo.

Me daba igual, pero no me pensaba acostar con nadie que no fuera Renatta. Ya me pudieran amenazar con lo que quisieran, que por ahí sí que no iba a pasar.

Empezaron las pujas y las cantidades que se barajaban eran realmente indecentes. Y llegó nuestro turno.

La puja de salida era de cien mil euros, pero, desde el fondo, se escuchó una voz que reconocería hasta debajo del agua.

—¡Un millón de euros!

—Vaya, esta pareja sí que está bien considerada. Porque, por ese dinero, supongo que los querrás a los dos, ¿no?

—Para nada, lo quiero solo a él, a ella, se la regalo a quien la quiera.

—Pues, te aseguro que no le van a faltar candidatos.

—Mejor para ellos.

Sí, era Renatta la que había pujado por mí, y todavía no entendía cómo había entrado en esa fiesta, pero no iba a tardar mucho en averiguarlo.

Vino hasta la tarima con la cabeza alta y pisando fuerte, entregando un cheque por esa cantidad al hombre que llevaba la subasta.

Me cogió de la mano y se empinó para besarme. No me lo pensé, la cogí por la cintura y la pegué a mí, profundizando muchísimo ese beso, para que todo el mundo, incluyendo ella, se enterara de lo que sentía por ella.

—Esto promete, señores. Venga, vamos con la siguiente pareja. Para esta chica, la primera persona que llegue será la que se la lleve.

Nos estaban tratando como mercancías, como si fuera la tómbola y alguien no quisiera el regalo que le había tocado.

—Vamos, tenemos que darnos prisa.

—¿Qué ocurre, Renatta? ¿Cómo has podido entrar?

—Ahora te lo cuento todo, pero tenemos que salir de aquí antes de que entre la policía. Si asocian tu nombre a esto, te verás envuelto en un gran escándalo.

—Dios, has perdido un millón de euros, que, aunque no los cobren, asociará tu nombre a todo esto.

—No saldrá nada. Ese es un cheque falso que me ha ofrecido la policía. Ese fue el requisito que puse para mostrarles todo y ayudarles a desmantelar toda esta organización.

Uno de los porteros de la mansión, que según me enteré después, era policía, nos abrió la puerta, facilitándonos nuestra huida.

Fuera, en un coche alquilado, nos estaban esperando Natalie y Buonareti, con el motor en marcha y dispuestos a salir pitando en cuanto pusiéramos nuestros traseros en el asiento.

—Chica, por poco no sales la última.

—No me podía venir sin que me aceptaran la puja y para ello, tenía que esperar a que Romeo y Amanda subieran a la tarima.

—Venga, cerrad ya o nos cogerá la entrada de la policía todavía aquí, y a ver cómo explicamos la presencia de estos dos.

Salimos de la mansión por otro camino diferente del que habíamos utilizado para entrar.

Antes de irme, me fijé en la cara de Bianchi y de su mujer, que era de completo asombro. No fue así con Amanda, que se puso a gritar encima de la tarima que ella no era ninguna prostituta para que se la sortearan entre los que estaban allí, reclamando su premio.

—Ahora que ya estamos medio a salvo. ¿Me podéis explicar cómo coño sabíais dónde estaba y lo que tenían planeado?

—Muy sencillo, cuando nos enviaste el audio, y al ver que habíais salido de la casa corriendo, supe que algo ocurría —empezó a explicarme Natalie.

—Sí, pero eso no explica cómo demonios me habéis encontrado, que, por otro lado, no lo digo a modo de reprimenda ni mucho menos, sino de un completo agradecimiento.

Natalie me explicó que, después de todo eso, contactó con un amigo informático que era de dudosa reputación, por decirlo de alguna manera.

El chico rastreó la señal, hasta que consiguió que todo lo que se hablaba en esos momentos sobre la fiesta, pudiera ser escuchado por ellos y por la policía, a la que habían avisado para comunicarle el tema de extorsión.

El dispositivo se armó en pocos minutos, poniendo a los cuerpos del estado de las dos ciudades de acuerdo para actuar conjuntamente.

—Ahora mismo, deben estar deteniendo a todos los que están en esa casa.

—Sí, además de todos los que no están, pero que también sacaban tajada de todo este asunto.

—No solo estáis metidos vosotros, hay muchas personas que están sintiendo lo mismo que tú, y de todas las clases sociales.

—¿Perdona? ¿Me quieres decir que tu padre y tu madre extorsionan a más gente?

—Y Amanda, que ella también está metida en el ajo, y es la que graba los videos, de todo tipo.

—Amigo, hay desde hijos de jueces hasta familiares de políticos importantes, pasando por modelos y deportistas —me contó Buonareti.

—Joder, no me lo esperaba, la verdad. Tan solo he preguntado si todo el mundo que estaba ahí, en la misma situación que yo, lo hacía obligado.

—Pues, todo el mundo, no sé, pero el noventa por ciento de las personas, te puedo asegurar que sí.

—Esperemos que todo salga bien para ellos.

—Nosotros también lo esperamos. Por cierto, ¿tienes la llave de tu habitación del hotel?

—Sí, ¿por qué?

—Para recoger tus cosas…

—Eso es lo que menos me preocupa ahora, todo lo importante lo llevo encima. Allí tan solo hay ropa y nada más.

—Ya, pero nos hará falta. Hazme caso a mí.

—Está bien, estoy en el hotel que hay en la galería comercial.

—Pues vamos, Natalie y yo os esperamos en el coche mientras que tú recoges tus cosas, pero no vayáis a tardar mucho.

—No tengo que recoger nada, tan solo coger la maleta. No me ha dado tiempo a deshacerla, puesto que nos llevaron directamente a la fiesta.

—Perfecto, cuanto antes salgamos de aquí, antes podremos volver a casa, que tenemos mucho que tratar.

—Ni que lo digas, pero, lo primero que pienso hacer, es demostrarte que todo lo que salía en esas imágenes que te llegaron era mentira.

—Eso espero, porque ya sabes que no me gustan las mentiras.

Le dejé un beso en los labios y me bajé del coche. Paré en la recepción, por si acaso las maletas todavía estaban ahí, y menos mal que lo hice, porque, en cuanto me dieron la mía, entró la policía pidiendo todo el equipaje de Bianchi y sus acompañantes.

—Justo a tiempo. ¿Ves por qué lo íbamos a necesitar?

—De verdad que no sé qué hubiera hecho sin vosotros, me hubiera muerto de asco, eso seguro.

—Vamos a dejarnos de sentimentalismos, que la avioneta del club nos está esperando en el aeropuerto, y ya sabes que a Braganza no le gusta perder el tiempo.

—Natalie, supongo que ahora no tendré ningún problema en romper mi contrato con Bianchi y, por consiguiente, con todo lo que él firmó en mi representación, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, pero tan solo en parte. Verás, las campañas que tuvieras que hacer con Amanda, esas sí que las podrás romper, alegando que podría manchar tu imagen pública, pero las que tengas que hacer en solitario, esas tendrás que hacerles frente.

—Creo que de ese tipo no tengo ninguna, pero lo miraré. Me envió una copia de todo por correo electrónico, lo podemos revisar cuando lleguemos.

—No, chico, lo revisaremos mañana, porque no pretenderás que yo esté analizando contratos mientras que ustedes estáis dale que te pego. No se nombra la soga en casa del ahorcado, ¿no te lo han dicho nunca? —me dijo Natalie, y solté una carcajada.

Era la primera de verdad que me había salido desde que firmé con Bianchi, y esperaba que no fuera la última.

—Hija, estás hablando como si no tuvieras sexo desde tiempo inmemorial —contestó Renatta, que también se estaba riendo.

—¡Qué va, desde mucho antes de eso!

—Pues, aquí hay un hombre dispuesto a romper tu racha. ¿Qué me dices? —le dijo Buonareti, que no le había quitado la mirada de encima.

—Hijo mío, lo dices como si me hubieran echado un mal de ojo y tú tuvieras el remedio para cortarlo.

—Bueno, empecemos por una cena, una copa, y lo que surja.

—Ese plan me gusta más. ¿Qué te parece mañana?

—Sí por mí fuera, sería esta misma noche. Pero bueno, acepto que sea mañana.

—Mira la hora que es. Cuando lleguemos a Florencia, casi podríamos desayunar en vez de cenar.

—También me vale, siempre y cuando pasemos el día juntos.

—Bueno, cuando lleguemos a Florencia vemos lo que hacemos.

Paramos en un semáforo y mi compañero, sin perder más el tiempo, puso su mano en el cuello y la acercó hasta donde estaba él, besándola con una pasión que nos dejó perplejos a todos.

Íbamos a decir algo, cuando el teléfono de Renatta empezó a sonar, y lo sacó de su bolso, viendo que se trataba de Franco, mi entrenador.

—Dime que ha salido todo bien y que tienes a mi estrella sentado a tu lado.

—Lo estoy, míster, todo ha salido tal y como lo tenían planeado.

—Gracias al cielo, porque Santini y yo estábamos aquí que nos comían los nervios, te lo juro.

—Pues podéis quedaros tranquilos que, en unas horas, ya estaremos por ahí.

—Vale, ahora sí que me puedo ir a disfrutar de la noche con mi chico. Mañana hablamos.

Tal y como había llamado, cortó la llamada, dejándonos a todos con la palabra en la boca. Nos miramos los cuatro y estallamos en una carcajada.

Desde que esos dos habían salido del armario se pasaban el día juntos, bien en la casa de uno, bien en la de otro, aunque sí era cierto que estaban más en la de Franco, que tenía como más privacidad.

Llegamos al aeropuerto y allí estaba la avioneta del club. En realidad, era un avión, pero como era más pequeño, le decíamos la avioneta.

Ese lo utilizábamos cuando teníamos que hacer alguna promoción de un producto o evento del club y no iba el equipo entero.

Para los desplazamientos en los que teníamos que ir todos, como partidos y demás, lo hacíamos en el otro, que era mucho más grande y podíamos ir cómodamente.

No sé el tiempo que duró el trayecto, porque la tranquilidad de saberme a salvo, hizo que me quedara dormido sobre el regazo de Renatta, que me estaba haciendo caricias en el pelo.

Al bajarnos, nos esperaba un coche para llevarnos a casa, y vimos que la prensa ya estaba en la terminal.

—Tenemos que ponernos de acuerdo en la versión que vamos a dar a la prensa —dijo Buonareti.

—Yo no pienso decir nada —sentenció Natalie.

—Es irremediable que algo tengamos que decir, y es mejor que digamos todos lo mismo —le dije yo.

—Bien, pues venimos de pasar el fin de semana en Roma. Las fotos que se filtraron a la prensa son un montaje de la inteligencia artificial —dijo Renatta, y todos estuvimos de acuerdo.

Capítulo 31



Renatta

La puerta del edificio en el que vivíamos era una feria. No podía haber más gente de la prensa, deseando de que le dijéramos algo.

—¿Preparada?

—Nací preparada, chaval.

—Pues vamos allá. En principio, serás tú la que contestes, a no ser que me pregunten a mí directamente.

—Me parece bien, yo sabré darle algunos términos más técnicos.

Bajamos del coche y cogimos nuestras maletas, esas que el chófer bajó del maletero y nos entregó a nuestro lado.

—Señor Acosta, ¿qué puede decir de lo que ha sucedido con su agente?

—No tengo muchos datos, pues acabamos de llegar de pasar el fin de semana en Roma, pero lo que quiero que quede claro es que, desde el momento en el que ha sido detenido, mi contrato con él ha expirado.

—¿Fichará con usted, señorita Bianchi?

—Eso espero, porque, aparte de ser su pareja, quiero ser también parte de su vida laboral, de su futuro como deportista.

—Si son pareja… ¿Qué tiene que decir de las fotos que se han filtrado a la prensa?

—Eso es un montaje de inteligencia artificial realizado por su anterior agente, con el fin de firmar más contratos aprovechando la polémica.

—¿Eso significa que nunca ha sido la pareja de la señorita Well, como afirmó su agente?

—Nunca he tenido nada con ella, y os lo pueden confirmar mis compañeros.

Las preguntas continuaron durante un buen rato, y contestamos a todas y cada una de ellas, hasta que decidimos que ya era suficiente.

—Chicos, me parece que ya os hemos contestado a todo. Ahora, si nos perdonáis, tenemos unas ganas horribles de llegar a casa y darnos una ducha. El fin de semana ha sido un tanto intenso.

—Gracias por todo, y espero que, con esto, nos dejéis en paz, por favor, que no hay nada más desagradable que bajar a comprar el pan y teneros en la puerta.

Nos despedimos de la prensa y entramos en el portal, ese que Rodolfo ya tenía abierto, esperando a que entráramos.

—Bienvenidos, señores.

—Buenas noches, Rodolfo. ¿Cómo está todavía aquí con la hora que es?

—Porque no pensaba dejaros a merced de esa jauría. No sabía si se iban a parar con ellos o no, por lo que decidí quedarme para abrir la puerta de manera inmediata.

—No se puede ser más bonito que usted, Rodolfo, y le prometo que le daré una buena gratificación. Ahora, márchese a descansar.

—No puedo, señorita, mi turno empieza en veinte minutos. Ya descansaré después, que tengo poco que hacer. Lo que había pendiente, lo he hecho mientras que no llegaban.

—Rodolfo, márchese a casa, yo respondo por usted. Además, en el edificio nada más que estamos nosotros y la señora Archi, que no va a salir de su casa.

—Con todos mis respetos, señor, la señora Archi se marchó ayer con su hija. Al parecer, ya no está en condiciones de vivir sola y la trasladan a una residencia.

—Entonces, más a mi favor. Te vas a casa y te tomas el resto de la semana libre.

—Estamos a martes, señor. ¿Cómo me voy a tomar el resto de la semana libre?

—Porque se lo decimos nosotros, como únicos propietarios que permanecen aquí en la finca.

—Vale, pero solo si me prometen que, en el caso de que me necesiten para algo, me llamarán inmediatamente.

—Está bien, se lo prometemos. Ahora, recoja todo y a descansar. Cierre la puerta de la entrada, si viene alguien, que nos llame por teléfono y ya bajaremos a abrirles.

Subimos y, en el ascensor, ya no pudimos aguantarnos más. Nos fundimos en un beso que nos fue encendiendo poco a poco. Aunque, también os digo que tampoco es que necesitáramos nosotros mucho para que eso sucediera.

—Sé que tendría que ir a ver a mi madre, explicarle todo, pero ahora mismo en lo único que pienso es en estar enterrado dentro de ti, hasta el fondo.

—No me puedes decir esas cosas cuando todavía estamos en el ascensor.

—No hay nadie, ni siquiera Rodolfo, que ya se ha marchado…

—¿Qué vas a hacer?

No me dio tiempo a terminar de hacer la pregunta, cuando ya había pulsado el botón de parada del ascensor.

Me cogió por las nalgas, pegándome a la pared del fondo, levantó mi vestido y, una vez que su miembro estuvo fuera de su pantalón, lo llevó hasta mi sexo.

Empezó a acariciarme el clítoris con él, haciendo que tuviera mi primer orgasmo.

No me dio tiempo a recuperarme de los últimos coletazos de placer, cuando me penetró de una manera certera.

Estuvo así durante un buen rato, haciendo que llegara a mi segundo punto álgido de placer. Una vez que hube llegado y que los últimos espasmos ya se habían disipado, me bajó al suelo, y me puso de cara al espejo, levantando mis caderas y penetrándome de nuevo.

—Quiero que nos veas a los dos, que seas consciente de lo que provocas en mí.

—No pares, Romeo, por favor.

—No pienso hacerlo.

Las embestidas fueron más profundas, más fuertes, hasta que, después de unos minutos, llegamos al clímax, en esta ocasión, los dos a la vez.

No me había dado cuenta de que el ascensor se había puesto de nuevo en marcha hasta que vi el número en la puerta.

—Joder, Romeo, tu madre podría haber salido y encontrarnos en esta tesitura.

—Pues mejor, así no le tenemos que explicar cómo se hacen los niños.

—Claro, porque tú estás aquí por obra del Espíritu Santo. Anda, vamos a entrar ya en mi casa.

Cogimos las maletas y entramos lo más rápido posible, por lo menos yo, que no me apetecía que me viera su madre en esta tesitura.

Lo primero que hice fue meterme en la ducha, pues el fruto de su placer resbalaba por mis piernas.

No me dio tiempo nada más que a quitarme la ropa, cuando ya lo tenía completamente desnudo y pegado a mí.

—¿Me dejas que te frote la espalda?

—Siempre que sea de manera delicada, por supuesto.

—No podría ser de otra manera, mi amor.

Entramos en la ducha y no solo me frotó la espalda. Echó el champú en sus manos, y empezó a masajearme la cabeza mientras que lavaba mi pelo.

Luego, hizo lo mismo con el gel de baño, y recorrió con sus manos todo mi cuerpo, pero prestando especial atención a mis pechos y a mi sexo.

Pellizco mi clítoris hasta que me corrí de nuevo y, a continuación, levantó una de mis piernas, poniéndola a la altura de su cadera, y me penetró.

—¿Te has dado cuenta de que no estamos usando protección?

—Lo sé, pero no me importa. Desde que he estado contigo no he vuelto a acostarme con nadie, y estoy sano, al igual que tú.

—Ya, pero sabes que eso no previene los embarazos no deseados, ¿verdad?

—Pero es que, si te quedas embarazada, sí que será deseado. Ahora, calla la boca y déjame seguir disfrutando de tu cuerpo.

Me besó de la manera en la que tan solo él sabía hacerlo, poniéndome la piel de gallina y haciéndome sentir de lo más deseada.

Después de nuestro encuentro sexual, terminamos de ducharnos, con una sonrisa cómplice en los labios, y muchos más besos.

Nos vestimos de manera cómoda y fuimos a ver a su madre. Mientras que yo me secaba el pelo, Romeo bajó a comprar unos pasteles para desayunar de la pastelería de la esquina, esa que tenía esos pasteles que nos gustaban tanto a Bianca y a mí.

—¿Ya has terminado de arreglarte?

—Hijo, que no me he arreglado, tan solo me estaba secando el pelo.

—No entiendo para qué, cuando el pelo se seca bien con el aire.

—Claro y aparezco como la que ha metido los dedos en un enchufe.

Me dio un tortazo en el trasero cuando pasé por su lado, poniéndome de nuevo más caliente que el palo de un churrero.

—A ver si eres capaz de hacer eso luego, en la intimidad.

—No me digas esas cosas, que le pongo los pasteles a mi madre en la puerta y me encierro contigo aquí hasta el mes que viene.

Solté una carcajada al ver su cara, cuando le dije eso, y salí corriendo, llamando al timbre de Bianca, seguida de sus carcajadas mientras que venía tras de mí.

—¿Se puede saber qué escándalo es este?

—Tu nuera, que está un poquito revoltosa hoy.

—Yo no veo ningún anillo en mi dedo para que le digas que soy su nuera.

—Todo se andará, preciosa.

Bianca nos miraba con un cariño y un amor que no se podía explicar. A veces pensaba cómo hubiera sido mi vida si hubiera tenido el cariño de una madre, pero, ahora, sabía que no iba a ser mejor que ahora.

Entramos y le dijimos que nos preparara café. Ella no lo hacía en una cafetera de esas de cápsulas, sino que lo hacía a la antigua usanza, que era el bueno.

Capítulo 32



Renatta

Le contamos a Bianca todo lo que había sucedido, desde el principio y sin ocultarle nada.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué me habéis ocultado estas cosas?

—Mamá, no quería preocuparte más de la cuenta. Tenía claro que te lo iba a contar, pero cuando fuera el momento adecuado.

—Ya, pero yo soy tu madre, y te podía haber ayudado.

—No podías, mamá, por mucho que quisieras no era posible.

—Bueno, ¿cómo lo has solucionado?

—Con la inestimable ayuda de mi chica y de su amiga, aunque también mi entrenador y su chico, así como mi compañero Buonareti.

—Esos son del tipo de personas de las que te tienes que rodear.

—Sí, estamos esperando a que venga Natalie para ver los contratos que firmé con Bianchi, para ver de los que puedo prescindir.

—Ese hombre te iba a matar trabajando, Romeo. Tu padre siempre decía que el dinero no lo era todo.

—Y tenía toda la razón del mundo. De eso me he dado cuenta en estos días, en los que he entendido que la prioridad la tenía que tener la familia y los momentos que se viven con ella.

Estuvimos un buen rato más allí, charlando con ella, hasta que mi teléfono sonó. Era Natalie.

—Chica, llevamos aquí abajo más de diez minutos y Rodolfo no aparece por ninguna parte.

—Ni va a aparecer, porque le hemos dado la semana libre. Total, no hay nadie más en esta casa que nosotros…

—¿Y cómo pretendías que pudiera entrar? Hasta ahora, ni vuelo ni escalo paredes.

—Pues llamándome y bajando a abrirte la puerta. Por cierto, ¿hay mucha prensa todavía?

—Qué va, no queda nadie, están todos en el juzgado esperando a que entraran tus padres y Amanda.

—Entonces, ahora bajo y os abro.

—¿Qué tiene que ver eso con la prensa?

—Chica, porque estoy con una camisola y no quiero que me saquen en la foto de esta guisa.

—Anda, deja, que ya bajo yo —me dijo Romeo.

Me despedí de Bianca, pues teníamos mucho que comprobar y no queríamos aburrirla. Además, ella había quedado con una amiga para ir a natación, que era el deporte que le gustaba y que practicaba desde siempre.

Me esperé en la puerta hasta que subieron todos, y entramos a mi casa, sentándonos en el salón.

Romeo entró a su casa para recoger su portátil, que lo había dejado allí, y volvió hasta donde estábamos nosotros.

—Tengo una sentencia del juez, por lo que, creo que te gustará lo que te voy a decir.

—Pues dímelo ya, a ver si me terminas de alegrar el día.

—No tienes que mirar ningún contrato, porque el juez ha anulado todo lo que se ha firmado bajo su supervisión, alegando fraude por interés, por consiguiente, tu representación ya no es suya.

—Mi padre lo ha hecho desde ahí arriba, él me ha guiado para que todo saliera bien.

—Chico, querrás decir que nos ha guiado a nosotros, que somos los que te hemos sacado de todo este embrollo.

—También es verdad.

Todos empezamos a reírnos por la manera en la que Natalie lo había dicho, como si Romeo se hubiera equivocado de forma intencionada.

—Bueno, entonces, creo que tengo que empezar a redactar un contrato en el que tu nueva representante sea Renatta, ¿no crees?

—Claro que creo, entre otras cosas porque no pienso ponerme más en manos de nadie que no conozca y que no sepa que va a mirar por mí y por mi futuro.

—Pues venga, que lo redacte ya, que mañana tenemos una reunión con una firma de ropa que os quiere a los dos, pero me gustaría que estuvierais presentes.

—Eso, y vamos a celebrar que, en cuanto ha llegado al despacho la sentencia del juez con el caso Acosta, mi jefe me ha propuesto un ascenso —dijo Natalie.

—Eso sí que es una buena noticia, amiga.

—Ni que lo digas, soy la socia más joven de todo el despacho y, como se ha corrido la voz por los juzgados, me han encargado a mí que me haga responsable de todos los casos de deportistas que lleguen al bufete.

—Cariño, eso es perfecto, porque yo tengo algo que me gustaría contarte para que me lo lleves tú.

—¿Cariño? ¿Qué nos hemos perdido?

—Uy, al final, el desayuno nos lo tomamos en la cama y, nos hemos entendido tan bien, que hemos decidido que vamos a ver hasta dónde nos lleva esto. Ahora, larga por esa boquita.

Buonareti nos contó, en especial a ella, que había recibido un mensaje de una chica diciendo que estaba embarazada, que él era el padre y que, si no se hacía cargo del bebé, ella lo daba en adopción.

—¿Qué posibilidades hay de que ese niño sea tuyo?

—Pues no te puedo decir, chica. Si lo que preguntas es si me he acostado con ella, pues sí, hará como unos cinco meses, después de una fiesta.

Automáticamente, giré la cabeza y miré a Romeo. No estábamos juntos en esa época, pero tampoco me había contado nada de que se hubiera acostado con alguien, como solía hacerlo.

—A mí no me mires, que yo a esa fiesta no fui. Me vine a casa porque coincidía con el cumpleaños de mi madre y fue mi padre a recogerme después del partido.

—Es verdad, que fuimos a cenar y tomar una copa con ellos.

—Exacto. Además, si me hubiera acostado con alguien, todavía no estábamos juntos, no me seas celosa.

—Lo sé, y lo único que te podría reclamar es que no me lo hubieras contado.

—¿Le contabas cuando te acostabas con alguien? ¿Pero no estabais enamorados?

—Sí que lo estábamos, pero todavía no lo sabíamos.

—Sois la leche, de verdad que sí.

Al final, permanecimos durante todo el día juntos, y Buonareti nos invitó a que fuéramos a su casa y cenáramos allí, todos juntos, y aceptamos la invitación.

No aceptamos nosotros solos, puesto que, al avisar al entrenador y a Santini, ellos también se apuntaron de inmediato.

La casa de su compañero, al igual que la del míster, tenía un precioso jardín con piscina, por eso nos instó a que nos lleváramos el bañador y ropa para pasar allí la noche, y así saldríamos directamente para la reunión.

En cuanto llegamos, y como hacía un calor de muerte, lo primero que hicimos fue meternos en la piscina, todos, de cabeza, haciéndonos bromas y juegos.

En un momento de calma, escuché mi teléfono sonar, y salí para contestar a la llamada. Era un número que no conocía, y pensé que sería alguien de la prensa, pero, aun así, contesté.

Si era algún periodista, con decirle que no iba a dar declaraciones, tendría suficiente, pero también podría ser algo importante de alguno de mis representados.

—Buenas tardes, me gustaría hablar con la señorita Renatta Bianchi, por favor.

—Buenas tardes, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle?

—Señorita Bianchi, le llamamos de la penitenciaría del estado, es en relación con su padre, el señor Mateo Bianchi.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora para seguir haciéndome daño?

—Señorita, su padre ha fallecido de un paro cardíaco, y nos gustaría saber si se va a hacer cargo del cuerpo.

Os prometo que mis piernas empezaron a temblar. Estaba claro que no había sido bueno para mí, que nunca se comportó conmigo como un padre, pero no podía dejar su cuerpo ahí, sin recibir sepultura.

—Señorita. ¿Continúa usted ahí?

—Sí, sí, disculpe, es que la noticia me ha cogido completamente por sorpresa.

—¿Avisamos a alguien más o se hará usted cargo?

—Yo me hago cargo. Deme una hora y estaré allí.

—Perfecto, vamos llamando a la funeraria mientras tanto.

Corté la llamada y, al volverme, estaban todos mis amigos ahí, rodeándome e interrogando con la mirada, para saber qué había sucedido.

—Mi padre ha muerto de un paro cardíaco, poco después de entrar en la cárcel.

—Venga, nosotros te acompañamos en los trámites.

—Chicos, de verdad que no os quiero poner en esa tesitura. Creo que no voy a tener ni la sala abierta para el velatorio. Voy a pagar su funeral, y listo.

—Lo sabía, el día anterior, cuando salió de acostarse con Amanda, estaba blanco y sudando, pero me dijo que no le pasaba nada.

—Al parecer, ha sido provocado por una sobredosis de viagra, según me acaban de mandar en el certificado de defunción.

—No era normal el ritmo que quería llevar con su edad, queriéndose poner a la altura de un joven de los que había en sus reuniones, por llamarlo de una manera suave.

Entré en la ducha y me puse la ropa que había llevado para la reunión del día siguiente. Mi madre continuaba en la cárcel y mi padre no tenía más familia, por lo que la decisión era mía, y ya la tenía tomada.

Hablé con la chica del tanatorio y le dije que no queríamos sala, ni tampoco nada extra. Dejé pagado el funeral y el entierro y salí de allí tan rápido como había entrado.

Capítulo 33



Romeo

Había pasado ya un año desde el momento en el que dimos el paso de estar juntos, y volvía a coincidir con el último partido de la liga, en el que nos jugábamos el primer puesto.

Puzinni había resultado ser un jugador de esos de los que se dejan la piel en el campo, y que hacía un tridente espectacular junto a Santini y a mí.

Renatta estaba en el palco, rodeada de sus amigas, que eran las parejas de dos de mis compañeros, además de mi madre, que este año también había venido.

Pero no lo hizo por mí, ni mucho menos. Lo hizo porque mi chica estaba embarazada, a punto de dar a luz, y decía que así la controlaba para que no se acelerara mucho.

—Venga, chicos, vamos a comernos el campo —nos animó el entrenador.

—El primer gol tiene que estar dedicado a mi niño, os lo aseguro u os tendréis que ver las caras conmigo —les dije a mis compañeros.

—Tú, más vale que en esta ocasión te comportes y no hagas como el año pasado, porque te prometo que te dejaré toda la temporada en el banquillo.

—No te preocupes, míster, que este año no te tengo celos.

—La madre que te parió, Acosta, con el trabajo que me costó que reaccionaras y lo haces de manera completamente contraria a lo que yo esperaba que hicieras.

—Vamos ya, que parecéis las anécdotas y los cuentos de la abuela Cebolleta, y el himno ya está sonando —dijo Santini.

Antes de saltar al campo, mi compañero le dejó un beso en los labios a su chico, como hacía siempre antes de jugar un partido.

Yo tenía claro lo que quería hacer y es que, en cuanto las mujeres bajaran a celebrar con nosotros el campeonato de liga, porque no dudaba en que lo conseguiríamos, le pediría que se casara conmigo.

El partido se puso un poquito cuesta arriba, pues nuestro rival, que no se jugaba nada, pero que había sido promocionado por el equipo que ganaría si perdíamos, se cerró atrás.

Se me ocurrió una idea, una que había hecho anteriormente con Santini, y que era lo que estaba esperando el rival, pero que no lo haría con él, sino con Puzinni.

—Chico, ven aquí un momento.

—Dime, Acosta. ¿Qué tengo que hacer?

—Chico listo, sí señor. ¿Has visto alguna vez la jugada que hacía con Santini?

—Me la sé de memoria, y la puedo hacer con los ojos cerrados.

—Está bien, pues la voy a hacer contigo. ¿Estás preparado?

—No, yo siempre hacía de ti, por lo que en esta ocasión lo haremos al revés.

—¿Estás seguro de no querer meter tú el gol de la victoria?

—Completamente. Además, así también se lo podrás dedicar a tu niño.

Volvimos al juego, y, tal y como habíamos acordado, en un despiste de los defensas del equipo contrario, Puzinni se coló, dejándome a mí sin vigilancia y dispuesto a recibir el balón, ese que entró por toda la escuadra, pitando el árbitro el final del partido.

En cuanto la prensa llegó hasta mí, y cuando mis compañeros se apartaron, lo primero que me preguntaron era a quién iba a dedicar el gol que nos daba La Liga.

—Dinos, Romeo, ¿a quién le dedicas ese gol?

—Pues se lo voy a dedicar a mis dos Thiago, el primero, mi padre, que está ahí arriba, alumbrando mi camino. Y el segundo, a mi pequeño, que vendrá al mundo en breve.

—Entonces, ¿confirmas que es un niño y que ese será su nombre?

—Hombre, no estaría bonito que se lo dedicara a ese niño si estuviera esperando una niña y no fuera ese su nombre. Chicos, hay que pensar un poquito las preguntas.

Todos empezaron a reír, mientras que el pobre periodista me miraba un tanto sonrojado por la manera en la que se lo dije, pero no me lo tuvo en cuenta, entre otras cosas porque me acerqué a él y le susurré que no se moviera de mi lado, que iba a tener una exclusiva en primer plano.

Vi cómo bajaban todas las parejas de mis compañeros y, al fondo, venía Renatta, acompañada de mi madre. La pobre no podía correr más, pues su vientre estaba de lo más abultado.

Me acerqué a ella, y le di un beso en los labios y otro en el vientre, como hacía siempre, ante la sonrisa de ella y su mirada amorosa.

Le hice un gesto al chico que había preguntado lo del niño, para que avisara a su compañero, el cámara.

Una vez que estuvo a mi lado, me puse de rodillas delante de Renatta, sacando una pequeña cajita que me había guardado entre la media y la espinillera.

—Mi vida, sé que hemos pasado mucho para llegar hasta aquí, pero nos espera un futuro de lo más bonito, uno que quiero compartir contigo, para toda la vida. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

—¡NO! —gritó Renatta, dejándome completamente sorprendido.

—¿No te quieres casar conmigo?

—Claro que quiero casarme contigo, tonto.

—Entonces, ¿por qué has dicho que no?

—He dicho que no porque acabo de romper aguas y me voy a perder la fiesta.

Yo empecé a reír, y avisé a la ambulancia del club, mientras que le ponía el anillo a mi chica, quería que entrara en ese paritorio como mi prometida.

—Acosta, me dijiste que me ibas a dar una exclusiva y me has dado dos.

—Y un susto cuando ha dicho que no.

—Eso también, que cuando editemos la cinta va a quedar de lo más gracioso.

—Pues será gracioso para ti, porque a mí me ha puesto los huevos de corbata, chico.

Salimos corriendo al hospital, donde ya nos estaba esperando el equipo de ginecología que había llevado todo su embarazo.

—Joder, cómo duele esto.

—Tranquila, mi amor, que ya llegamos.

—Por lo que tú más quieras, en cuanto lleguemos, que me pongan la epidural.

—Eso lo verán los doctores, cariño.

—Y una leche, eso lo digo yo o me vuelvo y no doy a luz al niño.

—El niño tiene que salir, quieras tú o no quieras y por mucho que digas que no vas a dar a luz.

En ese momento tuvo una contracción que tuvo que ser cojonuda, a juzgar por la manera en la que me apretó la mano que le tenía cogida.

—Vamos a tener que llamar también a traumatología, porque, como te venga otra contracción de esas, me partes los dedos.

—Ya será menos, exagerado. A ti te daba yo un dolor de esos que me dan a mí, que me atraviesan y parece que me voy a partir por la mitad.

En cuanto llegamos, se la llevaron al paritorio. Estaba ya demasiado dilatada y no pudieron ponerle la epidural.

Sí, tal y como estáis pensando, terminé con dos dedos vendados, por contusiones, de las veces que me los estrujó mientras que empujaba para sacar al bebé.

—Chica, has estado estupenda. Y gracias a eso, a lo bien que lo has hecho no te tendremos que coger ni un solo punto.

—Hombre, algo bueno tenía que pasarme.

—Lo mejor que nos ha pasado está aquí, y tú has sido una campeona trayendo a nuestro hijo al mundo.

La doctora me dijo de cortar el cordón umbilical, y esa fue la sensación más bonita que había tenido en mi vida, al igual que coger a mi hijo por primera vez, recién salido del vientre de su madre.

Su olor, mezcla de sangre y placenta, me supo a vida, y descubrí que ese era el mejor olor del mundo, así como que no había un amor más puro que el que se tenía hacia un hijo.

En cuanto se lo pusimos a Renatta en los brazos, no pudo reprimir las lágrimas, esas que se nos derramaron a los dos.

Ahora sí, ahora era el hombre más feliz del mundo, aunque me faltaba mi padre, pero sabía que había estado allí con nosotros desde el primer momento.

Se llevaron al pequeño Thiago para lavarlo, mientras que también aseaban a la madre, antes de subirnos a la habitación.

Cuando llegamos arriba, ya estaban todos los nuestros esperando, con globos, bombones y numerosos regalos para el niño, pero lo que más gracia me hizo fue que el entrenador le había llevado una pequeña equipación con su apellido y mi número.

—Acosta, ya tienes sucesor —me dijo Santini.

—De aquí a que mi hijo pueda jugar en mi posición, se habrá disuelto el club.

—Menos lobos, Caperucita, que en quince años está este niño jugando y su madre como su agente, haciéndole ganar más dinero que tú —puntualizó Franco.

—Franco, en quince años yo ya estaré jubilado, pues tendré casi cuarenta años.

—Hijo, con cuarenta años un hombre todavía es joven.

Lo dijo como si estuviera indignado por lo que había dicho, puesto que él tenía esa edad, y todos empezamos a reír.

Epílogo



Veinte años después…

Renatta

—O nos damos prisa o no llegamos —me dijo mi marido, pues las niñas todavía no estaban listas.

—Chicas, o bajáis ya o nos vamos sin ustedes.

—Mamá, esperad un momento, que nos estamos cogiendo una trenza de boxeadora y mi hermana todavía no ha terminado de cogerme la mía.

—Pues si no puedes llevar dos trenzas, te coges dos coletas, pero no lo digo más.

Mis hijas bajaron como las balas, pues no querían perderse la final del campeonato de Europa en la que iba a jugar su hermano como titular.

En estos veinte años la vida había cambiado mucho para todos, pero seguíamos tan unidos como siempre.

Os iré contando, y empezaré por nosotros, por nuestra familia.

Romeo y yo nos casamos al año de nacer Thiago, y lo hicimos en un entorno que me era de lo más familiar, y que fue su regalo de bodas.

Sí, tal y como estáis pensando, nos casamos en el viñedo de mi abuelo, que mi marido recuperó, al igual que la casa en la que crecí, pero en la que se habían hecho reformas para actualizarla.

Era una propiedad de cine, en la que no faltaba absolutamente de nada. Por supuesto, Bianca vino a vivir con nosotros, pero no en nuestra casa. Ella se mandó a construir una pequeña cabaña en el mismo terreno, justo detrás.

Fue una ceremonia de lo más sencilla y romántica. Franco fue el encargado de llevarme al altar, ejerciendo de padrino, mientras que la madrina fue Bianca.

Todos lloramos en esa boda, hasta mi hijo, que quería venir hasta donde estábamos nosotros y al que su padre tuvo que coger en brazos.

Cuatro años después de la boda, nacieron nuestras gemelas, Bianca y Marina, que llevaban el nombre de su abuela y de la mía, esa que no conocí, pero de la que tanto me hablaba mi abuelo.

Con respecto a nuestros amigos, Buonareti y Natalie se casaron tres años después que nosotros, para que ella pudiera adoptar al hijo de su chico. Sí, resultó que la chica decía la verdad y ese niño era su hijo.

Llegaron a un acuerdo, ya que ella no podía ni quería ser madre, y nuestro amigo no quería renunciar a su hijo, por lo que ella le cedió la custodia y, pasado un tiempo, renunció a él.

Paulo, que así se llamaba el niño, siempre vio en Natalie a una madre, y ella a un hijo.

Dos años después, fueron padres de Marianne, pero mi amiga jamás hizo distinción entre uno y otro.

En el caso de Franco y Santini, seguían viviendo su amor en pecado, como decían ellos, pues no necesitaron casarse nunca, aunque sí que habían querido ser padres, y por eso adoptaron a dos hermanos de tres y dos años, que se llamaban Daniel y Olivia, que vinieron a llenar de alegría su casa.

Mi suegra, que para mí era mi madre, volvió a conocer el amor en la figura de Lucca, uno de los encargados de la bodega.

Lo que empezó siendo una bonita amistad, poco a poco se transformó en un amor maduro, de esos que todo se lo toman con calma, saboreando cada momento que pasaban juntos.

Mi madre salió de la cárcel siete años después, y se encontró con que no tenía nada, ni un simple techo que la resguardara.

Hablé con mi marido y, entre los dos, decidimos que la dejaríamos vivir en mi casa, en esa que me regaló mi abuelo, pero solo cedida. No podía vender ni cambiar nada sin nuestro consentimiento, pues ya la conocíamos.

No, no la dejé entrar en mi vida, pero era mi madre y mi conciencia no me dejaba dejarla en la calle. Eso sí, se tuvo que poner a trabajar como dependienta en un programa de reinserción de la cárcel.

No vayáis a pensar que no lo intentó, porque sí que lo hizo, incluso me habló de meter a Amanda en esa casa, porque tampoco tenía dónde ir.

—No, Berti, por ahí no vayas, porque lo que le ocurra a esta mujer a mí me trae sin cuidado.

—Hija, por favor, no seas así…

—No me digas hija, sabes que no soy eso para ti, al igual que no te considero mi madre.

—Me gustaría me dejaras ver a mis nietos, que pudiera resarcirme con ellos lo que no pude hacer contigo.

—Deja las hipocresías, haz el favor. Confórmate con que no te dejo en la calle, y déjanos en paz.

Y volviendo al presente, en el palco estábamos todos deseando que nuestro equipo metiera ese gol que todos esperábamos para alcanzar ese título que tanto se nos resistía.

—¡Vamos, Thiago, mete ese gol, que ya es tuyo! —animaba Franco a mi hijo.

Él ya no era el entrenador, pero con mi hijo seguía actuando como tal, pues no fueron pocas las veces que entrenaba con él en el jardín de nuestra casa.

De los jugadores que formaban el equipo cuando jugaba mi marido, tan solo quedaba Puzinni, que se había convertido en el capitán.

Yo seguía siendo la agente de muchos de ellos, que seguían haciendo publicidad, y de la mayoría de los que habían entrado nuevos, de los que algunos eran sus hijos.

Pero no era la agente de mi hijo, eso se lo dejé a su padre, para que siguiera la tradición, al igual que su abuelo lo había hecho con mi marido.

Para ello, no dudé en ponerlo al día de todos los pasos que tenía que seguir, del mismo modo que Thiago lo hizo conmigo, y no fueron pocas las veces que me preguntaba cómo hacer algo o qué directrices seguir.

Y sí, mi hijo, bajo la asistencia de Puzinni, metió el gol de la victoria, en el último segundo, lo mismo que hizo su padre aquel año en el que ganó La Liga y el mismo día en el que nació nuestro hijo.

Su abuela saltaba de alegría, al igual que Lucca, que también había acudido con nosotros al palco del club, y que se había puesto encima todo el *merchandising* que encontró de mi hijo, desde la camiseta hasta la gorra, pasando por la bufanda, a pesar del calor que hacía.

Era el primer año que se celebraba la final de esa competición en este estadio, por eso, el que tuviéramos la suerte de que nuestro equipo se hubiera clasificado fue algo anecdótico.

Bajamos todos al campo y, cuando la prensa se acercó a nuestro hijo, y le hicieron la misma pregunta que le hicieron a su padre aquel día, me sorprendí con su respuesta.

—Acosta, ¿a quién le dedicas este gol?

—En primer lugar, a mi madre, sin la que, hoy en día no estaría aquí. En segundo lugar, pero no menos importante, a mi padre, que ha sido siempre mi ejemplo a seguir, al igual que mi abuelo, que le enseñó lo mismo que él me ha enseñado a mí.

—¿No te olvidas de alguien? —le preguntó el periodista.

—No, porque a ella no le quiero dedicar el gol, sino pedirle formalmente que sea mi novia. ¿Qué me dices, Arianna?

Nos quedamos de piedra, porque Arianna era la hija de Silvia y Mario, el que fue compañero de mi marido en sus mejores años y una de mis mejores amigas.

—Por supuesto que sí, Thiago.

Con toda la vergüenza del mundo, mi hijo se acercó a ella y le dejó un breve beso en los labios, para, a continuación, acercarse al padre de la chica.

—Señor, me gustaría pedirle formalmente la mano de su hija. Sé que todavía somos muy jóvenes, pero no quiero que me pase como a mis padres, y que perdamos un tiempo valiosísimo.

—No me podría sentir más orgulloso de tener un yerno como tú. Eso sí, a mi hija me la respetas, o te faltará calle para correr.

—Amigo, que estamos en el siglo veintiuno, eso de respetar suena como al siglo diecinueve —le dijo mi marido.

—No me refiero a ese tipo de respeto. En cuanto cumplió la mayoría de edad, yo fui el primero que le compré una caja de preservativos. Lo que quiero decir es que, como le ponga los cuernos o la haga sufrir de alguna manera, se las tendrá que ver conmigo.

—Y conmigo, amigo, no pienso consentir que mi hijo sea un pichabrava como su padre —le dije, y todos, incluidos los chicos de la prensa, empezaron a reír.

Del campo nos fuimos todos a cenar y, aunque a mis hijas intenté mandarlas con su abuela, no hubo manera, pues se pusieron a suplicar a su padre que las dejáramos ir.

Una vez que estuvimos en el restaurante, nos dimos cuenta del motivo por el que habían tardado tanto en arreglarse y tenían tantas ganas de acudir a la cena, y es que no era otro que estaban tonteando con los hijos del entrenador, que tenían su misma edad.

Después de eso, volvimos a casa, pero no nos fuimos directamente hasta nuestra habitación, como sí que hicieron nuestras hijas, porque Thiago se quedó a tomar esa copa con su novia.

Nos sentamos en la terraza del porche trasero, pues la noche invitaba a eso, yo en el regazo de mi marido, envuelta por sus brazos, que era mi sitio preferido de todo el mundo.

—No sabes lo mucho que te quiero, Renatta.

—No menos que yo a ti, mi amor. Y ahora sé que me enamoré de ti desde el primer momento en el que me ayudaste con las cajas, pero estaba tan rota por dentro, que no lo supe ver.

—Da igual lo que tardáramos, cariño. Lo importante es que nos dimos cuenta, porque las cosas pasan cuando tienen que pasar.

Nos quedamos en silencio, mirando el horizonte, admirando esas vistas tan bonitas que teníamos por delante y que tantas veces había contemplado con mi abuelo.

—¿Qué piensas, mi amor?

—Pues estoy pensando en qué momento llegamos hasta aquí.

—Yo también me pregunto, ¿cuándo nos convertimos en esto?

Nos fundimos en un beso de los nuestros, de esos que nos demostraban lo felices que éramos juntos y contra todo lo que habíamos luchado y que no había podido con nosotros.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
X: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel